

DOPPELGÄNGER
de
Gabri Ródenas

© Gabri Ródenas, 2004

© De la cubierta, Eusebio de Frutos, 2015



Doppelgänger by Gabri Ródenas is licensed under a [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional License](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/).

PRÓLOGO

En 2004, ocho años antes de la publicación oficial —hasta la fecha— de mi primera novela, *El búnker de Noé*, escribí lo que tenéis entre las manos. Siempre me he mostrado reacio a darlo a conocer, pues, como suele pasar a las primeras novelas de autores jóvenes, se le notan las costuras y no presenta el grado de excelencia que yo habría deseado. No obstante, es posible advertir muchos de los elementos y estilemas que cualquiera que haya leído mis posteriores obras descubrirá sin dificultad.

Debido a su carácter personal, íntimo, lírico y del todo alejado (aunque menos de lo que podría parecer) del estilo del resto de mi producción literaria, no me siento moralmente inclinado a presentársela a ninguna de las grandes editoriales con las que trabajo habitualmente. Por otra parte, tampoco estoy dispuesto a cambiar ni una sola coma del texto

original; es fruto de un momento muy concreto de mi vida y modificarlo *a posteriori* supondría una especie de traición.

Considero que es bueno que los lectores tengan acceso a los primeros trabajos de los autores, pues de ese modo pueden advertir su evolución —o involución, según cada cual— y, asimismo, no me siento cómodo con la idea de esconder una novela en un cajón. ¿Quién sabe a quién podría resultarle de utilidad o disfrute?

¿Cómo resolver el dilema? ¿Debía arrojar mi *opera prima* al foso de la autopublicación?

Fiel creyente en la sincronicidad, no me lo pensé dos veces cuando la respuesta llegó a mí de un modo imprevisto. Flu —mi esposa— y yo estábamos viendo un documental sobre la vida y muerte del joven Aaron Swartz, el *hacktivista*, y entonces lo vi claro: *Doppelgänger* supondría mi homenaje a su legado. Esta es la razón por la que fue inicialmente publicada el 11 de enero de 2016, coincidiendo con el tercer aniversario de su muerte.

Me pareció oportuno que la novela estuviera sujeta a derechos de autor *Creative Commons* (no olvidemos que el propio Swartz había colaborado en la elaboración de su código) y que fuera difundida de manera absolutamente gratuita y alejada de las plataformas de distribución tradicionales. Mi deseo más profundo era y sigue siendo que corriera libre como un virus o un fantasma, lejos del *establishment* y próximo al caos, a la guerrilla literaria. Tal y como Aaron Swartz habría querido.

Este es, pues, el resultado: una novela incompleta, primeriza, pasada de moda; una semilla, empero, de una especie todavía por determinar. Una mala hierba. Y es precisamente lo que espero que siga siendo. Os ruego, por tanto, que la «robéis», la regaléis, la alojéis en portales de descarga tanto legal como ilegal, que la «pirateéis». En resumen, que la hagáis vuestra y de todos.

Confío en que seréis capaces de darle el lugar que le corresponde, sea cual sea.

Doppelgänger

Gabri Ródenas

España, 2016

Doppelgänger

Entre los indios tarahumara existe la tradición de la metempsicosis; y lo que temen por encima de todo es la caída posterior de su Doble.

No tomar conciencia de lo que éste es equivale a arriesgarse a perderlo. Equivale a arriesgarse, por encima del espacio físico, a una especie de caída abstracta, un vagabundeo a través de las altas regiones planetarias del principio humano desencarnado.

Antonin Artaud, Los Tarahumara.

PRIMERA PARTE

Experiencias de un hombre muerto

El coleccionista de sueños #1

Todo empieza en esa sala: estoy en una pequeña habitación de apenas dos metros cuadrados, forrada por completo de madera, similar al interior de una sauna. El techo está inclinado formando un ángulo de cuarenta y cinco grados, siendo más alto por la parte derecha que por la izquierda. Al fondo, situado en la parte derecha, se encuentra sentado un hombre particularmente alto. Luce traje negro, corbata negra y camisa blanca. Delante de él hay una mesa muy baja sobre la cual descansan una tetera y una taza. La tetera es más parecida a un jarrón que a una tetera. Está abierta por la parte superior y el líquido va desparramándose despacio, surgiendo constantemente desde el interior como si de una fuente se tratase. Detrás del hombre hay una ventana (¿o no la hay?) En cualquier caso la impresión que tengo es la de que fuera es de noche. Oigo perfectamente el sonido de la electricidad, de la corriente estática, del sistema de alimentación de los tubos fluorescentes que supongo se hallan en alguna parte y están a punto de fundirse. El hombre me dice:

—La clave está en el hombre rosa.

Yo me mantengo inmóvil y lo miro fijamente.

—¿Quién es el hombre rosa? —le pregunto con la mayor seriedad. Mi rostro es inmutable.

—La clave está en el hombre rosa —repite él.

Sigo quieto. Miro a un lado y a otro de la habitación sólo moviendo los ojos.

A pesar de que la estancia me incomoda profundamente y me llena de una sensación de soledad infinita, soy capaz de saber que, para ese hombre, la sala es un lugar muy acogedor. Por alguna extraña razón me viene a la cabeza el color rojo.

Despierto.

Un tipo como el coleccionista de sueños está acostumbrado a que ciertos sueños se repitan de vez en cuando, pero la regularidad con la que éste lo hacía le dejaba un tanto perplejo. Lo tenía al menos una vez a la semana desde hacía casi dos años. No presentaba la menor variación, de modo que no había vuelto a anotarlo en el cuaderno donde registraba cada uno de ellos. Llevaba transcribiendo sus sueños más de veinte años, y soñaba casi todas las noches. El uso que luego hacía de ellos era todo un misterio. Quizá luego los plasmara en una obra literaria. «Mis libros no son sino versiones extendidas de mis sueños», podría llegar a decir. También podría tratar de interpretarlos, en cuyo caso, dada la frecuencia con que se repetía, debía pensar que en ese sueño se ocultaba algún tipo de mensaje. Pero, tal vez, se limitaba a coleccionarlos, sin juzgarlos ni analizarlos, únicamente como ejemplos de un arte extraño, espontáneo y del cual la mayor parte de los seres humanos podía participar. El sueño como fenómeno estético. Todos somos artistas cuando soñamos.

El hombre rosa tiene la clave

Zacarías no podía levantarse del suelo. Aunque no solía beber, la noche anterior había agarrado una borrachera tremenda. En algún momento debió caerse y allí se quedó. Presentaba un hematoma en la parte izquierda de la frente.

Abrió los ojos con lentitud y se llevó las manos a la cabeza. Parecía que fuera a estallarle. Cerca de él había un vaso vacío y una botella volcada cuyo contenido se había desparramado por el suelo. No había indicios de vomitera. Un cenicero lleno de colillas de puritos de vainilla descansaba junto al vaso. Al menos ahora podía saber con certeza que se encontraba en el salón de su casa. Ciertos objetos cotidianos no engañan. La resaca era total, el aturdimiento absoluto y el dolor insoportable. Fue entonces cuando sintió náuseas y notó como subía esa baba caliente que anuncia la inminente llegada de la arcada. Corrió dando tumbos hasta en cuarto de baño y allí arrojó una cantidad abundante de líquido, bourbon en su mayor parte. Permaneció un buen rato sentado en el suelo con los codos apoyados en la taza del retrete y las manos sujetándole las sudorosas sienes.

Debían ser las doce del mediodía. Zacarías se puso en pie y volvió al salón. El líquido procedente de la botella formaba un pequeño charco, de modo que dedujo que había bebido la mayor parte del contenido restante. El hedor que se respiraba le recordaba las fiestas adolescentes: al día siguiente todo era alcohol, refrescos aguados y colillas flotando dentro de los vasos de plástico. Un impulso de limpieza le llevó, a pesar del mareo, a recoger todo aquello como pudo. Después se dejó caer en el sofá y se quedó presionando y masajeando fuertemente su cabeza. Su idea era separar la piel del cráneo, formando una especie de pliegues, mitigando así un poco el dolor. Era un método absurdo, pero él creía que

funcionaba. Pasó dos horas más en la misma posición con los ojos cerrados. La luz del salón se había quedado encendida, pero no le apeteció apagarla. «Una borrachera solitaria» se dijo «¿dónde vas a llegar, Zacarías? Estómago vacío y resaca es sin duda una mala combinación. Si tomo algo, vomitaré». A las cinco de la tarde hizo un esfuerzo y trató de comer una manzana y un yogur. Masticó lentamente cada pedazo de fruta, haciendo en su boca una especie de papilla y el yogur lo tomó a cucharadas pequeñas. Sus tripas decidieron tolerar este alimento.

Ya había perdido toda la mañana y, en honor a la verdad, no se encontraba muy en condiciones de ponerse a trabajar. «Un día de descanso terapéutico no me vendrá mal. Por lo menos saldré a la calle a que me dé el fresco».

Zacarías agradeció los últimos rayos de luz. Se dirigió al estanco y compró cinco cajas de puritos de vainilla. Siempre lo hacía así. Sin duda era el comprador número uno de ese artículo. La estancuera advirtió el mal aspecto que presentaba, pero no dijo nada. Todavía tenía los ojos medio cerrados, como si acabara de levantarse (lo que, en cierto modo, era así), y no se había molestado siquiera en peinarse. La camisa abierta a modo de cazadora, una camiseta vieja debajo de ésta y la barba de una semana no contribuían demasiado a disimular el estado en que se hallaba, si bien lo que constituía el toque maestro era el chichón. Un ridículo e inexplicable chichón en el centro de la frente. Zacarías sintió la tentación de decirle a la estancuera «un porrazo», anticipándose a la posible pregunta que, finalmente, ella no llegó a formular, pero prefirió callarse, pagar y largarse de allí. «No sé por qué coño fumo estos puritos de mierda. No me sientan nada bien», se dijo a sí mismo, y acto seguido sacó uno de la cajetilla metálica y lo encendió.

Su trabajo no le exigía vestir con excesiva elegancia, pero en esos momentos casi parecía un mendigo. Se cruzó con una vecina y esbozó una sonrisa artificial y estúpida, por lo

cual se sintió un poco ridículo. Carraspeó un poco y siguió calle arriba. «Joder, sólo me faltaba que me entraran ganas de echar la papilla ahora», pensó. «Mejor será volver a casa». No podía escribir, no estaba para leer y al mismo tiempo no se encontraba en condiciones de seguir vagabundeando.

El olor ya no era tan intenso en el salón. Metió un CD de Nils Petter Molvaer en el equipo de música, buscó «*Dead Indeed*» (el título de la canción no podría haber sido más oportuno) y volvió a tumbarse en el sofá, tratando de recordar qué le había llevado la noche anterior a liquidarse casi una botella de bourbon a palo seco. La música era envolvente, sumía a uno en una suerte de trance que quedaba roto a mitad de la pista. Zacarías había incluido ese tema en su lista de piezas «para volverse loco o para cuando uno ya lo está», encabezada, no obstante, por el tema compuesto por John Zorn: «*Bonehead*». A juicio del escritor, muchas de las piezas de Zorn compuestas para sus diversas formaciones formaban parte de la lista de «música para locos», de modo que Zorn, por extensión, se situaba en el primer puesto de la lista de «compositores locos o para locos».

Ni siquiera en los peores momentos, tras el accidente que les costó la vida a Judith y el pequeño Daniel, había recurrido a la bebida. Hacía tiempo que estaba acostumbrado a que su comportamiento escapase a toda lógica, así como había olvidado lo que era beber otra cosa que no fuera alguna cerveza de vez en cuando, un vaso de vino o un tapón de tequila en ocasiones especiales —cada vez menos presentes—. Intentó hacer memoria de qué pasó por su cabeza el día anterior. No recordó haberse sentido especialmente mal. Todo se había desarrollado como de costumbre, hasta que sobre las siete de la tarde bajó al supermercado, compró la botella y volvió a casa. Al menos, si se hubiera ventilado diez cervezas o más

tequila de la cuenta podría haber pensado que se le fue un poco la mano. Pero bourbon... Nunca le había gustado ese licor. De hecho, era más que probable que jamás lo hubiera probado con anterioridad.

Alrededor de las once Zacarías se sintió un poco mejor y decidió cenar algo. Un bocadillo de pollo con salsa *tamari*. Como no tenía televisión, después de cenar volvió al sofá y se quedó de nuevo tumbado. «Mañana será otro día, mañana será otro día, mañana será otro día...». Y así fue quedándose dormido.

A las ocho y cuarto del día siguiente Zacarías ya estaba en pie. Era su hora habitual, justo el tiempo para ducharse, desayunar y estar a las nueve en su escritorio, donde permanecería hasta las dos o las tres de la tarde, parando tan sólo quince minutos en torno a las doce para tomar un café y mirar un rato por la ventana.

En esos momentos se encontraba escribiendo un relato acerca de un tipo que viajaba a un Brasil destrozado tras un fuerte terremoto como voluntario para ayudar en las tareas de limpieza y reconstrucción de la zona. El hombre abandona su país natal y a su prometida. En Brasil colabora con los equipos internacionales de rescate y lleva a cabo mil acciones humanitarias. Allí conocerá a una nativa cuyo hogar también había sido destruido y a la cual había sacado de un montón de escombros. Se convierte en su enfermero particular, se enamoran, acaban casándose y viviendo en una *favela* como cualquier otro desahuciado.

La historia en sí era bastante sencilla; de hecho, espantosamente vulgar (¿quién no advierte que un relato, resumido de este modo, siempre resulta simple e insultantemente vulgar?), pero Zacarías se centraba en poner de manifiesto el cambio de vida, las sutiles (o absurdas) razones que llevan a una persona a abandonar su forma de vida para abrazar otra

aparentemente peor. Toda su obra estaba cruzada por esa preocupación, la del cambio radical de fortuna. De hecho una de sus novelas de mayor éxito se llamaba precisamente *Las otras vidas posibles*, y estaba constituida por un conjunto de narraciones sobre personas cuya fortuna había cambiado de manera tan inesperada y extrema que casi podría hablarse de otra persona y otra vida distintas —salvo por el elemento epidérmico, esto es, por el hecho de presentar un cuerpo más o menos parecido—. Asimismo, Zacarías se interesaba especialmente por las vidas que no habían llegado a ser vividas, por las opciones desechadas que habrían implicado destinos absolutamente diferentes. Un pequeño detalle, un giro a la izquierda en lugar de a la derecha (o viceversa) podría haber desencadenado una serie de acontecimientos que trastocasen por completo la vida de una persona. Esto por no hablar de decisiones más graves.

Tomó un café en la cocina y se llevó otra taza al escritorio. Manos a la obra: purito en la mano izquierda, pluma en la derecha (siempre escribía los originales a mano, con la misma pluma que le habían regalado sus padres al cumplir los dieciocho), taza de café a la derecha, paquete de puritos a la derecha, cenicero a la izquierda y tintero enfrente. El soporte: cuaderno escolar tamaño folio y tapas duras. Trabajaba durante seis horas diarias y el resto del tiempo paseaba, visitaba alguna librería o tomaba café en alguna terraza. Un hombre de lo más convencional, y un tanto aburrido. Por la noche solía leer o escuchar música, nunca ambas cosas al mismo tiempo. Era un amante del jazz en todas sus variantes, aunque se decantaba por las vertientes más actuales y libres. Solía pasar mucho tiempo solo. No se había recuperado del todo de la muerte de su esposa y su pequeño.

Una de las cosas que le atormentaba profundamente era el hecho de que en aquella época el matrimonio no atravesaba su mejor momento, incluso se plantearon la separación. De no haber sido por Daniel no se habrían dado esa tregua. Así pues, no podía sentirse una

víctima. Nadie había destrozado una historia maravillosa. Ciertamente que su hijo y su mujer habían muerto, pero su vida amorosa estaba exenta de romanticismo desde hacía mucho tiempo. Él no era un héroe trágico, sino más bien un personaje similar a los de sus novelas.

La muerte de su familia le había sumido en una especie de limbo, le había dejado sin armas y sin escondites. El destino se le había adelantado. No había podido tener opción de elegir. Y desde entonces erraba por la Tierra. Era un hombre sin alma. Trataba de vivir como cualquiera, mantenía una rutina, pero no abandonaba esa prisión sin barrotes que es el recuerdo. En cierto modo también él había fallecido aquel día. Llevaba dos años y medio muerto de muerte patética. No había vuelto a estar con ninguna otra mujer desde entonces y ni siquiera se masturbaba. Vivía en una suerte de perplejidad crónica. Su reloj existencial se había detenido en alguno de los días posteriores al accidente, hundiéndole en ese estupor permanente. Su caminar se había vuelto lento e inseguro y siempre daba la impresión de ser un hombre que hubiera estado varios días sin ver la luz y a quien ahora el sol cegaba.

El cazador de silencios y soledades #1

Las gasolineras son el oasis del siglo veintiuno. Así lo creía el cazador de silencios y soledades, tal y como se denominaba a sí mismo en su tarjeta de presentación. Qué hicieran sus clientes, si es que los tenía, con el trabajo que él llevaba a cabo era todo un misterio. Tal vez lo llamasen para buscar exteriores para películas o tal vez, y esto era lo más probable, no tuviera clientes y lo suyo fuera una cuestión personal.

Allí estaba la gasolinera, una inmensa construcción de unos mil metros cuadrados, rodeada de un poco de asfalto y el vacío más absoluto. Apenas se escuchaba el sonido de un coche pasando a toda velocidad. Si acaso el eco de algo que no llegaba a verse.

El cielo presentaba un color gris acero y hacía un frío espantoso. Se mirase por donde se mirase sólo se veía hierba verde y tierra húmeda. Ni un solo coche repostando en aquella gasolinera, todo diseño y tamaño. La carretera a través de la cual se accedía a la gasolinera estaba nueva, demasiado nueva. Una gasolinera en medio de un desierto es un refugio. Uno puede tomar un café bien caliente y estirar las piernas. Allí no había cafetería, únicamente una de esas máquinas café. Se echa la moneda, cae el vaso de plástico, el azúcar y lentamente va goteando el sucedáneo de café.

Un foco debía estar fundiéndose y hacía ese ruido similar al que producen las alas de una mosca dentro de una botella. Un inmenso cubo de mil metros cuadrados y veinte metros de altura sobre una plataforma de cemento, rodeado de hierba verde, tierra mojada y poco de asfalto. El cielo es gris y hace un frío que pela.

Clic, soledad y silencio registrado en un trozo de celuloide.

La gasolinera es el oasis urbano

El domingo era, sin duda, el peor día para Zacarías. Todas las familias salían a la calle, llenaban los parques y restaurantes y los niños corrían felizmente. A veces imaginaba a Daniel en la playa. Era invierno y llevaba unos pantalones de pana y un abrigo de paño. Daba sus primeros pasos. Los rayos del sol se reflejaban en el agua del mar.

No obstante, los domingos tenían algo especial: si uno salía a pasear a las siete de la mañana, las calles estaban totalmente desiertas. Ni un sólo coche circulando por la ciudad. Podía entonces apreciarse lo horrible que resultaba aquel amasijo de ladrillos, hierros y cristal que eran los edificios. La única pena era no poder encontrar una cafetería abierta donde beber un estupendo café mientras admiraba el espectáculo. En cualquier caso, más de un domingo salía a dar una vuelta. Recorría las calles principales, aquellas que por norma general también eran las más transitadas. A veces llegaba a sentarse, incluso a tumbarse, en la calzada. Nadie para verlo, nadie para atropellarlo y nadie para detenerlo.

La cuestión *café* la resolvía acercándose a una gasolinera que, si bien no se encontraba en el mismo centro, estaba relativamente cerca. Nunca desayunaba allí —sin tostadas o *croissants* no se podía hablar de desayuno, pensaba—, sólo tomaba un café con leche.

—¿Qué tal señor? —preguntaba el chaval que estaba de servicio los domingos, un chico andaluz de unos diecisiete años (al menos era lo que aparentaba.)

—Ya ves, Luis, reponiéndome de una noche de juerga.

Luis reía asintiendo con la cabeza. Era una broma cómplice puesto que, obviamente, el aspecto del escritor no denotaba que éste hubiera trasnochado demasiado —aunque sí el

hecho de no haber dormido bien en meses—.

—Y tú, ¿has venido aquí a rematar la noche? —preguntaba Zacarías al muchacho.

—¡Esto es el desparrame total, menudo ambientazo! ¿Eh?

Rara vez hablaban de algo más que no fueran banalidades. El chico seguía llamándole de usted a pesar de que llevaban viéndose desde hacía casi un año. No se había roto la barrera empleado-cliente, si bien ambos sentían cierto aprecio el uno por el otro. Un aprecio distanciado y basado en la mera familiaridad que genera ver un rostro conocido en un momento de soledad mutua.

Los primeros coches llegaban a repostar a eso de las ocho y media o nueve de la mañana, pero para entonces Zacarías ya estaba a punto de regresar a casa.

—Ahí tienes a los madrugadores —decía si todavía seguía allí—, ¿o creías que ibas a poder dormir un poco más?

Se despedía animosamente de Luis y se marchaba.

Ese día la temperatura era estupenda y el sol brillaba con alegría. Una lástima que los domingos fueran el peor día para Zacarías.

Purito en la mano izquierda, pluma en la derecha...

El problema de ser escritor, pensaba Zacarías, era que a veces se tenía en mente toda la historia, incluido el final, y uno se veía obligado a ir desarrollándola, plasmándola en el papel, lo cual podía —y, de hecho, solía— resultar aburrido. Pasar un año o más escribiendo algo cuyo desenlace se conoce casi desde el principio es como escribir miles de veces en la pizarra «No es bueno conocer el futuro» o una penitencia similar. Lo interesante que tiene, empero, es que en ocasiones surge una idea que tira por tierra gran parte del trabajo, pero le da un giro insospechado a la narración, puede que hasta un nuevo desenlace, y uno se alegra de ese maravilloso capricho del azar. Eso pensaba Zacarías.

Se sentó en su escritorio, encendió un purito y cogió su pluma. Dio dos caladas antes de hacer el primer intento de escribir alguna palabra, pero no tuvo mucho éxito. No se le ocurría nada. Hojeó lo último que había escrito por si eso le ayudaba a seguir el hilo de la narración, revisó sus notas, que abultaban más que el texto en sí, pero nada. Esa mañana no estaba inspirado, cosa —la inspiración— en la que, por lo demás, tampoco creía demasiado. Él era metódico en su trabajo y las ideas habitualmente fluían de manera constante, apenas sin interrupciones.

Permaneció así durante más de una hora, después de la cual decidió levantarse de la silla y deambular un poco por la habitación. Fue a la cocina y se puso a mirar por la ventana que daba a la calle. Delante del edificio había un pequeño rincón con árboles y allí jugaban tres niños en ese momento. Fútbol. Uno hacía de portero y los otros luchaban por quitarse la pelota. Cuando uno marcaba un gol, el otro sustituía al portero en funciones y así se organizaban. Zacarías volvió a la mesa de trabajo y trató en vano de escribir una sola frase.

Alrededor de las doce y media creyó que lo mejor sería salir a tomar un poco el fresco y comprar algo para comer. Cuando bajó a la calle los niños ya habían desaparecido. Permaneció un instante mirando los árboles y después continuó calle abajo. ¿Qué harían los críos jugando en la calle a esa hora?

Si hubiese prestado un poco más de atención a sí mismo podría haber establecido una relación, cronológica pero no causal, entre la borrachera de bourbon y el inicio de su incapacidad para concentrarse y escribir. Las ideas habían dejado de presentarse en su cabeza y desde entonces se había limitado a sentarse en la silla y perder el tiempo en mayor o menor grado. No había vuelto a escribir nada desde entonces, ni una sola línea. Al final acababa por salir a pasear sin rumbo fijo y a seguir matando horas. Esto es algo que sólo más tarde llegaría a comprender.

La visión de Daniel en la playa volvió a repetirse en los días sucesivos. Curiosamente, rara vez pensaba en Judith, seguramente más por vergüenza que por falta de ganas. Daniel era un inocente absoluto, del todo ajeno a cualquier asunto que pudiera haber ocurrido entre ellos y por tanto, en cierto modo, podía constituir un refugio y pretexto para su dolor. De Judith sólo imaginaba la sonrisa, pero en abstracto. Sabía que ella, en su ensoñación, estaba sonriendo mientras Daniel se agachaba para coger puñados de arena, pero nunca la veía. Aquella alucinación comenzó a repetirse constantemente, a diario, y a ésta se le añadirían otras. Posteriormente Judith comenzaría a aparecer en casi todas sus ensoñaciones. En ocasiones la veía tal y como ella era cuando se conocieron, en otras siendo ya un poco mayor. No perdía ni un ápice de su belleza en el transcurso de los años.

Zacarías seguía sin afeitarse y con el pelo revuelto. Llevaba varios días sin ducharse y sin cambiarse de ropa. La inflamación en la frente había bajado y el hematoma casi había desaparecido por completo. Entró en el estanco y compró sus cinco cajetillas de puritos.

—¿Va todo bien? —preguntó Emma, la estanquera. Aunque trató de disimularlo, resultaba obvio que había advertido el desaliño y el descuido preocupante que exhibía el escritor.

—No puedo quejarme —contestó él con una sonrisa—. Y tú, ¿qué tal?

—Aquí seguimos, administrando muerte a impenitentes como tú.

Él asintió con la cabeza y encendió un purito allí mismo. Los estancos fascinaban al escritor. Tanta caja pequeña ordenada, tantas preferencias personales reflejadas en paquetes de cartón o metal, tantos olores y colores. Cada uno se moría a su manera. Sin duda comenzó a fumar por cuestiones estéticas y lo hizo bastante tarde, cuando rondaba la treintena. Antes había hecho algún intento fumando en pipa cuando tenía dieciséis o diecisiete años. Una pipa de su padre, que también había probado ese método antes de abandonar el tabaco, le había servido para tal menester. Era muy joven y ya entonces la pipa estaba claramente pasada de moda. Se trataba más una excentricidad que de otra cosa, pero ¿qué escritor no fuma? ¿Qué escritor no es un poco excéntrico? El tabaco se encontraba para él íntimamente ligado a la escritura y eso le llevaría a retomar el hábito diez años después. Curiosamente jamás había fumado cigarrillos. Los detestaba. Fumar suponía un ritual para él: abrir la cajita metálica, percibir el olor dulzón del tabaco aromatizado, encender el purito, oír el ruido de la hoja consumiéndose y ver el humo escapando hacia ninguna parte. También las palabras son como el humo. La literatura es irreal, se desvanece, sólo goza de unos instantes de existencia y después desaparece. Todo es humo. La vida es humo. Llevar una cajetilla en un bolsillo de la chaqueta y un libro en el otro, la imagen del intelectual o del artista (una imagen, dicho sea de paso, en claro retroceso y más pintoresca y estereotipada que real.) Normalmente esto no era más que una pose que divertía enormemente a Zacarías. Siempre recordaba a un profesor de la universidad del que había aprendido mucho y que siempre caminaba palpándose los bolsillos con torpeza, como si hubiera olvidado dónde había colocado cada cosa (un libro, el

tabaco, la pipa, algunos papeles sueltos.) Un hombre con su mundo en los bolsillos, pensaba Zacarías. Aquel hombre siempre decía «Yo no fumo, pero cuando quiero fumo» y se pasaba todo el día con la pipa encendida.

Sin lugar a dudas, el complemento ideal de un purito era un café. Tal vez la relación no fuera tan casual: los dos humeaban, estaban calientes, eran oscuros y potenciaban su sabor mutuamente.

—Es una pena que no tengáis una cafetera aquí —dijo Zacarías.

—Sí, a más de uno le vendría muy bien para despejarse.

Al igual que Luis, el chico de la gasolinera, Emma sentía un gran aprecio por el escritor. Podía llegar a gastarle alguna pequeña e inofensiva broma, pero la distancia entre ellos estaba perfectamente delimitada. Resultaba obvio que Zacarías evitaba todo tipo de intimidad. Era cordial pero sin dar pie a confianzas excesivas. Bromeaba y encajaba bien las bromas de los demás, pero se mantenía siempre en un plano, por así decirlo, lingüístico, y de nada hacía un asunto personal. Solía llevarse bien con todo el mundo, puesto que no se metía en la vida de nadie ni nadie se metía en la suya. Ellos eran «el chico de la gasolinera», «la estanquera agradable», y él «el tipo raro que iba a tomar café a una estación de servicio un domingo a las siete de la mañana o el que se lleva las cajitas de puritos de cinco en cinco y siempre hace un comentario ingenioso». Y así con muchas otros asuntos y personas.

Salió del estanco y se dirigió al supermercado. Deambuló por los pasillos con una cesta de plástico verde en la mano donde había colocado los puritos. Leche, pan, un paquete de café. «¿Qué como hoy?». Pasta. Una botella de vino tinto, un paquete de papel higiénico. Al pasar cerca de la sección de bebidas alcohólicas echó un vistazo al bourbon. Allí descansaban decenas de botellas similares a las que él había bebido. Las contempló sin pestañear y siguió de largo meneando la cabeza. En la cola miró los focos del techo. La luz

era blanca, pero teñía todo de un color verdoso muy pálido, casi clínico. Saludó a la cajera y depositó sus cosas en la cinta. «Vuelta al hogar», se dijo.

Por la tarde se repitió la escena de la mañana: sentado delante del cuaderno, con un purito en una mano y la pluma en la otra y sin escribir nada. Se estiró sobre el respaldo de la silla, dejó la pluma y comenzó a preguntarse por su incapacidad para escribir. El relato, pensó, estaba dejando de tener interés para él. Con lo que había anotado podría terminarlo, sólo dándole un poco de forma, pero no se sentía atraído en absoluto por esa idea. Por otra parte, la obra estaba muy avanzada y sería una pena dejarla así. Tarde o temprano su editor acabaría llamándole y Zacarías tendría que confesarle que no quería seguir escribiendo eso.

Simón D. era, aparte de su editor habitual, un buen amigo del escritor (por no decir su mejor y casi único amigo en la actualidad.) Se preocuparía por esa decisión así como por su estado de ánimo. Acabarían concertando una cita para cenar y los tres, Zacarías, Simón y Aurora, su esposa, discutirían los pormenores de su posición. El matrimonio estaba muy pendiente de Zacarías desde la muerte de su familia. Sentían un profundo respeto no sólo por su obra sino también por su persona y sabían lo mal que estaba pasándolo, a pesar de que nunca hablase de ello. Tenían bastante tacto a la hora de abordar las cuestiones espinosas, lo cual evitaba que Zacarías se incomodase de manera innecesaria. Cogió el teléfono y se adelantó a Simón.

—Soy Zacarías. —Hizo una breve pausa—. Me gustaría hablar contigo.

—¿Qué ocurre? Y primero: hola.

—Disculpa. Estoy un poco ausente... —Volvió a guardar silencio durante unos instantes—.

Sencillamente que ya no *se me* ocurre nada. Eso me sucede. Creo que voy a abandonar esta obra. No creo que debas contar con ella.

—¿Qué dices? Está prácticamente acabada. ¿Te encuentras bien?

—Sí, perfectamente. Es sólo que me está aburriendo un poco. Es como si estuviese escribiendo para otro. Ya no la siento mía.

—Eso no puede ser. ¿Quieres que nos veamos?

—No es necesario, Simón. Gracias de todas formas. Únicamente quería decirte que es más que probable que no la termine y que tendremos que pensar en otra cosa.

—Zac, no empieces otra vez con eso... Insisto, ¿qué tal el jueves en mi casa?

Hubo unos segundos de silencio a ambos lados de la línea telefónica.

—Está bien. Pero que conste que es por las ganas de ver a Aurora. —Dijo esto entre algo parecido a la risa.

Simón sabía que la amistad con Aurora era algo que beneficiaba mucho a Zacarías. Ella era un poco la voz femenina que en cierto modo él había perdido. Además, esa amistad independiente de su relación con el editor impedía que Zacarías se sintiese como el amigo viudo que va a cenar a casa del matrimonio perfecto (ciertamente era un matrimonio al menos casi perfecto.) Aurora era una mujer de una cultura y sensibilidad enormes, superior a la de su marido, con el cual colaboraba. Era ese gobierno en la sombra del que hablan algunos. Elegía los manuscritos que debían ser publicados y su intuición había llevado a la editorial a situarse entre las mejor posicionadas del país. Luego Simón se ocupaba de las cuestiones económicas y empresariales en sentido estricto, para lo cual era un verdadero tiburón. Fue Aurora la que años antes había descubierto el talento de Zacarías y confió en él, quien no sabría esto hasta años más tarde.

Ese jueves Zacarías se metió en la ducha tras recortar un poco su barba. «Me sienta bien», pensó.

A las nueve estaba en casa de Simón y Aurora, un precioso chalet situado a las afueras de la ciudad, en una urbanización de gente adinerada. Era evidente quién se había

ocupado de la decoración; se respiraba «Aurora» por todas partes. Fue ella quien salió a recibirle con un pitillo en la boca. Simón no fumaba.

—Adelante.

Él se acercó para darle dos besos. A Zacarías le encantaba la sensación que le producía estar en esa casa. Le daba la impresión de estar en un actualizado *loft* de los años setenta. El conjunto era básicamente blanco, salvo los detalles, incluidas algunas lámparas, todos ellos en rojo. El suelo era de madera en toda la casa. El salón era espacioso y tenía dos plantas. En la parte de arriba, a la cual se accedía por una escalera de acero, se hallaba la biblioteca y el despacho, todo en la misma superficie, sin separaciones. Miles de libros se abarrotaban en las estanterías de madera que cubrían tres paredes. Desde abajo la vista era impresionante. En el centro una mesa de cristal muy espaciosa con un flexo de acero mate.

De ese escritorio se levantó Simón y se acercó a la barandilla.

—Buenas noches, Zac. —Bajó a paso ligero las escaleras y estrechó la mano del escritor. Aurora les invitó a pasar al comedor.

—La cena está a punto.

La mesa estaba dispuesta a la perfección. Simón abrió unas cervezas y les paso una a su esposa y otra a Zacarías.

—Bueno, cuéntanos esa disparatada idea que te ronda por la cabeza.

—El asunto es sencillo. Llevo varios días, muchos días, sin poder escribir nada. Me siento delante del cuaderno y soy incapaz de manchar el papel. Creo que la historia que me traía entre manos ya no me dice nada. Son cosas que pueden sucederle a un escritor, ¿no creéis?

—Eso fue lo que me comentaste por teléfono, pero, ¡es tan raro! Cierto que puede ocurrir...

¿Ha sucedido algo últimamente?

—Nada en absoluto. Me encuentro como siempre, ni mejor ni peor. En mi línea.

Aurora se aproximó y escuchó en silencio al tiempo que daba pequeños sorbos directamente de la botella. Que Zacarías se encontrase «en su línea» no era necesariamente una buena noticia. Quizá tampoco mala. Dejaba al interlocutor exactamente igual que antes de formular la pregunta. Cultivar respuestas vagas es sin duda todo un arte, estimaba Aurora.

—Llevas seis meses— «¿seis?», pensó ella de repente— trabajando en ese relato. ¿Crees que merece la pena abandonar ahora?

—Creo que es mejor dejarlo estar por el momento antes que seguir con algo que por fuerza tiene que acabar siendo una mierda. Quizá más adelante lo retome... No sé. A mí también me fastidia haber desperdiciado todo este tiempo.

—No pienso que «desperdiciar» sea el término más adecuado.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Aurora volvió a echar un vistazo a lo que había en el horno.

—Esto está listo —dijo al regresar.

Los dos hombres se sentaron y Simón sirvió un poco de vino. Aurora llegó con un estupendo asado de cordero, un plato tradicional que ella preparaba con maestría.

—¡Hummmmm! —exclamó Zacarías cerrando los ojos y acercando la nariz al humo que se elevaba por los aires. El delicioso asado de Aurora...

Las veladas siempre transcurrían en un tono informal y por todos era sabido el desprecio que el escritor sentía por las reuniones, como él las denominaba, de tipo *cultureta*. La verdad es que resultaba prácticamente imposible concebir a alguien más alejado de la imagen de escritor, en las formas y en su discurso cotidiano, que Zacarías. Parecía más bien un atleta retirado o un buceador profesional al que acabasen de sacar del agua en contra de su voluntad, vestido de un modo desaliñado pero seductor, similar al de los aventureros y cazarrecompensas que aparecían en los documentales. Esto resultaba bastante chocante,

teniendo en cuenta que no sabía absolutamente nada sobre deportes, ni siquiera de fútbol. Su máximo concepto de actividad física, ahora que llevaba un tiempo alejado de la jodienda, era vagar por las calles o dirigirse al estanco. Solía contar a sus amigos cómo un día, con dieciocho o diecinueve años, quiso experimentar lo que sentían los *hombres* al ver un partido de fútbol. Quiso ser un hombre corriente, uno como los de la mayoría. Se hizo un bocadillo de atún, abrió una lata de cerveza y se sentó delante de la televisión. España jugaba el Mundial. Esto facilitaba las cosas, ya que de haberse tratado de la liga nacional no habría sabido de parte de quién posicionarse. El bocadillo sí se lo comió, pero la cerveza y el partido se los dejó a medio. «Por tanto sólo soy medio hombre», bromeaba. Resultaba francamente difícil conversar con él de temas más o menos técnicos o profundos. Rechazaba ese tipo de conversaciones y, de encontrarse presente en una reunión de ese tipo, siempre permanecía en silencio para, finalmente, marcharse si la cosa se prolongaba mucho tiempo. Tan sólo en algunos fragmentos de sus obras podía percibirse la profundidad de un pensamiento que él se esforzaba por disimular mediante un estilo ágil y sencillo. Por lo demás, era impenetrable por completo. Resultaba prácticamente imposible establecer si se trataba en realidad de un ser despreocupado o representaba un papel. Tal vez un poco ambas cosas.

—¿Y tienes algún otro proyecto en mente? —reanudó la conversación Simón.

Zacarías reconoció que no. Esto preocupó a Aurora. Miró fijamente a Zacarías pero no dijo nada. Estaba convencida de que los escritores llevaban varias historias en la cabeza de manera simultánea aunque se centrasen en su trabajo actual. Cuando no había otras historias, la crisis había hecho su aparición en el horizonte.

—Espero que te inspires pronto. Los lectores están pendientes de tu próximo lanzamiento.

—Son un encanto pero, si yo fuera ellos, buscaría un autor más estable.

Aurora permaneció callada hasta que Simón se ofreció para recoger la mesa. Zacarías hizo

el amago de levantarse, pero ambos amigos se lo impidieron.

Los dos, Aurora y él, quedaron frente a frente. Ella encendió un cigarrillo y comenzó a hablar:

—Zacarías, ¿qué te ocurre? No puedes seguir así, te estás hundiendo. Sal ya. Lo que sucedió fue algo horrible, pero si continuas así acabarás matándote.

El último libro de Zacarías había visto la luz hacía un año. Era un texto oscuro, pero sin la profundidad de los otros. Era su escrito más siniestro, con toda probabilidad fruto de un dolor mudo, pero también podía ser considerado un libro escrito por alguien que, simplemente, divagaba. Los otros, en apariencia más superficiales, entrañaban un contenido casi filosófico, no explícito pero muy presente. Éste, por el contrario, era formal y lingüísticamente complejo y por tanto daba la sensación de esconder algún tipo de enseñanza secreta; un texto hermético y esotérico destinado a los iniciados. Patrañas. Más que de una novela, podía hablarse de un ensayo sobre el color negro. Una serie de anécdotas (éstas sí, de tipo literario), apuntes estéticos, comentarios sobre pintura, etcétera, constituían el volumen. El libro se había vendido bien por la sencilla razón de estar firmado por él —de hecho, de no haber sido así, nadie se habría atrevido a publicarlo ni tan siquiera—. La crítica lo había interpretado como una obra para abrir boca, uno de esos libritos que se publican a veces entre novela y novela para engrosar las cuentas bancarias del autor y editor, y para que el público no se olvide de aquél (por supuesto, estas cosas sólo sucedían a autores de cierta talla, cada vez, por cierto, más escasos.) En tales ocasiones, se trataba de recopilaciones de cuentos, artículos, entrevistas y esa clase de cosas, pero en aquel caso el material era inédito en su totalidad. Las editoriales, si un autor dejaba de producir, incluso si había muerto, debían mantener vivo su espíritu y su obra, en ocasiones literalmente, a base de fragmentos de novelas, cuentos perdidos, servilletas garabateadas, algún artículo, textos de juventud...

Cualquier cosa que impidiese que un autor dejase de ser rentable o de repartir dividendos. Con hallazgos pequeños se podía editar un volumen verdaderamente enorme: estudios preliminares, entrevistas y declaraciones de amigos, compañeros sentimentales, editores, etcétera. Y luego una cagarruta de no más de dos páginas manchando el papel. «El negocio es el negocio», seguramente también pensasen Aurora y Simón.

El *memento* editorial, por llamarlo de algún modo, de Zacarías era breve, apenas ciento cincuenta páginas con letra grande y mucho espacio en blanco entre sección y sección. Dedicaba más de cincuenta páginas a comentar un cuadro de un pintor desconocido (quién sabe si no inventado por Zacarías.) El cuadro, quizá realizado también por el propio Zacarías, consistía en un lienzo pintado todo de amarillo que después había sido recubierto por otra capa de negro, de forma que la primera capa sólo pudiera apreciarse en determinadas zonas, como si se le hubiese dado una mala segunda pasada. El amarillo se apreciaba de manera fingidamente accidental. En ningún momento hablaba Zacarías de estados de ánimo personales del supuesto pintor y mucho menos vinculaba ningún fragmento con su vivencia de la muerte de su familia. La editorial tampoco había hecho referencia a ese hecho y se había limitado a diseñar una bonita cubierta negra con un punto amarillo en la parte inferior derecha simulando una gota de pintura. El nombre del volumen, *Visiones de un ciego*, también estaba escrito en amarillo, al igual que el nombre del autor. Aurora y Simón habían hecho todo lo posible por presentar el texto como una obra intimista y de difícil interpretación, «un experimento personal», una delicia editorial, a pesar de saber que no estaba a la altura de sus otros escritos. Afortunadamente siempre podía contarse con algún crítico que, amilanado ante el nombre del autor y lo abstruso de la obra o tras recibir una suculenta recompensa, la elogiase con desmesura. La crítica, en general —todo sea dicho—, no fue especialmente dura con él y los lectores también recibieron la obra como un

paréntesis.

Ese voto de confianza que el entorno literario le había dado le colocaba ahora en una posición incómoda y mucho más comprometida: no podía escribir otra obra menor sin sufrir menoscabo de su prestigio.

—¿Qué te hace pensar que se debe a que no he superado eso?

—¡Venga Zacarías! —Aurora chasqueó la lengua y giró la cabeza con un gesto de desdén—.

Mírate. Tal vez debas acudir a un profesional.

Simón llegó con unas tazas de café.

—¿Qué es eso que llevas en la frente? —preguntó el editor señalando los últimos restos del hematoma en los que no había reparado antes.

—Un porrazo. Me caí.

Zacarías terminó el café de un trago y se despidió.

—¿Ya te vas?

—Sí, estoy un poco cansado. Gracias por todo. —Miró a Aurora mientras decía esto último.

Tanto ella como su esposo ya estaban acostumbrados a las despedidas radicales de su peculiar buceador literato, de modo que no insistieron en que se quedase.

Cuando Zacarías se hubo marchado Aurora recordó a Judith. Los cuatro habían cenado juntos en un par de ocasiones, pero no guardaba un recuerdo particularmente grato de ella. Tampoco desagradable, sencillamente neutro. Al pequeño Daniel sólo lo había visto una o dos veces. Una de ellas fue en la propia editorial. Iba con su padre cuando éste pasó a dejar algo por allí. A Aurora le había resultado un niño precioso, más parecido a Judith que a Zacarías, si bien presentaba algunos rasgos suyos. Sabía perfectamente que su amigo sufría enormemente y eso era algo obvio al margen de que ella no pudiera comprender cómo esas dos personas podían haber acabado casándose. Pero bien sabía ella que las cuestiones del

amor son irracionales y ciegas. No sería exacto decir que ilógicas, pero su lógica resultaba tan compleja y ataba cabos tan dispares que, a efectos prácticos, era imposible aprehenderlo desde una perspectiva estrictamente racional. Dio una calada al cigarrillo. Simón estaba en la cocina metiendo los platos en el lavavajillas. Súbitamente sintió que la casa estaba un poco vacía, aunque no supo qué era lo que faltaba.

El coleccionista de sueños #2

Dos lagartijas caminan a dos patas por el desierto de Méjico. Se escucha el comienzo de «*T`Ain't No Sin*» interpretado por William Burroughs en el disco de Tom Waits *The Black Rider*. Van dándose puñetazos la una a la otra hasta que desaparecen en el horizonte. Despierto.

Al coleccionista de sueños le alegró mucho haber tenido un sueño musical, bastante infrecuente en la mayoría de seres humanos. Lo anotó sonriendo.

El día es muy largo.

El cazador de silencios y soledades #2

El desierto de Méjico es un lugar que parece haber sido sacado de alguna alucinación. El cazador de silencios y soledades recuerda su viaje. El calor es terrible, si bien lo más característico es la luz. Méjico es amarillo con detalles en verde, rojo y marrón. De la tierra brotan arbolitos que a veces se asemejan más a una raíz enorme que hubiera emergido del suelo más que a un árbol propiamente dicho. Todo es mágico y primitivo, anterior incluso al nacimiento de Dios. Allí se comprende que Dios y el Diablo son una y la misma cosa. La prepotencia humana queda puesta en evidencia y los dioses se burlan de los hombres y sus pequeños asuntos. Es el vacío absoluto, un vacío para ojos que no quieren ver. Un vacío que esconde un misterio. El calor hace que todo se perciba alterado y en continuo movimiento, como si estuviera ardiendo.

En el desierto de Méjico uno está permanentemente intoxicado. Es el fuego. La visión es similar a la que ofrece una carretera en un abrasador verano. Los objetos parecen derretirse, vibrar, danzar de un modo juguetón y perturbador. A veces se oye el sonido de una serpiente de cascabel arrastrándose sobre su vientre. Los elementos del paisaje hablan un lenguaje oculto y son atemporales. Uno tiene la sensación de que puede morir en cualquier instante; simplemente puede caer al suelo y no levantarse jamás.

La sustancia verde

Zacarías aún se resistía a reconocer la evidencia de la imposibilidad de avanzar en su relato. Había dejado de escribir pero se decía a sí mismo que estaba descansando un poco, que era simplemente una mala racha. Respetaba su horario pero ya no era tan perseverante delante de la libreta. Se levantaba cien veces y en ocasiones acababa por salir a la calle a dar un paseo o pasaba media mañana mirando por la ventana de la cocina y fumando. Fue entonces cuando las visiones comenzaron a asaltarle de manera frecuente. Dichas visiones eran una mezcla de alucinación y recuerdos. Zacarías perdía temporalmente la noción de la realidad y se entregaba a sus ensoñaciones. Daba igual que estuviera caminando por la calle, sentado en un banco del parque o tomando café. Quedaba como paralizado, entornaba un poco los ojos y, con frecuencia, esbozaba una sonrisa débil. Externamente comenzaba a dar señales de estar un poco chiflado. Esas visiones tenían por objeto, única y exclusivamente, a Judith y Daniel. Volvían a representarse momentos de su vida pasada, con la peculiaridad de que parecían estar grabados con una vieja cámara de *súper 8*. Las imágenes presentaban un color amarillento y el movimiento era ligeramente acelerado. Hasta podría decirse que él oía el sonido de la bobina deslizándose por el reproductor. Judith casi siempre aparecía sonriendo. Él nunca se veía.

Tras varios días (semanas) haciendo de *proyector* humano, el formato de las alucinaciones se vio alterado: volvió a repetirse la escena de Daniel en la playa, pero a esta visión se le había agregado una suave melodía de piano. No tenía ese aspecto de cinta de *súper 8* y, a diferencia de las otras ocasiones, el sol parecía haber descendido un poco, o más bien se había ocultado temporalmente tras una nube. La luz era similar a la que hay durante

un eclipse solar. Ése era el efecto. La melodía era una sucesión de notas tocadas con una sola mano. Seis notas pulsadas sucesivamente, con un pequeño contratiempo acelerado en la tercera y cuarta pulsación para volver al tempo lento de las dos primeras. La alucinación apenas duró diez segundos y sumió a Zacarías, en esta ocasión con más intensidad que en otras, en un mar de lágrimas.

Lloraba y caminaba lentamente por la calle, a plena luz del día, y seguía recordando esa sucesión de notas. Por primera vez en mucho tiempo fue de nuevo consciente, tal vez más que en ningún otro momento desde aquel suceso, de la pena que sentía. Se escondió detrás de unos arbustos del parque y, sentado en un banco, se entregó al llanto sin reservas. Acabó tumbándose sobre el mismo y trató de pensar en algo, en lo que fuera, que le ayudase a comprender ese estado absurdo en el que se encontraba. Mucha gente había perdido a sus seres queridos de un modo trágico y no quedaba sumido en una suerte de catatonia del corazón. No encontraba respuesta alguna, a pesar de que a su mente acudieron hipótesis de todos los pelajes: clínicos (duelo patológico), teológicos (castigo), romántico-deterministas (el destino), existencialistas (proyecto-interrumpido-por-la-muerte, los guiones son clave — parece que no se puede escribir nada referente al existencialismo sin ligar cada palabra mediante un guión—.) Pensó en recurrir a las tácticas más siniestras: hablar con personas invisibles sentadas en sillas vacías y decirles bien que las echaba de menos, bien que ojalá se hubiese separado de ellas antes de que la muerte se las hubieras arrebatado («hija de puta la muerte que no le deja a uno tomar una decisión», pensaba en sus momentos más serenos); escribir una nota/carta y enterrarla; medicarse (como había sugerido, en cierto modo, Aurora.) Ninguna de las posibilidades le satisfacía. Una pregunta cruzó su mente en ese instante: ¿por qué las apariciones se daban en ese momento? Eliminado de forma metódica —y sólo así— el elemento azaroso, Zacarías trató de localizar una relación causa-efecto. ¿Había algún

mensaje en esas ensoñaciones? ¿Acaso un dato que antes no era posible asimilar y ahora sí? ¿Se encontraba más dispuesto a comprender en este momento? «Quizá deba buscar ayuda profesional, Aurora sabe lo que se dice, ¡bah, nada de eso!». Tumbado boca arriba sobre el banco veía el cielo. Un cielo limpio y claro, lo opuesto a su mente y sus pensamientos. «Si mi mente fuera como ese cielo —pensaba—, tan sólo cruzado por unas apacibles nubes...». Se estrujó la cabeza un poco más hasta tirar la toalla. O mejor, hasta colgarla por un momento. Esas visiones encerraban algo y quería saber de qué se trataba. De eso creía estar seguro. Determinó cuál sería su nuevo proyecto. Comprendía plenamente lo inútil que habría resultado anotar los sucesos y sensaciones anteriores al fallecimiento de Judith y Daniel. Asimismo, tenía muy claro que habría sido perjudicial y, por supuesto, estéril machacarse con el recuerdo o la investigación de cosas que habían hecho que la pareja se distanciase cada vez más. Visto desde su actual perspectiva, tales detalles se quedaban en una chiquillada.

A partir de ahora Zacarías se limitaría a apuntar todos los recuerdos, imágenes y visiones que tuviese. Llevaría a cabo un recuento de apariciones *post mortem*. No un estudio de las vivencias previas, sino de las consecuencias, de los posos de unas muertes, los efectos que esas muertes tenían todavía hoy en día sobre él, las conexiones que activaban dentro de él, lo que quedaba en última instancia. Lo que quedaba después de todo. Sería un informe exhaustivo. Todos los detalles quedarían registrados. Empezaría ese mismo día. Lo que hubiera sucedido antes resultaba por completo irrelevante. Incluso las visiones anteriores podían olvidarse sin ser tenidas en cuenta. Sólo a partir de ahora comenzaban a contar las cosas. Quizá así comprendería un poco mejor la situación en la que él mismo había quedado. Que determinadas imágenes se presentaran en su mente de cierta manera debía tener un significado, ya no en el sentido de aclararle algún aspecto de su vida anterior sino como simple indicador de que eso había quedado grabado en su memoria por algún motivo. Al final

de la vida sólo quedan recuerdos inconexos. La memoria no sintetiza lo fundamental desde el punto de vista de nuestra lógica. Tiene su propia lógica y no discrimina entre acontecimientos significativos y hechos aparentemente insignificantes. La existencia de una persona queda así reducida a un conjunto de sucesos en apariencia triviales y desconectados, momentos importantes y cosas que habían permanecido en el olvido largo tiempo. Es otra de las revelaciones de lo «azaroso» y su red de conexiones. Zacarías, ahora cronista del azar, quería desarrollar ese experimento, estudiar los caprichosos (¿o los inevitables?) itinerarios de lo aleatorio y extraer de eso un mayor autoconocimiento.

Compró una libreta pequeña de tapas verdes y un bolígrafo. En la primera página escribió *Yo soy el que no es* y la guardó en el bolsillo de la camisa a la espera de una nueva ensoñación. Todo sería registrado con fecha y hora (eso era fundamental para él.) Zacarías se había convertido en un detective del destino y de sí mismo; sujeto y objeto de una investigación privada.

Calexico

Si hubiera que poner música al vagabundeo de Zacarías ese día, sin duda sería el tema de Calexico «*Attack el Robot Attack!*». Las calles estaban particularmente atestadas de gente, los edificios parecían más altos y amenazantes, la luz llegaba con más dificultad al suelo.

Zacarías seguía a la espera de nuevas iluminaciones, como si de ello dependiese su vida o, en particular, la salvación de su alma. Caminaba entre la muchedumbre como un alucinado. Coches, ruido, luces, colores, rótulos, vallas publicitarias, humo, pasaban desapercibidos ante los ojos del escritor. A su manera esperaba que el flujo de imágenes fuera constante, o al menos más abundante de lo que actualmente era. En los días más intensos podían darse tres visiones, si bien esto no era lo habitual. Normalmente sólo se daba una.

Comenzaba a centrar su vida en dicho menester de manera preocupante. Apenas comía, no leía, no escuchaba música, dormía muy poco (cuando lo hacía.) Había dejado de escribir cualquier cosa salvo dichas anotaciones, lo que equivalía a haber abandonado su trabajo. No llamaba a ningún amigo, que prácticamente se reducían a Simón y Aurora, ni tampoco cogía el teléfono. A decir verdad, casi nunca estaba ya en casa. Deambulaba por la ciudad como un alma en pena. Había pasado definitivamente a otro nivel de realidad, ajustándose al dicho wittgensteniano «el mundo es mi mundo», llevándolo más allá del plano del lenguaje, al de la experiencia, con todas las peligrosas consecuencias que eso podía entrañar. En el caso de Zacarías, tales efectos no serían peligrosos en la medida en que exclusivamente le afectasen a él. Caía sin cesar en una especie de solipsismo no intencionado y de carácter práctico.

En las semanas siguientes olvidó incluso fumar y beber café. Junto con la ausencia de

comida, las largas caminatas que realizaba hicieron que perdiera bastante peso. La barba le había crecido más de lo admisible y su aspecto era el de un prisionero de guerra. Sin que Zacarías lo advirtiera, la gente evitaba rozarse con él y se separaba un poco cuando se aproximaba. Para ellos era un mendigo, un mendigo que no pedía limosna (de momento.) Apenas pasaba ya por casa y en más de una ocasión llegó a dormir en el parque.

Ahora, aparte de sus notas, quería llevar a cabo otro experimento. Su experiencia por las calles y sus noches a la intemperie le habían convencido de la existencia del destino. Defendía la teoría de que era prácticamente imposible morir si no había llegado tu hora. Podías incluso exponerte al mayor de los peligros que nada te sucedería. Algo, por lo demás, bastante familiar a cualquiera que frecuentase los textos taoístas, salvando las distancias. Por supuesto, si te arrojabas desde una azotea todo estaba prácticamente perdido. Pero incluso en ese caso siempre estaban los tendedores o algún otro milagro.

Deseó poner en práctica esta idea. Fue a casa, se duchó, se afeitó, comió algo y se vistió decentemente. Después cogió unas monedas, lo justo para tomar el autobús que le dejaría en la playa, situada a unos noventa kilómetros de allí.

Al llegar ya había agotado todo su saldo, quedando a merced de su buena o mala suerte. En el bolsillo de la camisa guardaba su pequeña libreta y el bolígrafo. Ninguna documentación ni tarjetas de crédito. Ninguna moneda o billete extra.

El nuevo experimento estaba a punto de comenzar.

El autobús le había dejado en el núcleo urbano, de modo que tuvo que caminar un poco para llegar a la orilla de la playa. Allí se quitó los zapatos y los calcetines y se arremangó los pantalones y la camisa. Sentado frente al mar se sintió tranquilo y feliz. Era como si nada de lo que en los últimos años le había preocupado existiera ahora. Olvidó de repente que era escritor. No recordaba ni una sola línea de su último e inacabado trabajo. No

le asaltó ningún recuerdo, ninguna idea. Estaba en su hábitat natural: la orilla de la playa. De vez en cuando oía el sonido de una gaviota. Al fondo, un barco desaparecía lentamente. «Debería vivir aquí —se dijo—, en la mismísima orilla». Permaneció allí hasta la mañana siguiente. «Tendría que traer alguna manta si quiero fijar aquí mi nueva residencia», pensó al despertar. El frío de la noche y el relente de la mañana le habían dejado los huesos hechos papilla. Aún así estaba de un humor excelente. «Es hora de desayunar». Desde el día anterior no había probado bocado. Caminó hasta la primera cafetería que vio abierta, lo que le llevó un buen rato. En esa época del año los locales estaban cerrados casi en su totalidad. Antes de entrar se sacudió los posibles restos de arena y puso cara de ira y preocupación.

—¡Buenos días! —exclamó el camarero cuando vio entrar al que, de momento, era su único cliente.

—Buenos lo que se dice buenos...

—¿Qué ocurre?

—Acaban de robarme el coche.

El camarero levantó las cejas en señal de sorpresa.

—Sí, he bajado un segundo para orinar en la playa y me lo han levantado. Además llevaba dentro la cartera con todos los documentos. Así que aquí me ve, sin coche, indocumentado y sin dinero... ¿Le importaría que llamase a la policía desde aquí?

—No, en absoluto. El teléfono está allí —dijo señalando el de uso privado—. El número de la policía local es... —dijo después de buscar en un listín bastante magullado—. Por cierto, ¿quiere tomar algo? ¿Un café, tostadas? Invita la casa.

—Si fuera usted tan amable, se lo agradecería. Llevo toda la noche conduciendo y estoy muerto de hambre.

Zacarías se dirigió hacia el teléfono, pero no marcó ningún número. Mantuvo una

breve conversación simulada y cuando volvió ya tenía sobre la barra su desayuno.

—Menudos cabrones —continuó diciendo con su enfado fingido.

—¿Qué dice la policía?

—Que pase por allí para denunciar el robo. ¿Queda muy lejos la comisaría?

—No, qué va, está aquí al lado. ¿Se dejó usted las llaves puestas?

—Pues sí. Suena estúpido, pero así fue. ¡Joder, bajé unos segundos! No sé de dónde pudieron salir esos tipos.

—¿Eran varios?

—La verdad es que no tengo ni idea. Al girarme para regresar al coche vi que había desaparecido. ¡Pluf! Ya no estaba. Y yo allí subiéndome la bragueta... No puedo imaginar una situación más bochornosa.

El camarero volvió a arquear las cejas.

—Bueno, gracias por todo —dijo mientras se levantaba del asiento.

—No hay de qué señor. Y siento lo sucedido. Espero que lo encuentren.

Zacarías salió a la calle y se encaminó otra vez hacia la playa. A pesar de haberlo llevado a cabo millones de veces, se sorprendió de lo fácil que resultaba despedirse de alguien a mitad de la conversación sin que el otro se sintiese ofendido. Sólo había que esperar una pequeña pausa, una desviación de la mirada y, ¡zas!, uno podía largarse sin rendir cuentas ni quedar mal. De haber permanecido allí más tiempo, el camarero podría haberse interesado

demasiado por su caso, preguntar de dónde venía y hacia dónde se dirigía —no con intenciones policiales, sino por mera curiosidad—, y cosas por el estilo. De ese modo, sin embargo, se ahorra cualquier tipo de molestia.

La misma estrategia del robo simulado podría funcionar unos cuantos días más, pero a medida que su aspecto fuese empeorando (ropa cada vez más sucia, barba descuidada, etcétera) se vería obligado a cambiar de táctica. Por ejemplo, en la fase intermedia, es decir, en el camino entre ser un hombre corriente y parecer un vagabundo, lo cual podía fijarse entre el cuarto y el séptimo día como mucho (quizá algo más —estas cosas son siempre muy personales—), podría entrar a los sitios y luego salir corriendo sin pagar. Esto sería posible gracias a que todavía le dejarían entrar a los locales y le servirían, cosa que después se iría complicando.

Así se mantuvo durante una semana. Por las noches dormía en la playa, sobre la arena. La brisa marina le hacía tanto bien en su espíritu como daño en los huesos. Además cada vez tenía que recorrer distancias mayores para encontrar sitios abiertos en los que no hubiera estado anteriormente y poder así alimentarse sin llegar al robo explícito. Al cabo de ese tiempo se planteó la necesidad de desplazarse.

Mientras esperaba el autobús, el resto de futuros pasajeros lo miraban desde cierta distancia. Advirtió que se hallaba en un estado bastante lamentable, peor de lo que había pensado. Se miró las patas de los pantalones, los zapatos y la camisa; se acarició la barba y el pelo. Incluso se retiró un par de legañas de los ojos y no se olió las axilas por pudor. Sí, su aspecto era absolutamente el de un mendigo. Subió a un autobús ante la mirada desconfiada del conductor.

—Discúlpeme —dijo—, no recuerdo del todo lo que me ha sucedido, pero creo que me han robado el coche y... —En ese momento bajó la cabeza y se llevó las manos a los ojos. Automáticamente en rostro del conductor se modificó por completo. Hizo el amago de cogerle los hombros, pero Zacarías levantó la mano indicando que se encontraba bien. Fue un movimiento rápido por parte de Zacarías, quien percibió que, a pesar de la buena voluntad del conductor, sus brazos se habían extendido temblorosamente, con indecisión. Con la indecisión que le producía el asco.

—¿Sería tan amable de permitir que fuera hasta...?

—Por supuesto, pase, y no se preocupe. Si necesita que llamemos a la policía o algo, dígamelo. —La duda era patente en la cara del conductor. «¿Qué demonios le han robado el coche? ¿Qué coche va a tener éste?», debía estar pensando. Pero su lamento le había conmovido fugazmente. Además, sus modales, o algo que él no podía precisar, le incitaban a creer que no era un mendigo al uso. Desde un punto de vista visual era indiscernible, pero algo le decía que no era así.

—No gracias, sólo deseo llegar a casa.

Zacarías se sentó en un asiento cerca del conductor pero no lo suficientemente como para que éste le diese demasiada conversación. Algunos de los viajeros lo miraban de reojo y él únicamente esperaba que ninguno de los camareros a los que había engañado estuviera allí. Por fortuna no fue así y pudo llegar al pueblo deseado, unos treinta kilómetros más allá, sin ninguna complicación. Se despidió del conductor dándole las gracias y éste se ofreció por última vez para ayudarle. El hombre estaba de veras preocupado.

—Muchísimas gracias. Ha hecho usted por mí más de lo que pudiera imaginar. Pero ya está

todo bien, ya estoy en casa. —Sonrió y se marchó.

El autobús siguió detenido unos instantes mientras que el conductor observaba cómo Zacarías se alejaba. «Qué buena gente. —Pensó el escritor—. Resulta extraño que con tantos buenos samaritanos el mundo se esté yendo al carajo. Tal vez se deba al hecho minúsculo de que realizar una buena acción aislada resulta sencillo, le deja a uno con una sensación de paz interior increíble, de santidad instantánea y efímera. Pero mantener una conducta recta, ¡ay mantener una conducta recta de modo duradero!».

Así fue de lugar en lugar. Cada vez se complicaba un poco más el asunto alimenticio, pero, en definitiva, no llegaba a ser algo preocupante. La fruta pendía de los árboles con un cartelito que decía «Cógeme» y el mismo cartel llevaban algunos productos de los supermercados. Robar para comer no debería ser considerado un delito.

Al cabo de un mes Zacarías consideró que su teoría estaba debidamente fundamentada. Se encontraba ya un poco cansado de dormir en cualquier sitio, todos ellos peores que la playa, y, por primera vez en mucho tiempo, pensó más que que no le vendría mal una ducha, que se hacía del todo necesaria en honor a la verdad. Parecía que las alucinaciones eran algo exclusivo de la gran ciudad ya que durante su periplo no había tenido ninguna.

Para rematar la faena mediante una especie de coda bufa, se le ocurrió que podría dar un poco de trabajo a la policía, para lo cual se presentó en una comisaría diciendo que no sabía qué hacía allí y que quería volver a casa. Como cabía esperar, su actuación desencadenó una serie de preguntas y sospechas. «¿No será un borracho, verdad?» o «Hummmmm, seguro que se trata de un indigente», debían pensar los agentes. No llevaba la documentación

encima. Con educación lo retuvieron mientras revisaban su historial. Estaba limpio. No había denuncias de extravío y ninguna institución mental había informado de la desaparición de ningún interno.

—¿No recuerda cómo ha llegado hasta aquí?

—No, señor.

—¿Bebe usted?

—Lo justo. Pero no estoy borracho, si es eso lo que está insinuando. —Se levantó de la silla y caminó en línea recta para demostrar que podía mantener el equilibrio sin tambalearse.

Los agentes no parecían disfrutar con las bromas de ese individuo y éstas no hacían sino incrementar las sospechas. «Maldito dipsomaniaco». Lo cierto es que no había nada que inculparle.

—¿Desea usted denunciar algún hecho? ¿Le han atracado?

—Que yo sepa no. Bueno, mi cartera ha desaparecido, si bien es cierto que puedo haberla dejado en casa.

—Entonces, ¿se puede saber cómo ha llegado usted hasta aquí?

—Se lo he dicho. No tengo ni la menor idea. Me he despertado esta mañana en un banco sin saber dónde estaba. Además, este aspecto... Dios, ¡qué indecoroso! ¿Sabría usted decirme cuánto tiempo llevo por ahí? Porque esta ropa y esta suciedad no es de uno ni dos días.

—¿A qué se dedica usted? —le preguntó uno de los agentes.

—Ahora estoy en paro, ¿sabe? No hago absolutamente nada. Antes era tipógrafo, jugaba con las palabras, hasta que un día las palabras decidieron no jugar más conmigo y la cosa se complicó un poco.

Los policías se miraron. «Ha perdido el juicio». Pero no había motivos para retenerle por más tiempo, de modo que fue acompañado por dos agentes hasta la misma puerta de su casa. Zacarías tuvo la decencia de dar una dirección correcta y no llevar la broma más allá. Nunca había viajado en un coche policial y, por fortuna, en esa ocasión tampoco lo hacía en calidad de detenido o algo similar. El coche patrulla se había transmutado en taxi sin taxímetro y los policías en taxistas uniformados.

Al llegar a su casa, el coche permaneció allí hasta que Zacarías entró en ella. Los policías se habían ofrecido a ayudarle más por desconfianza que por buena intención. De otro modo le habrían pagado un billete de autobús o un taxi o cualquier otra cosa que hicieran los policías cuando topaban con un individuo así y ya está. A pesar de no haber encontrado nada delictivo en toda esta historia, el asunto era bastante raro. No había duda de que la aventura quedaría (quedó) registrada en un informe policial, pero era algo que Zacarías aceptaba de buen grado como pago por la diversión.

—Gracias señores agentes. ¿Desean tomar algo? ¿Bourbon tal vez? —dijo y sonrió.

—No, gracias —contestaron al unísono.

—¡Ya sé, ya sé! —dijo el escritor con gesto divertido—: están de servicio. Lo he visto en las películas.

Sin duda, pensaban, estaba bastante loco. Aunque la casa no estaba mal. Hoy en día

cualquier chalado puede tener una casa maravillosa.

«Otra vez en casa», se dijo el recién llegado cuando los policías se marcharon. Habían esperado en el coche hasta que abrió la puerta con el fin de cerciorarse de que aquella casa era efectivamente suya.

El frigorífico apestaba. Zacarías se dio una buena ducha, una como no recordaba haberse dado hasta la fecha. Recortó su barba y se puso ropa limpia. Lo primero era recuperar su vida anterior, para lo cual qué mejor que tomar un café y comprar cinco cajas de puritos.

La estantería se sorprendió al verle.

—Dichosos los ojos.

—Eso mismo pienso yo.

—¿Qué, de viaje?

—Un viaje muuuuuy largo. Incluso llegué a pensar que la había palmado.

La mujer lo miró sorprendida, pero rápidamente lo interpretó como otra de las bromas del escritor y le siguió la corriente.

—Normalmente los muertos no tienen tan buen aspecto.

—No te creas. Algunos sí. No es mi caso, por supuesto, pero gracias por el cumplido. En cualquier caso he decidido celebrar mi regreso al mundo de los vivos fumando un purito de vainilla. Allí, en el otro barrio, no nos dejaban fumar. Decían que el tabaco mata, ¡qué cosas! De modo que no te he sido infiel...

La estancuera sonrió y puso sobre el mostrador cinco cajas.

—En fin, si me muero otra vez pasaré primero por aquí a despedirme de ti.

—Está bien —dijo ella sin dejar de sonreír.

Miles Davis ataca de nuevo. El corte de *Doo Bop* «*High Speed Chase*» fluye por el ambiente, parece animar a los viandantes, insuflándoles la energía necesaria para llevar a cabo sus tareas cotidianas en ese crisol enorme que es la gran ciudad. Ritmo frenético, risas, llantos y empujones. Los diez mil seres en danza permanente, en una constante metamorfosis. Comida rápida tradicional para adaptarse a los nuevos tiempos. Los gustos cambian. El imperio nos pisa los talones.

Thank you.

Peleando a la contra

Durante su particular «vida en los bosques» (es decir, «en la playa y en las calles»), Zacarías había anotado algunas cosas a falta de ensoñaciones. En su mayoría se trataba de breves consejos para vivir al margen de la sociedad. Sin duda, eufórico ante el hecho de la supervivencia radical —algo a lo que, debía reconocer, la mayoría no estaba acostumbrada ni había experimentado—, redactó una lista de pequeñas acciones que podían contribuir al ahorro económico y energético haciendo tan solo unos cuantos ajustes en los hábitos de los individuos. Otras se quedaban en meras odas a la vida despreocupada y casi primitiva. En su mayor parte consistía en largas peroratas anti-sistema, algo absolutamente impropio de Zacarías, normalmente ajeno a cualquier asunto político, social y, ¿por qué no decirlo?, mundano.

Considerando lo sucedido con posterioridad, es fácil establecer que ciertas cosas tienden a olvidarse cuando se tumba uno en un cómodo sofá, abre el grifo y ve caer el agua, pulsa un interruptor y se hace la luz. Las soflamas se convierten en tartamudeo ante la perspectiva de la vida fácil, aire acondicionado y una buena conexión a internet.

[De lo hallado en el cuaderno de viaje de Zacarías].

[...] *Como decía don Agustín García Calvo, «No se declare usted a Hacienda, hay otros amores». El ciudadano debe tener derecho a la objeción e incluso abstención tributaria en caso de no estar de acuerdo con el uso que se da a sus impuestos (esto no procede del bueno de García Calvo.) No necesitamos tantas carreteras que no van a ninguna parte —al menos a ninguna parte que no sea*

donde está mandado—, ni tantos policías y jueces corruptos y políticos comemierda, ni tantos ministerios y ministros y ministras inútiles, ni tanta propaganda.

[...] No necesitamos trabajar. Al menos más de lo necesario. Con un uso racional del esfuerzo y una eliminación de falsas necesidades podemos vivir de maravilla casi sin dar palo al agua (reléase Walden —el de Thoreau, claro—.) ¿Eres de los afortunados cuyos padres trabajaron hasta dejarse el pellejo y se hicieron con un patrimonio? Vive de rentas, paga tu impuesto revolucionario —si así lo estimas, aunque no te lo recomiendo— y dilapida tu riqueza. No generes puestos de trabajo en una sociedad que ha malentendido el concepto de política social y lo usa para llevar a cabo un latrocinio de guante blanco [...] Y si tu herencia genético-bancaria (ahora todo es genético, esto es, potencialmente manipulable) no ha sido tan generosa, pues tanto mejor. Así no tendrás que preocuparte de nada. Nada añorarás, nada perderás.

[...] El medio ambiente es muy importante. No tires latas por el monte u otras reservas naturales, no vaya a ser que dificultes las tareas de excavación para la construcción de conglomerados urbanos. Recicla sin cobrar. Otros lo harán por ti.

[...] Es imposible vivir tranquilamente al aire libre. No tardarán en aparecer agentes de las fuerzas de seguridad para pedirte explicaciones. He de reconocer que tuve mucha suerte, pero no es lo habitual. ¿Debemos suponer que el suelo es de alguien? ¿De quién? Nunca comprenderé esa manía por suponernos a todos culpables y potencialmente criminales. ¿Acaso soy yo un delincuente? No ensucio nada, no tengo nada y dejo el mundo tal y como lo encontré. Sólo quiero tumbarme en este suelo, supuestamente de nadie —lo que resulta idéntico a efectos prácticos a decir que es de todos—, y contemplar el cielo y las estrellas. Pero parece que es una ocupación propia de locos en los tiempos que corren.

[...] (Al hilo de lo anterior,) Sí, se han operado varios cambios conceptuales de gran calado en el marco de la justicia: la clásica presunción de inocencia hasta que no se demostrase lo contrario se ha transmutado en presunción de culpabilidad. La causa, un incremento de la paranoia inducida por los estados y los medios de comunicación con el fin de mantener a los rebaños humanos aterrorizados, manipulables y creyentes como nunca en la imposibilidad de la existencia de un mundo

mejor al margen del nuestro, de lo establecido, del modelo hegemónico. Sí, somos culpables hasta que no se demuestre lo contrario, consecuencia lógica del nuevo giro estratégico de control de poblaciones, y se hace precisa una estricta vigilancia.

¡Mirad esos extra-mundos sumidos en guerras permanentes! (la pregunta podría ser quién subvenciona el armamento), ¡mirad como viven los que no muerden el anzuelo capitalista! Siempre a la espera de subirse al carro (nada mejor para avivar sus deseos que regalarles televisores. No importa morir de hambre si lo haces a ritmo de zapping —¿alguien conoce la India?—.) Los árabes tratan mal a sus mujeres, los ciudadanos del este de Europa son ultraviolentos y vendrán a colarse en vuestros chalets, los sudamericanos son unos borrachos y tú, tú que estás en un bosque sin hacer nada es que algo malo planeas. Es imposible que alguien con obligaciones, un trabajo, una familia, una hipoteca, un coche y una tele quiera pasar la noche a la intemperie sin que algo perverso atraviese su mente. El mensaje es claro: plegaos al sistema porque fuera de él sólo hay caos y guerra. Da igual cómo lo hagáis, que os pintéis el pelo de verde, que os perforéis los pezones, que papá os pague los estudios en un sitio muy indie (¿Ámsterdam?) Pero por favor, no abandonéis el sistema y seguid pagando con toda vuestra alma el impuesto antirrevolucionario.

Y para aquellos impenitentes, diré que el fin de esta locura no pasa por grandes actuaciones o por una estética «transgresora». En lo pequeño está el germen del fin del imperio: dormid al aire libre, no paguéis impuestos, pero tampoco cometáis delitos, no tengáis posesiones de ningún tipo que puedan requisaros. Quien no tiene nada no es útil para la justicia, ya que nada se le puede expropiar.

Otro asunto llama mi atención. Antes un policía corría detrás del maleante. Ahora lo hace delante de él, huyendo la dirección contraria. Igual pasa con los jueces. Policías y jueces sólo se ocupan de pequeños delitos, de delitos de barrio, y esto cuando lo hacen. Por supuesto también irán contra aquel que, aun sin ser un delincuente, sea rentable. Ahora bien, hasta un determinado nivel. Si el delincuente es desmesuradamente rico o perverso, la justicia tardará decenios en dictaminar algo contra él y, cuando lo haga, las penas serán irrisorias (amén de revocables y reducibles.) Así que sólo nos queda exclamar ¡Viva el ladrón! ¡Arriba el criminal!

[...] *Roba la luz, el agua y la conexión a internet de tu vecino. Es más, no necesitas ninguna conexión a internet. Tan celoso que te crees de tu preciada vida privada, de tu individualidad, y exponiendo sin saberlo tu más íntima naturaleza de manera impúdica y gratuita... Todos tus gustos, tus datos, tus búsquedas, tus mensajes a la vista de cualquiera que sepa mirar (todo sea, cómo no y como siempre, por tu seguridad.) Si de verdad necesitas recurrir a esos cacharros primitivos para mirar cualquier memez, hazlo desde ordenadores públicos. Crea cuentas falsas de correo electrónico y jamás aportes dato alguno. Y, de paso, introduce en el buscador: «fabricación de bombas», «pederastia» y alguna lindeza por el estilo, aunque, a decir verdad, pienso que las autoridades ya han dejado de preocuparse por ese tipo de asuntos.*

[...] *La piratería es lícita. No creas cuando tratan de vendértela como un robo. Piensa en los precios de los libros, los discos, las películas, en el precio de los discos grabables —hinchado gracias a un canon injustificado—, jeso sí es un robo! Así que descarga, descarga todo lo que puedas y más: discografías enteras, filmografías enteras, todo lo que se te ocurra y después déjalo en un cajón o regálase a tus amigos. Piensa que de no ser por la piratería y la pornografía, la red se vendría abajo en una semana. ¿Acaso necesita alguien pagar tanto por una conexión si sólo desea ver el absurdo correo-publicidad-electrónica? Volvamos a escribir a mano. Alegra el día de quien escribe y de quien recibe la carta. Recordad un poco esos sobres, los olores, los sellos, la letra del amigo o del ser amado, la emoción de abrir el buzón (y que no sólo haya montañas de publicidad.) ¿No se os hace la boca agua?*

[...] *Destroza el televisor. ¿No crees que te sentaría mejor la comida sin ese espectáculo sangriento que se hace llamar telediario? ¿Acaso crees que el mundo es tal y como te lo venden a través de la pequeña pantalla? Tira por la ventana el generador de falsas realidades y de paranoia. Arranca de la pared la máquina de desarrollar rebaños asustadizos y domesticables.*

La lista de recomendaciones era bastante extensa, agotando por completo el pequeño bloc de notas. Resulta difícil saber si Zacarías creía verdaderamente eso o todo ellos era fruto

de la excitación y, hasta cierto punto, un deseo de autosugestión ante lo calamitoso de su estado. Desde un punto de vista meramente lingüístico, el estilo de dichas notas era absolutamente diferente del empleado habitualmente por Zacarías. Se daba en ellas algún elemento llamativo y bastante desconcertante: expresiones soeces en medio de un argumento relativamente serio, furia indiscriminada, un cinismo desmesurado. En fin, un verdadero caos literario y emocional.

Tal impulso, no obstante, pareció desaparecer tan pronto llegó a casa. Al menos, después de aquello, no hubo más anotaciones en esa dirección. Todo, pues, volvió al *statu quo ante*.

El final del paréntesis

Durante su estancia en las tierras de nadie, Zacarías había experimentado una mejoría. Sus preocupaciones habituales habían sido sustituidas por otras más elementales y, una vez que tales necesidades básicas estaban cubiertas, disfrutaba alegre y ociosamente. La sensación que le producía saberse inmune a la muerte por el momento le sumía en un estado de trance. Ese descubrimiento constituía para él uno de los más importantes de los últimos años. La cuestión estaba directamente conectada con la del destino y por tanto de esa enseñanza podía desprenderse una actitud aplicable a los más diversos aspectos de la vida. Se quedaba ensimismado pensando en esa certeza y sus consecuencias, como Descartes ante el descubrimiento del *cogito*.

Una vez que confirmó la validez de su tesis, regresó.

Su nueva convicción le ayudaría a afrontar los acontecimientos que vendrían a continuación. Ya no volvería a abandonarse y asumiría su destino estoicamente. Por algún raro fenómeno, su alma, consideraba, le había sido arrancada, extirpada. Era plenamente consciente de su mutilación. Los motivos no los tenía claros, pero no le importaba. En el proceso de debilitamiento que se iniciaría en breve ya no estaría desorientado. Sabía perfectamente que un hombre sin alma está condenado a morir.

Seguía con su rutina de paseos, cafés, tabaco y anotaciones. Las apariciones habían vuelto a hacer acto de presencia en su mente (debía tratarse de apariciones, por alguna

absurda razón, urbanas.) Tenían por tema, como siempre, escenas triviales y cotidianas: Judith poniendo la mesa, Daniel dibujando con ceras... Nada singular. Aprendió a convivir con ellas, incluso a sentir cierto cariño al verlas.

Sin embargo un día, sentado en un banco del parque, tuvo una visión más impactante. Fue testigo de algo que no había podido presenciar, sino únicamente vivir: el accidente fatídico. Vio a Judith saltarse la señal de *stop* y al otro coche colisionar contra el de ella. Vio el cuerpo de su esposa moverse en bloque hacia el cristal y estrellarse contra la luna. Vio a Daniel dar con la cara en el asiento delantero y regresar violentamente a su posición. Creyó incluso oír el crujido de su pequeño cuello al quebrarse. Vio la cabeza de Judith apoyada sobre el volante, con los brazos colgando y la sangre cayendo sobre el asiento y la alfombrilla. Vio como a cámara lenta de qué modo los dos coches se empotraron fundiéndose el uno con el otro; dos grandes acordeones cuya música produjo tres víctimas mortales. Tres y media, para ser exactos.

Zacarías perdió todo el color de su cara, quedándose completamente blanco. Ni una lágrima brotó de sus ojos. Simplemente se levantó y regresó a su casa. Deshizo la cama de manera mecánica y se metió dentro. Previamente había descolgado el teléfono. No serían más de las seis y media de la tarde, pero Zacarías durmió hasta las doce del mediodía del día siguiente.

Esa noche tuvo un sueño. En él revivió la escena del accidente, prácticamente idéntica a como la había imaginado esa tarde. Después de esa escena, el sueño cambió. Judith y Daniel salieron del coche, ella totalmente ensangrentada y él con el cuello bailándole sobre los hombros. Se alejaron un poco y comenzaron a jugar a la pelota. El otro coche llevaba un

pasajero empotrado en la luna. La sangre no permitía ver su rostro. Al igual que los otros, salió del coche para dirigirse donde madre e hijo jugaban. Al llegar, Judith le dio un abrazo cariñoso y Daniel corrió a abrazarse a su pierna. La tercera persona era él mismo.

Principio de causalidad

En los días siguientes, Zacarías no pudo dejar de pensar en cuestiones más concretas acerca de la muerte de su familia. No era el propósito que se había hecho inicialmente, pero le resultaba inevitable. Preguntas como ¿Dónde iban? ¿De dónde venían? ¿Era cierto el informe del perito sobre quién se había saltado la señal? ¿Podría él haber hecho algo por evitarlo? La tercera pregunta la contestó gracias a su visión, a la que le atribuía, casi arbitrariamente, un valor de verdad (V). La última por el principio descubierto durante su viaje. Esto hizo que se atormentase un poco menos. Había anotado el sueño con todo detalle y fue ésta una tarea dura para él.

No tenía noticias de ningún amigo, ni siquiera de Simón y Aurora. Era de esperar, ya que apenas andaba por casa y él tampoco había hecho mucho por verlos. En ese momento le hubiese gustado volver a escribir, pero las ideas le habían abandonado. Escribir significaba vuelta a la rutina, al orden, a una vida normal. De lo contrario, era difícil predecir cuánto tiempo pasaría vagando sin sentido a la espera de recuerdos y visiones. Si además comenzaba a hacerse preguntas y a analizar cada aspecto de lo sucedido, la probabilidad de que se volviera loco, más loco, era enorme. Ojalá todo fuera una crisis debida al aterrizaje tardío, debida a que, dado su carácter, era ahora cuando estaba asimilando lo ocurrido y experimentaba un dolor largamente contenido; un dolor macerado e intensificado por la represión. Por otra parte, cabía la posibilidad de que el proyecto literario se hubiera ido al garete definitivamente. La cuestión económica no era particularmente preocupante para él.

Tenía dinero para vivir un par de vidas sin dar ni golpe, pero el hecho de convertirse en un desocupado no le agradaba en absoluto. Llegó incluso a plantearse buscar un trabajo cualquiera para ocupar su tiempo. Finalmente, y ante la imposibilidad de llegar a una solución, marcó el teléfono de Simón.

—¡Esto sí que es una sorpresa! —exclamó el editor—. Llevamos más de un mes tratando de dar contigo. Estábamos muy preocupados, especialmente a raíz de nuestra última conversación y luego desapareces... En fin, ¿dónde te has metido? Y, sobre todo, dime cómo te encuentras.

Zacarías relató someramente su breve aventura.

—¡Vaya, vaya, un pequeño y malvado Thoreau! Y bien, ¿cómo vas ahora?

—Mucho mejor. —El escritor hizo una pausa—. Me gustaría que me diceses tu opinión acerca de algo que me ronda por la cabeza.

Zacarías expuso en términos generales la situación y, como era habitual en él, Simón sugirió tratar el asunto en persona y con más detenimiento. Acordaron verse esa misma noche otra vez en casa del matrimonio. A Zacarías le encantaba el enorme sofá rojo que tenían en el salón. Allí se sentaron Zacarías y Aurora, mientras que Simón se acomodó en un sillón a juego con el sofá. Bebían café y fumaban.

—Pasé más de un mes sin fumar ni beber café, ¿a que parece increíble?

—Desde luego. Conociéndote es lo más parecido a una transformación mística.

El proyecto de las anotaciones no fue mencionado por Zacarías. Ése sería un secreto

inviolable. De lo que sí hablaron fue de su idea de buscar un empleo para ocupar su tiempo. Simón consideraba que debía esperar un poco y no precipitarse, que estaba atravesando una mala racha. Aurora, más intuitiva, pensó que Zacarías estaba experimentando en esos momentos algo que debería haber experimentado, o al menos manifestado, mucho antes, pero que, una vez superado, todo volvería a la normalidad.

—Tómatelo como unas vacaciones —recomendó Simón.

—Vacaciones permanentes es lo que va siendo este asunto —repuso Zacarías.

—¿Has pensado algo acerca de buscar ayuda profesional?

—Francamente no, Aurora. Se me ha pasado por completo, pero tal vez siga tu consejo —dijo por cortesía, si bien ni se le pasaba por la cabeza acudir a un terapeuta.

Ya en mitad de la velada había comprendido que, a pesar de su buena intención, sus amigos poco podían ayudarle en esa situación. Al menos consideraría la conveniencia de esperar un poco por si las cosas se resolvían antes de buscar otra cosa. Además, ¿quién contrataría a un tipo como Zacarías? Olía a problema desde lejos.

—Bueno, como siempre, ha sido de gran ayuda hablar con vosotros —dijo al despedirse.

—Cuídate —añadió Simón.

Otra de las clásicas despedidas a la francesa del bueno de Zacarías.

El coleccionista de sueños #3

Estoy en un bosque. Es de noche. Yo sé que es de noche, pero todo está iluminado por una especie de luz gris plateada. Hay aves como pavos y garzas. Una de ellas en lugar de plumas en la cola tiene flores de almendro, un abanico formado por flores de almendro. Gracias a esa luz grisácea las flores destacan perfectamente. El suelo está desnivelado y hay muchos altibajos. También brotan pequeños matojos de la tierra. Tengo la sensación de haber salido de una casa (que en el sueño se supone es la mía.) No llego a ver esa casa, pero imagino que es muy grande y de madera vieja. Únicamente recuerdo que tenía miedo dentro de aquella casa y ahora tengo miedo fuera, en el bosque. Me despierto asustado.

El segundo aviso

Tal vez la teoría del destino asumida y experimentada en las propias carnes de Zacarías no fuera, después de todo, incorrecta. En los días que había pasado en el limbo más absoluto no había sufrido el menor percance. Los coches le habían pitado al cruzar éste la calle de la manera suicida en que lo hacía, pero nunca había sucedido nada grave realmente. Ahora volvía a asearse con regularidad y ya no caminaba como un sonámbulo. Trataba de contener el impulso de entregarse por completo a sus ensoñaciones, aunque éstas no habían cesado. Luchaba por recuperar un poco de serenidad, convencido de que la finalidad de todo aquel proyecto que se había traído entre manos no era otra sino ayudarle a regresar al mundo de los vivos y no era un fin en sí mismo. De ahí su determinación de mantener un aspecto presentable y el afán de establecer una rutina. Si olvidaba esto, cualquier cosa carecería de sentido para él. Se sumiría en un vacío absoluto. Se volvería loco. Se empeñaba en coger los dos cuernos del toro: por un lado llevaba a cabo su tarea de manera concienzuda, por otro orientaba sus esfuerzos a llevar una vida normal.

Y, como a cualquier ciudadano normal podría haberle ocurrido, se despistó al cruzar una calle y un coche se le vino encima. Zacarías no pudo reaccionar. Quedó inconsciente en el suelo hasta que una ambulancia se lo llevó al hospital. El choque fue brutal. El impacto le produjo la rotura de varios huesos (brazo y pierna izquierdos, dos costillas, etcétera) y al caer se golpeó la cabeza.

—Podría haber sido mucho peor —comentó el médico que estaba a su cargo a Simón y

Aurora.

Zacarías podía recibir visitas, pero no podía hablar. Llevaba gran parte del cuerpo, incluida la cabeza, vendada.

Cuando volvió en sí, no sabía dónde estaba ni tampoco tenía claro si estaba vivo o muerto, entero o no. «He muerto», pensó, pero rápidamente las cosas —al igual que algunos dolores— comenzaron a resultarle demasiado familiares. Guardaban un aspecto humano, demasiado humano. Definitivamente estaba vivo, y así se lo confirmó un médico. Además no era muy probable, se decía, que en el otro barrio una enfermera te visitase cada dos por tres.

El editor y su esposa acudían al hospital a diario, como también lo hizo un misterioso hombre la misma noche del accidente. Zacarías había recuperado la conciencia y estaba con los ojos abiertos. Las luces de la habitación eran muy tenues. Un enfermero que hacía la ronda nocturna pasaba por allí frecuentemente, aunque Zacarías podía pulsar un botón con la mano derecha en caso de necesidad. No se oía el menor ruido en toda la planta. De repente una sombra comenzó a desplazarse lenta y sigilosamente detrás de la cortina que tapaba el pasillo y proporcionaba un poco de intimidad al enfermo. Un hombre muy alto, vestido con un traje negro, corbata del mismo color y camisa blanca se acercó a la cama donde yacía el escritor. Lo miró detenidamente. Por alguna inexplicable razón, Zacarías pensó en Leonard Cohen. Sus ojos eran saltones y los mofletes estaban ligeramente descolgados, como los belfos de un perro. Este rasgo le daba un aspecto bastante ridículo, dada la delgadez del individuo. Sus labios eran carnosos y tenían la forma que se hace al decir la «O». Sacó una moneda del bolsillo del pantalón y dijo:

—Si sale cara, ha llegado tu hora.

Lanzó la moneda al aire, recogiénola al caer sobre la palma de su gran mano y cubriéndola con la otra. Se puso junto a Zacarías y extendió los brazos para que también él pudiera ver el resultado. Cuando levantó la mano que cubrió la moneda apareció la cruz. El hombre dijo entonces:

—Todavía no es el momento, pero había que tentar la suerte. No hay espacio para los dos.

Y dicho esto, dio media vuelta y se marchó tan sigilosamente como había llegado. Zacarías no llamó al enfermero. Se quedó pensando qué podía significar eso. ¿Era una alucinación fruto del golpe o de la medicación? Tal vez alguien había enviado al siniestro hombre para asesinar a otro o para que le diese un aviso macabro y el matón se había confundido de habitación... Era una hipótesis bastante absurda, pero no estaba de más considerarla. Cualquier posible explicación debía ser tenida en cuenta. No estaba muerto y, al parecer, todavía no había llegado su hora.

Los demás días que pasó allí prácticamente no pensó en otra cosa que no fuera eso: que no estaba muerto. Esa idea llegó a entristecerle profundamente, como si en el fondo hubiese deseado estarlo. El accidente disparó toda una serie de reflexiones que empujarían a Zacarías en la dirección que tomaría. En estos casos siempre queda la duda de si son los acontecimientos los que mueven a las personas en una u otra dirección o si, por el contrario, son las personas las que van propiciando los sucesos. Cuando alguien desea algo con todas sus fuerzas, cualquier hecho del mundo se convierte en una señal. El camino se ha desvanecido, los hombres avanzan a tientas y anhelan un signo. Normalmente acaban creándolo.

Los primeros pasos

Zacarías salió del hospital en una silla de ruedas empujada por Simón. Debería llevar casi todo el cuerpo escayolado durante un tiempo. El escritor había expresado su deseo de ir a casa, aunque existiera la posibilidad de permanecer en el hospital. Decía que se sentía lo suficientemente autónomo como para poder hacerlo.

—A ver si así, estando quietecito en tu casa, te pones otra vez manos a la obra.

—No sé si podré estar quieto, ya me conoces.

—¿Vamos a tener que contratar una canguro? Haremos todo lo posible por que sea guapa y de unos treinta años —bromeó Simón.

—No merece la pena. Creo que me han escayolado hasta la verga.

—Tanto mejor, hermano. Así no habrá imprevistos ni sorpresas desagradables.

Simón dejó al escritor acomodado en su salón, rogándole que se pusiera en contacto con él si necesitaba cualquier cosa.

—¡Y no te olvides de mi niñera!

«¿Cuánto tiempo hará que no estaba yo así en casa? Quizá ahora que aún no ha llegado mi hora pueda disfrutar un poco del hogar dulce hogar».

Lo primero que hizo fue dirigirse a las estanterías donde estaban los libros. «Están tan

comprimidos que no sé si tendré fuerzas suficientes para sacar uno», pensó. Repasó con la mirada los títulos por si había alguno que no hubiera leído o que le apeteciera releer. Sería una buena ocasión para leer uno de esos libros que a veces se compran por impulso y nunca llegan a comenzarse siquiera. Lomo amarillo y letras en rojo, «interesante». *El doble* por Edmundo Rosado. Se incorporó un poco y cogió ese libro. No recordaba cómo había llegado a sus manos. El amarillo elegido para toda la cubierta era muy vivo, al igual que el rojo de las letras. Una teoría sobre el doble... Edmundo Rosado, el antropólogo, filósofo y novelista mejicano... Un libro inquietante, perturbador... Erudición... Seguramente compraría aquel libro por el color de la cubierta, ya que los comentarios en la contraportada no le parecían suficientemente interesantes. Lo dejó sobre la mesa y se dirigió hacia la cocina, donde le esperaba su maravillosa cafetera *Pavoni* de palanca. Un delicioso café. «Pero, Dios, qué difícil resulta prepararlo en mi estado. Lo conseguiré».

Ciertamente Zacarías estaba de un humor excelente. Se sentía libre y despreocupado, como si toda la crispación de los últimos meses se hubiera disipado. Se veía capaz de razonar las cosas de un modo sosegado. Su intención no era eliminar cualquier pensamiento, cualquier duda e incluso alguna que otra preocupación. Ahora bien, trataba de no verse absorbido por ellos. No quería dejarse devorar y que esos asuntos ocupasen por completo su vida, apropiándose de ella. No obstante, el buen humor del escritor no tardaría demasiado en alterarse y, nada más llegar la noche, los pensamientos obsesivos comenzaron a rondarle por la cabeza. «¿Por qué no he muerto?», se preguntaba, y se respondía a sí mismo: «Porque no ha llegado mi hora». «Debería haber muerto, así se habría restablecido el equilibrio. El pecado debe ser limpiado, purificado». A qué pecado se refería Zacarías era imposible precisar. Estaba desvariando. «A lo mejor sí estoy muerto pero todavía no lo sé». Se miraba y

se veía con esas vendas enyesadas pegadas al cuerpo y comprendía que no podía estar muerto. ¿Acaso a los muertos les gustaba tanto el café? La respuesta parecía ser determinante. Se quedó mirando por la ventana. Estaba oscuro fuera. Los árboles se transformaban ahora en una masa ondulante de brillos y sombras. La calle estaba vacía. Zacarías se quedó dormido en la silla hasta que los primeros rayos de luz le despertaron.

Los niños iban al colegio acompañados por sus madres. Hacía buen día. Esos pequeños cuerpos cargados con enormes carteras...

Ya que estaba en la cocina, qué mejor que preparar el desayuno. «Pero primero una aparatosa meada». En muy poco tiempo Zacarías había experimentado demasiados cambios. Las cosas se habían ido agolpando en su cabeza y en su vida. Muchos cambios de humor, variaciones en el estado de ánimo, necesidad de realizar tareas realmente absurdas. Todo eso pasaba ahora a un segundo plano. De manera forzosa, y por imperativo médico, tenía que guardar reposo (al menos ese cuerpo errante con propensión al extravío y al *fuguismo*.) Era necesario frenar, detener el movimiento descontrolado. Era preciso que cesase el paroxismo.

Si hacía balance de lo acaecido en los últimos meses, Zacarías advertiría hasta qué punto su vida se había dislocado. Para empezar había dejado de ser escritor (al menos en cierto sentido), había acariciado la vida del vagabundo, había tenido sus devaneos con la locura y la muerte. Y todo de manera acelerada, sin coherencia, movido por pura inercia. Un absurdo de dimensiones bíblicas sin apenas consecuencias y con muy pocas enseñanzas. Casi (sólo casi) nada había aprendido de sus experiencias, que se habían sucedido demasiado rápidamente, prácticamente de forma simultánea, superpuestas. Un ataque histérico, un fuego fatuo. Serenidad y desconcierto; determinación y locura. Puros impulsos. Tan rápido como

llegó se fue. Allí seguía Zacarías como si nada realmente le hubiera pasado a él. Tal vez fuera preciso demasiado tiempo para poder digerir y transformar en sabiduría todos los estímulos recibidos a lo largo de ese mes. Un tiempo con el que, según él, parecía no contar o no deseaba malgastarlo en eso.

¿Y ahora qué le esperaba? ¿Podría retomar su vida anterior? No había sido un proceso de construcción, sino únicamente de destrucción. Nada había sido substituido por otra cosa. Éste era el único cambio perceptible: Zacarías había quedado convertido en una cáscara de huevo vaciada. La cuestión estribaba en saber por dónde empezar a rellenarla. Una mirada retrospectiva confirmaría lo que había dejado atrás en los últimos años: un círculo de amigos, un gusto por la lectura y la escritura (más que una obligación, que era en lo que se había acabado convirtiendo) y una gran parte de aquello que constituía su personalidad. Los últimos años habían supuesto la degeneración total de todo lo que caracterizaba a Zacarías, concluyendo en ese proceso acelerado de los últimos meses. La coda apocalíptica. Estaba claro que había quedado deshecho, pero atribuir totalmente esa aniquilación a los acontecimientos recientes resultaría incorrecto. Sería más preciso referirlo a tiempo atrás, antes de la muerte de su familia. En realidad podría decirse que incluso antes de conocer a Judith. El germen de la fatalidad se remontaba a tiempos remotos, tal vez anteriores al nacimiento de Zacarías. Los dioses nos quieren y nos castigan. Padres esquizofrénicos y caprichosos. El estigma que llevamos al nacer es más determinante que cualquier configuración genética. Empujados al mundo con una señal invisible que nos marcará para siempre.

Pasaron varios días hasta que Zacarías decidió comenzar la lectura de *El doble*. Lo había dejado allí en la mesa y se había olvidado de él por completo. Pero una vez que se

puso, lo terminó de un tirón. Era un librito interesante, escrito con una prosa ágil, bastante inusual en ese tipo de textos. El libro abordaba la cuestión del doble y ofrecía una tipología relativamente extensa. Se hacía un recorrido histórico y se ponía de manifiesto la importancia que ese concepto había tenido en algunas culturas primitivas. Un escrito, sin duda, audaz. Parecía más un texto de divulgación que un volumen dedicado a especialistas —si es que tales especialistas en dobles existían—. De todos modos, no estaba exento de elementos técnicos que ponían de manifiesto la gran erudición del autor. Se notaba a mil leguas que se trataba de un académico, por mucho que se empeñase en desprenderse de esa pátina. Zacarías pensó que, de ser un librero, no sabría exactamente en qué sección poner ese libro. ¿Filosofía, antropología, esoterismo? ¿Dónde? Llamó a la librería y preguntó si tenían más obras de ese autor. Podrían conseguirle dos más: *Estudio del folklore mejicano en torno al día de los muertos* y la novela *La danza de la calaca*, pero tardarían un poco en recibirlos. Ambos estaban descatalogados y el proceso de localización podría retrasarse. Era probable que tuvieran que pedirlos a Méjico. Zacarías encargó los dos y rogó que si por casualidad encontraban cualquier otra cosa escrita por él también lo trajesen.

El doble...

Breve extracto de *El doble*. Anotaciones

[Del ejemplar de *El doble* subrayado por Zacarías]

Muchos son los tipos de doble que podemos encontrar, si bien los más destacados son aquellos que vienen a continuación:

A)El doble físico

Es el doble más elemental. Su única característica es la identidad material. Muchas leyendas circulan en torno a éste y es, sin duda, el más conocido por parte de la mayoría. Se ajusta perfectamente a la tesis de que «Todos tenemos un doble perfecto en alguna parte». A este doble no se le presuponen otros rasgos ni de carácter ni de personalidad idénticos a los del otro («el original», aunque resulte difícil establecer cuál es éste y la resolución de la cuestión pasa necesariamente por el relativismo: el original es aquél desde el que se contempla al otro.) El doble físico es algo así como un gemelo que ha nacido de otros padres. Lo cual, si se piensa detenidamente, no deja de resultar inquietante.

B)El doble espiritual

Algunos apuntan a la existencia de un doble que no llega a encarnarse nunca. Dentro de este grupo encontramos desde los ejemplos de cuerpos astrales (quizá los menos aproximados a la idea de doble que trato de manifestar) hasta el doble onírico, que aparece en sueños para guiarnos. Parece que su finalidad es ofrecernos información acerca de aspectos de nosotros mismos que desconocemos o iluminar determinados puntos del mundo externo que nos afectan directamente pero sobre los

cuales no tenemos una visión precisa.

No pocos consideran que no es éste sino nuestro verdadero yo. A mi entender es una extensión del viejo debate cuerpo-alma, sustituido posteriormente por cuerpo-mente, para caer finalmente en desuso. [...] También los hay que consideran que no es sino una extensión energética más bien tenue (véase el texto de Joseph Zimmer (1976), About the Double-Goer. Aquí se retoman algunas cuestiones al hilo del término acuñado por Jean Paul y que podría traducirse como «el que camina al lado», entre ellas el fenómeno de la bilocación y notas sobre el caso de Emilie Sagée —relatado en primer lugar por Robert Dale Owen en 1853—.)

C)El doble opuesto

Este doble encarna cualidades opuestas a las nuestras, es la antítesis de uno. Vendría a ser una suerte de equilibrio de la balanza, un contrapeso. Normalmente está asociado a la eterna lucha del Bien contra el Mal [...] Uno de los dobles es esencialmente bueno, mientras que el otro representa lo malo [...]

En algunas culturas antiguas —por no emplear el término «primitivas»— se fabricaban muñecos de barro, los vestían con ropajes de la persona en cuestión y trataban así de convertirlo en su doble. Todos tenían un doble al cumplir lo que consideraban que era la mayoría de edad (una mayoría de edad muy prematura para nosotros.) Este muñeco cargaba con todo lo malo que pudiera haber en el otro, impidiéndole así hacer el mal y ofender a los dioses. Cargaba, pues, con las culpas de otro y, si por ventura, el humano hacía algo malo (excepcionalmente malo, dentro de los códigos de dicha cultura) lo consideraban una intromisión del doble, castigando brutalmente a éste último (golpeándole con palos, quemando sus ropas, etcétera.) Hay muchos ejemplos de esto en la magnífica obra de Clifford Scherz, Das schuld und furcht darin primitive kulturen, aparecida en 1876.

D)El otro yo

[Nota al margen de Zacarías: «Muy flojo este apartado»] Este doble aparece más o menos modificado en el cine o la literatura, y por supuesto en la vida cotidiana de casi cualquiera. No tiene

la menor connotación digamos sobrenatural. Básicamente es un fruto de la ilusión, algo que la fantasía proyecta. Uno quisiera ser de otra manera, tener ciertas cualidades que no posee y crea otra identidad ficticia, bien en su mente bien, en algunos casos, representándolo. Algunos acaban convirtiéndose en su propio doble. Normalmente es lo que conocemos por alter ego (literalmente «otro yo».)

E)

Uno de los ejemplos más llamativos pertenece también al ámbito de la antigüedad. Ciertos pueblos creían que Dios (o los dioses) encomendaban a un hombre una misión tan importante, tenían reservado para él un destino tan decisivo que era preciso asegurarlo (ya no tanto a él sino al proyecto en sí que, por otra parte sólo podía ser realizado por él.) Para ello le dotaban de un doble, garante de que la función o tarea encomendada se ejecutase. Se supone que ninguno de esos individuos tenía que llegar a verse jamás, de hecho se advierte a lo largo de toda la tradición que si ambos dobles se encuentran mueren simultáneamente (creencia muy extendida en la literatura nórdica y germánica, con la variación de que es uno es que muere al ver a su doble y no ambos —se supone, no obstante, que el doble no subsiste sin su soporte «original»—.) Lo único claro es que uno de ellos desaparecería cuando el otro hubiera realizado la misión. El primero que llevase a cabo esa tarea, por lo demás totalmente desconocida por él, sería el que siguiera en la Tierra.

Es difícil precisar si los dioses creaban un doble para el hombre o un hombre que diera forma y corporeidad a ese doble o mensajero divino. Regius Canopus, texto anónimo del cual algunos fragmentos aparecieron a mediados del siglo I, habla de este tipo de creencias en Egipto.

El largo camino

Las dos semanas siguientes se desarrollaron sin incidentes. Zacarías seguía guardando reposo, recibía visitas, llegó a llamar a viejos amigos con los que hacía mucho tiempo que no hablaba, releyó algún libro y su mente se serenó bastante. Anotaba algún recuerdo en su libreta, ya sin esa compulsión y con otro enfoque. Si registraba algo lo hacía con cariño. Asumía la muerte de su familia, pero de esa forma le daba un poco más vida. El dolor fue sustituido por un recuerdo amoroso y calmado. El flujo caótico de ideas, recuerdos y acontecimientos había acabado encauzándose de manera totalmente inesperada. La luz comenzaba a surgir de la confusión más absoluta. Tenía que encontrar la solución en el mismo infierno.

Llamaron de la librería. Habían localizado los otros dos escritos de Edmundo Rosado, pero de momento sólo habían recibido uno, el *Estudio acerca del folklore mejicano en torno al día de los muertos*. Zacarías dijo que enviaría un mensajero para recogerlo (sabía que sonaba fatal, pero, en efecto, no podía acercarse en persona.) Aurora se ocupó de ello a la mañana siguiente. Almorzaron en casa del escritor ellos dos solos, pues Simón estaba muy ocupado. Charlaron y ella pudo comprobar el excelente estado en el que se encontraba Zacarías, a pesar de los vendajes y la dificultad de movimiento.

—Aurora, nunca he sabido cómo te atreves a comer conmigo a solas. —Ella rió.

—Tu escayola me da seguridad.

—Bueno, pero no siempre voy así. En serio, ¿nunca has pensado que podría abalanzarme sobre ti o algo similar? No dejas de ser una mujer muy atractiva y yo un tipo que no tiene nada que perder. —Zacarías sonrió ampliamente.

—Nunca he tenido ese temor por la sencilla razón de que siempre has sido demasiado tonto...

Los dos amigos rieron sonoramente.

—Yo no me fiaría. Puedo dejar de serlo. La mansedumbre es algo que va perdiéndose con los años...

Aurora también tenía mucho trabajo pendiente, de modo que se marchó pronto, prometiendo que saludaría a su esposo de parte de Zacarías. Éste, por su parte, no tardó en abalanzarse sobre el libro, en lugar de sobre Aurora. A diferencia del primer texto que había leído, éste era, si cabe, más divulgativo. Tenía muchas fotos, dibujos y reproducciones de documentos gráficos. Pero, al igual que el anterior, dejaba entrever una profundidad por niveles: daba a cada uno según su propia capacidad.

Una de las ideas más llamativas era el concepto de muerte como espejo en el que se reflejaba cómo habíamos vivido. Si nuestra muerte carecía de sentido es que tampoco nuestra vida lo había tenido. Zacarías estuvo a punto de arrojar el libro contra la pared. De aplicar dicho principio a sus dos seres amados, éstos quedaban muy mal parados. El pequeño Daniel, una vida sin sentido. No pudo proseguir la lectura hasta tiempo después, tras apartar esa idea del resto del conjunto.

El libro también hablaba de la tensión que se daba en el pueblo mejicano, la

contradicción entre el amor y el miedo a la muerte, unida a la devoción por la última. Sus iconos religiosos eran, sin duda, los más sanguinarios; sus representaciones una mezcla de crueldad, amor, burla, sátira, sangre. Quitar importancia a la muerte bien podía ser un medio para soportar el miedo que ésta producía. Un consuelo. La peor muerte no es la de uno, puesto que de ésta no se tiene experiencia y, en cierto sentido, uno nunca muere —tal y como Epicuro ya había afirmado—. La peor muerte es la de los demás. Vivimos y tenemos experiencia de la muerte de los otros. Siempre, para el resto, uno, un día, se muere.

En realidad, cronológicamente, este estudio era anterior a *El doble*. Había sido el primer trabajo de Edmundo Rosado, probablemente su tesis doctoral adaptada, aunque no se mencionaba ese detalle en ninguna parte. Después escribiría la novela, que faltaba por llegar a la librería, y por último lo que Zacarías había leído en primer lugar. Le pareció curioso que en los últimos días la muerte se hubiera paseado cerca de él de manera tan constante y de formas tan distintas: la muerte como posibilidad, la muerte del alma, la muerte (de los otros) como realidad, como idea estética, etcétera.

Los días seguían pasando. Retiraron la escayola y los vendajes de su cuerpo. De un modo progresivo, Zacarías iba recuperando la movilidad por completo. Por fortuna, y contra todo pronóstico inicial, el accidente no había sido tan grave y las fracturas no habían entrañado gran complicación. Todavía recurría a las muletas, pero en breve podría incluso salir a dar paseos cortos.

La noche antes de volver a salir a la calle Zacarías soñó que estaba en un coche viejo, largo, norteamericano, con la chapa oxidada y restos de pintura de pintura color azul azafata que estaba completamente desconchado. Sus padres estaban dentro, también Judith y un

chino enano. El coche estaba aparcado en un callejón mugriento, lleno de bolsas de papel y de plástico destrozadas y amontonadas. El muro del callejón era de ladrillo rojo. Se suponía que iban a dejar al chino en el aeropuerto. Éste se bajó del coche y Zacarías pidió al resto que esperasen un poco. Caminó junto a él y le preguntó si le escribiría (por algún motivo desconocido, como es habitual en los sueños, se conocían o se habían hecho amigos recientemente.) Aún no se habían dado las respectivas señas. Zacarías estaba muy preocupado porque no llevaba lápiz ni papel y no quería entretener más a los del coche, pues sabía que tenían mucha prisa. En el sueño, el pensamiento de Zacarías alternaba entre una preocupación por si el chino escribía su dirección en su idioma natal y una gran pena porque sabía que ese hombre no sabía leer ni escribir. Rápidamente pensaba que podía escribirle en inglés. El chino, cuyo aspecto no era muy preciso, parecía ser una especie de estudiante extranjero, si bien a veces Zacarías sentía que se trataba de un hombre mayor. Vestía ridículamente algo parecido a un chándal amarillo de algodón afelpado. Zacarías se despidió de él en una calle todavía más sucia que aquella donde estaba metido el coche. Al alejarse sintió unas ganas terribles de llorar. Se volvió para ver al hombrecito otra vez y descubrió con horror que se había convertido en una especie de bebé que daba sus primeros pasos. Vestía el uniforme que usaba Daniel para ir a la guardería. Buscaba entre los contenedores de basura. De repente lo vio caminar torpemente por una callejuela estrecha y desastrosa. Aquello era un maldito laberinto. Tenía la impresión de que trozos de bolsas estaban pegados a los muros de los callejones. Por alguna razón pensaba que aquello era Nueva York o una ciudad similar. Al ver al bebé caminando, su llanto se intensificó. Se preguntaba ¿quién puede abandonar a un bebé de siete meses de esa manera? ¿Cómo sobrevivirá? En el mismo sueño se cuestionaba si era costumbre en esas ciudades tan grandes dejar que la gente se buscase la vida ya desde tan pequeños. Eran todos tan independientes... Corrió detrás del pequeño y vio que tres hombres

con aspecto de afganos lo transportaban como transportarían a un herido de guerra: dos lo asían de las axilas, otro de las piernas, tratando de hacer una camilla humana. Lo alejaban así de un grupo de contenedores. Zacarías se despertó bañado en lágrimas y siguió llorando un buen rato.

Los sueños tienen un curioso efecto: soñados, lo que equivale a decir vividos durante el sueño, despiertan todo un universo de sentimientos. Narrados pierden su fuerza. Aquel sueño le hizo pensar en cómo habría sido su vida si el accidente no hubiera tenido lugar. ¿Habría acabado dejando a su mujer y a su hijo en el desamparo más absoluto? No eran felices, era probable que se hubieran separado, aunque no de un modo traumático y responsabilizándose, en cualquier caso, de Daniel. Mucha gente lo hace. Pero murieron antes de que nada de eso sucediese y eso complicó las cosas a Zacarías. ¿No era acaso una señal?

Hizo recuento de los hechos: una pareja que en un momento se amó con locura acaba descomponiéndose. Se plantea la separación, el divorcio, después de muy pocos intentos por arreglarlo. Esto era importante, muy pocos intentos por parte de él. No dejó opción, no luchó lo más mínimo. Está bien, se separarían tarde o temprano, a pesar de la existencia de Daniel. Pero antes de que esas cosas se desarrollasen, se anticipó la muerte, como si estuviera diciendo «Ves, pequeño imbécil, no podrás separarte nunca. No era tu destino». El plan se quiebra, la línea lógica se rompe. Fractura existencial. El proyecto vital se desdibuja, salta por los aires.

Una certeza se apoderó de él: su destino estaba totalmente ligado al de ellos. Tuvo esa súbita convicción. El hecho de seguir vivo se debía a una anomalía cósmica, un despiste, un *lapsus* del destino. Los dioses se habían quedado dormidos y se habían olvidado de su suerte,

los computadores divinos se habían bloqueado. Su *expediente* se había trasapelado. Ahora vivía en una especie de tierra de nadie. No había guión para él. Su interpretación debía haber acabado hacía tiempo. Su reloj existencial se había detenido a pesar de que el biológico seguía funcionando. Estaba en un estado de coma irreversible. Desde la muerte de su familia, su cuerpo no había cesado de debilitarse y su alma había ido secándose de manera progresiva, hasta el extremo de quedar convertido en una cáscara hueca. En teoría era un hombre muerto, pero a efectos prácticos seguía caminando. Los dioses tardarían un tiempo en detectar el *error informático*. Seguramente habría por el mundo un puñado de hombres en la misma situación, para los cuales el plazo de su propia muerte había expirado. Pensó en la metempsícosis, una transmigración del alma particular en este caso, dado que el cuerpo no había fallecido. Y ahí residía la broma, lo espeluznante. A juicio de Zacarías, su propio cuerpo desalmado —frente al alma descarnada— ya no tenía un lugar legítimo en el mundo y era preciso acabar con él para salir de una situación por completo irregular.

Aquella mañana salió a la calle y miró el mundo con otros ojos. Él ya no formaba parte de nada de eso. Poco a poco todo iría dejando de tener consistencia, convirtiéndose en algo inmaterial, etéreo, vaporoso. Casas, coches, calles, personas y todo lo demás pronto desaparecería para él y él para ellos. Acarició esta nueva idea durante días hasta llegar a la cuestión más crucial: ¿Cómo y cuándo morirá alguien que ya está muerto para el cielo? ¿Se acordarían los dioses de alguien que, en teoría, ya había fallecido? ¿Revisarían su caso? ¿Debería esperar hasta que otro fallo del destino revelase ese estado de cosas? La conclusión era fácil de advertir. Vio claro que su forma de redención era acabar aquello que los dioses habían olvidado. La única lección que debía tener presente en esos momentos era que sólo podía salir del círculo en el que se hallaba a través de la muerte. De lo contrario, cabía

preguntarse qué ocurriría de seguir así. Siempre podría esperar que un accidente le costase la vida o algo similar. No obstante, lo más probable era que siguiera debilitándose hasta quedar reducido a una masa de carne ni viva ni muerta. Una idea más bien poco apetitosa. Lo único que necesitaba ahora era encontrar el coraje suficiente para ejecutar lo que el Cielo había dejado a medio. «Echaré de menos el café, el tabaco, la playa, los almendros en flor. Pero la vida es humo, puro tránsito. Caminamos por la Tierra sin dejar huellas». Así pensaba Zacarías.

El coleccionista de sueños #4

Veo un grupo de hombres-animal. Tienen el cuerpo de hombre, visten trajes estilo decimonónico (levita, chaleco, reloj con cadenita dorada), pero sus cabezas son de animal. Hay un águila, un león, un perro y una lagartija.

El león dice:

—No tengo corazón.

Y el águila repone:

—Pero eso le sucedía al hombre de hojalata.

El perro ladra «¡*Guau!*». Un ladrido fuerte y agudo. El león prosigue:

—Es cierto, yo era un cobarde. Pero ahora también soy un hombre de hojalata. Miradme, apenas puedo moverme.

La lagartija dice con voz pausada, grave y metálica:

—Tú eres un león de hojalata.

Despierto.

Cuestión de método

Si uno tiene que darse muerte, es bueno ser pudoroso. Hay formas de morir que podrían afectar a los testigos accidentales que pudiera haber.

Zacarías consideraba escrupulosamente tales cuestiones, sopesando qué tipo de suicidio era el que más le convenía. En principio descartaba la ingesta masiva de pastillas: femenino y poco fiable. Asimismo evitaría impresionar innecesariamente a nadie. Fuera cual fuera el método escogido, avisaría previamente a la policía, dando instrucciones sobre cómo, dónde y cuándo encontrarle. Nada, por tanto, de arrojarse a la vía del tren ni cosas por el estilo. Fantaseó con el clásico disparo en la cabeza. Salvando las dificultades para comprar una pistola, la cuestión era si volarse los sesos desde la sien o introduciendo el arma en la boca con el fin de que no hubiese margen de error, esto es, posibilidad alguna de salvar la vida. Luego, la última opción era la más eficaz. La primera, aunque resultaba ser poco frecuente, podía fallar. No era la primera vez. La segunda opción era infalible, o en cualquier caso menos falible. Escondería la llave de su piso en un lugar fácilmente localizable por la policía y luego llamaría:

—Vayan al número tal de la calle cuál. Encontrarán la llave [...] Hay un hombre muerto dentro. Será mejor que les acompañe una ambulancia. A propósito, el hombre muerto seré yo.

Y colgaría.

Por encima de todas las cosas, lo fundamental era la efectividad. No podía permitirse el lujo de fallar y mucho menos quedar en estado vegetal. En su caso sería fatal. Tal vez no

tuviera una segunda oportunidad jamás.

Considerando estas cosas pasó Zacarías varios días. Hasta que una mañana se sentó en una terraza a tomar un café. La cafetería estaba pegada a la carretera y los edificios que la rodeaban eran básicamente cubos de pequeña altura, sobre todo comercios, no había viviendas en esa calle.

A su lado había un hombre solo. Arrojaba sobre la mesa un dado rojo. Lo hacía una y otra vez. Fue entonces cuando a Zacarías se le ocurrió que el propio azar decidiría la forma en que moriría. Asignó a cada número una forma de morir:

- 1.Asfixia (manguera unida al tubo de escape de un coche introducida en el interior del vehículo),
- 2.Disparo en la cabeza, 3.Ingestión masiva de pastillas, 4.Me cortaré las venas, 5.Me ahorcaré,
- 6.Me arrojaré desde una azotea.

Algunas opciones le daban un poco de dentera, como era el caso de cortarse las venas. Por otra parte no sabía hacer un nudo que le permitiera ahorcarse rápidamente y sufrir una agonía innecesaria no se le presentaba como algo deseable. Lo del coche estaba bien, salvo por el detalle de no tener uno. Tendría que alquilarlo y, la verdad, ordenar que fueran a buscar un coche con un fiambre dentro no le parecía decoroso. Y la azotea, bueno, eligiendo una hora de madrugada y avisando a la policía, podía ser una buena opción. Además así podría disfrutar de unos segundos de vuelo en caída libre.

Pidió un café, encendió un purito y se situó en un lugar desde el cual veía perfectamente la cifra que el dado había arrojado. Aquel hombre no cesaba de tirarlo. Zacarías temió que pudiera dejar de hacerlo, se incomodó un poco y se dijo «La próxima es la buena». El hombre agitó la mano. El dado dio uno cuantos botes sobre la mesa, osciló,

vibró. Escupió seis puntitos blancos. Azotea.

El camarero llegó con el café y Zacarías le dijo al oído que le cobrase a él lo que aquel señor había tomado, pero que no le dijera quién le había invitado. El hombre del dado siguió tirándolo. Sucesivamente sus muertes eran asfixia, asfixia, pistola, ahorcarse, asfixia (¡Qué manía!) Miró al lanzador, y después a su alrededor. «*Fantasy*» de Miles Davis flotaba en el aire. Lo cierto es que la música salía del interior de la cafetería, pero pronto se expandió por toda la calle y por la mente de Zacarías. El sol lo bañaba todo de una luz amarilla, sureña. Las sombras proyectadas sobre la carretera formaban extraños planos. Mapas de luces y sombras. «Ojalá supiéramos descifrarlos», se dijo Zacarías. Los objetos estaban dispuestos de manera desordenada, caótica incluso. Una palmera, un rótulo, un poste de la luz... Los frutos de la libertad humana. Los frutos de la libertad humana.

Cara. El escritor suicida

El libro de Edmundo Rosado que aún no había leído llevaba ya varios días en la librería. Los empleados habían tratado de localizarle, pero, como siempre estaba fuera de casa, no tuvo constancia de las llamadas. De haber sido así, si hubiera recogido ese libro, habría descubierto un hecho sorprendente: en la parte interna de la cubierta aparecía una foto del autor. Éste era físicamente idéntico a Zacarías, salvo por ser algo más joven (quince años, más o menos, justo el tiempo que Zacarías había estado casado con Judith.) Copia exacta hasta el extremo, tanto que Zacarías habría considerado que se trataba de una extraña confusión. Nadie, ni el propio Zacarías, habría podido imaginar un parecido mayor. Pero el caso es que eso no llegó a suceder. A la mañana siguiente del juego de dados Zacarías entró en una tienda de telefonía móvil y compró un aparato. Programó únicamente el número de la policía. Después fue al estanco y saludó a Emma.

—He recordado haber prometido que si pensaba morirme otra vez pasaría a despedirme de ti.

La estanquera meneó la cabeza. Puso las cinco cajas de puritos sobre el mostrador mientras decía:

—Hemos retomado el hábito con fuerza, ¿eh? Estuviste aquí hace tan sólo dos días.

—No. Voy a dejar de fumar —la interrumpió Zacarías. Comprendió en ese instante que no tenía sentido llevar lo que ella consideraba una broma más allá y concluyó—. He pasado únicamente a saludarte.

Tampoco deseaba intranquilizarla de manera innecesaria. Además, ella no dejaba de

ser una extraña.

Después se despidió de la chica y salió del estanco. Emma se quedó sorprendida. «¿Qué le pasará a éste?». Se encogió de hombros y guardó las cajitas metálicas.

Zacarías no perdió el tiempo en paseos ni reflexiones nostálgicas acerca de la vida en este mundo. Lo que fuera o no a echar de menos ya había comenzado a desaparecer para él. Curiosamente se sentía extremadamente tranquilo, como si no conociera otra cosa, como si su visión del mundo fuera exclusivamente ésta y le hubiese sido inculcada desde niño. Tenía interiorizada la idea de su muerte hasta el punto de parecer algo tan rutinario y mecánico como defecar. Había dejado de hacer cualquier tipo de consideración, no quedaban más planteamientos por formular. Sólo faltaba morir.

Rebuscó entre los cajones de la mesita de la entrada y encontró las llaves de la puerta que daba a la azotea. No había estado allí nunca y, al parecer, tampoco demasiados vecinos. La cerradura estaba un poco oxidada y la puerta cedió después de duros esfuerzos. Recorrió la superficie y miró hacia abajo, hacia todas las calles donde daba el edificio. Dos posibles candidatas: la de enfrente de su ventana de la cocina. Podía caer delante de los árboles. Pero no, allí jugaban los niños y no quería que en el futuro el temor a que su fantasma se les apareciese les impidiera jugar. La otra opción era un callejón. Allí había bolsas de papel y de plástico rotas, cajas vacías de refrescos apiladas, cubos de basura del restaurante chino y pequeños charquitos tornasolados de agua, aceite y gasolina. Sin duda sería ese callejón, ese pasadizo sucio y poco transitado, el que recibiría su cuerpo al caer. Al menos conseguiría que limpiaran esa zona. No podrían dejar allí su sangre mezclada con las aguas residuales, extendiéndose por el pavimento. «Todo sea por el bien de la comunidad».

Una vez tomada la decisión, Zacarías se sentó en el suelo, apoyando la espalda contra la pared del pequeño cubo que albergaba la escalera que conducía hasta la azotea. Puso sus manos sobre las rodillas y miró al frente. Advirtió que, desde el momento en que la inevitabilidad de su muerte se había hecho patente, no había vuelto a tener visiones ni había recordado nada más. La libreta se había quedado encima de la mesita del comedor. Allí alguien la encontraría y, con un poco de suerte, la tiraría a la basura sin ni siquiera hojearla. Pensó en Simón y Aurora. Esa libreta sería un excelente documento póstumo. Se convertiría en un escritor de culto sin lugar a dudas. Expulsó el aire por la nariz sonoramente, a medio camino entre la sonrisa y el desdén, al tiempo que subía ligeramente los hombros. Un escritor de culto...

Estimó que la altura sería la suficiente para no fallar, es decir, para morir sin lugar a duda. Se arrojaría de cabeza, sin temor. Inclinaría su cuerpo totalmente hacia delante y luego se impulsaría sin vacilar. Ese día hacía mucho calor y Zacarías no podía mirar directamente algunos lugares, teniendo que protegerse los ojos con la mano haciendo de visera. Vio otras azoteas, pero ningún suicida en ellas. Tan sólo una señora tendiendo la ropa. No parecía tener intención de abandonar este mundo, pero cualquiera sabía. Más luces y sombras, nuevos planos indescifrados; planos cambiantes en función de la hora y las condiciones meteorológicas. Una buena hora para arrojarse serían las cuatro de la mañana. Los barrenderos habrían acabado, nadie por las calles. Seguiría el plan trazado: llamar a la policía desde el teléfono móvil, facilitar su dirección, el motivo de su llamada y solicitar una ambulancia. Después colgaría sin dar opción a más preguntas. En manos de ellos quedaba la decisión de acudir o no al lugar señalado. Lo harían, tal y como era su obligación, pero era algo que ya no formaba parte de las responsabilidades de Zacarías.

En algún momento Zacarías debió quedarse dormido y soñó lo siguiente: se veía a sí mismo dos veces. Ambos vestían traje negro, camisa blanca y corbata negra. Estaban pulcramente afeitados y con el pelo engominado. El aspecto que presentaban era idéntico al del individuo que aparecía en el cuadro de Magritte «Prohibida su reproducción (retrato de Edward James)», seguramente el propio Edward James. Se veían sólo hasta el ombligo. Estaban quietos, inmóviles. El fondo era blanco. Se miraron mutuamente girando la cabeza y volvieron a mirar al frente, permaneciendo juntos el uno al lado del otro.

SEGUNDA PARTE

Méjico

Finalmente le dieron el alta. Había permanecido más de un mes en el pabellón psiquiátrico. Tuvo suerte, un campesino lo encontró por casualidad tendido en medio del desierto. Estaba inconsciente, deshidratado y a punto de morir. El buen hombre lo llevó como pudo hasta la aldea más cercana y desde allí lo condujeron al hospital de la ciudad. Edmundo Rosado había estado vagando por el desierto desde el día del accidente. Lucero y el pequeño Edmundo habían fallecido en el acto. Tan pronto como se enteró, echó a correr y a correr, perdiéndose en la arena ardiente y el sol abrasador. Perdió la noción del tiempo y nunca supo cuántos días había pasado allí. Apenas comió, únicamente masticaba la pulpa de algunos cactus que encontraba por el camino. Posteriormente recordaría —y aquí se detendrían sus recuerdos— que no llegó corriendo al desierto, sólo hasta la estación de autobuses. Desde allí se dirigió hasta la aldea donde luego el campesino le llevaría al encontrarlo al borde de la muerte. No había asistido al funeral de su familia. No le hubiera importado morir en medio del desierto y servir de alimento a serpientes, insectos u otros animales; que sus huesos dieran un poco de vida a esa tierra árida pero inmortal.

El relato de aquel viaje se perdió para siempre y nunca cubrió esa laguna. Padecería amnesia total con respecto a ese periodo hasta el fin de sus días.

Desde su llegada al hospital hasta los dos días previos a su salida, Edmundo no dijo nada. No abrió la boca. No dijo palabra alguna. Estuvo una semana recuperándose de las consecuencias de su estancia en el desierto y tan pronto como su cuerpo se repuso, viendo que permanecía en un estado casi catatónico, fue trasladado al pabellón psiquiátrico. No respondía a ningún estímulo, no se inmutaba ante la presencia de los numerosos amigos y familiares que acudieron a visitarle. Se limitaba a estar con los ojos muy abiertos, permaneciendo en la postura en que el enfermero le hubiese colocado. Vestía una especie de

camisón blanco atado a la espalda y unas zapatillas como de andar por casa a juego con el resto del atuendo. El personal del hospital se encargaba de su higiene, hasta que un día, cuando el enfermero se disponía a desnudarle para meterlo en la ducha, Edmundo le apartó empujándole con la mano y dijo:

—Estoy harto de que me vean el culo. Ya me ducho yo.

Ante esta repentina y radical mejora, los médicos procedieron a hacerle todo tipo de pruebas y entrevistas, con el fin de certificar su curación. En ellas, Edmundo se mostró sereno y plenamente consciente de todo lo que había sucedido.

—Como ya les habrán contado —les decía—, mi mujer y mi hijo perdieron la vida en un accidente de coche. Me volví loco y huí al desierto. Ahora estoy bien, créanme. Ya ha pasado todo.

Permaneció dos días más allí y, en vista de que las pruebas únicamente ofrecían resultados satisfactorios, fue dado de alta. Pachuco le recogió en la puerta del hospital. Le dio un abrazo silencioso. Edmundo no llevaba equipaje. Habían lavado su ropa en la lavandería del hospital. No obstante, su amigo le llevó ropa limpia y unas botas nuevas.

—Puedes cambiarte ahí detrás si quieres —le dijo. Edmundo obedeció.

—Oye —dijo Edmundo una vez que se hubo colocado la ropa nueva—, para donde sea. Quiero pasarme al sillón del copiloto. No me va este rollo taxi.

El conductor detuvo el coche al borde de una carretera y Edmundo pasó a la parte delantera.

—¿Por qué no te has pasado en marcha?

—Sólo me faltaba que nos parase la poli. —Su amigo se encogió de hombros.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

Pachuco llevaba una camisa hawaiana y unos pantalones blancos. Se notaba que se vestido de manera «elegante» para recoger a su camarada del hospital. Regentaba una taberna cerca de la casa de Edmundo. Se conocían desde los tiempos de la universidad. Él estudiaba literatura hispánica, aunque luego abandonaría sus estudios para dedicarse al negocio de la hostelería. Había conocido a una chica, la que después sería su esposa, y deseaba casarse con ella lo antes posible. Era un hombre impulsivo, a pesar de su apariencia de tipo manso. En realidad, con los años sí se había convertido en ese hombre tranquilo que aparentaba ser. Lucía un bigote poco poblado y el pelo comenzaba a clarearle. Tenía tres hijos, las cosas le iban bien y era un hombre respetado. Rara vez había altercados en su local.

—Supongo que bien —contestó Edmundo.

Éste sí había concluido sus estudios de filosofía, especializándose en antropología. Consiguió rápidamente un puesto de profesor en la universidad, tan pronto terminó su tesis, y comenzó a trabajar en revistas especializadas. Lucero era alumna suya. Estaba en el último curso, de modo que la diferencia de edad entre la alumna en su último año y el joven profesor era apenas perceptible. Se casaron cuando ella terminó la carrera y vivieron así cinco años, hasta que nació Edmundo hijo. Eran muy felices, como hechos el uno para el otro.

Tan pronto como llegó a casa, Edmundo comprendió que debía mudarse. Le resultaba imposible estar allí. Todo le recordaba demasiado su vida anterior, todo estaba impregnado de

Lucero. Los juguetes del pequeño seguían esparcidos por ahí. Cuando Pachuco se marchó, Edmundo se tiró al suelo y comenzó a llorar desconsoladamente.

Como es natural, la casa permanecía igual que cuando salieron de ella por última vez. Los objetos preservaban esa disposición habitual, y esa cotidianeidad estaba machacando a Edmundo ahora. Parecía que en cualquier momento Lucero fuera a aparecer por la puerta o que Edmundo iba a salir corriendo de algún escondite, riendo, contento de haberle dado un susto a su padre. Aun así, él era consciente de que nada de eso iba a suceder. Lucero no volvería a cruzar esa puerta y jamás volvería a escuchar la risa del pequeño Edmundo en esta vida. Se deslizó como pudo hasta el sillón y se quedó allí sentado, con los codos sobre las rodillas y las manos sujetándole la cabeza. Pasó así una hora o más. Sonó el teléfono y Edmundo dudo entre cogerlo o no. Optó por descolgar el auricular:

—¿Sí?

—Little Cobra al habla, ¿cómo va mi *antropófago* favorito?

Edmundo esbozó una sonrisa leve, entre lágrimas. Era el bueno de Carioca. Seguramente Pachuco le habría informado del regreso del antropólogo.

—¿Qué pasó compadre?

—El tabernero poeta me dijo que habías vuelto. Sólo quería saber si estabas bien y todo eso.

Carioca era un bromista nato. Siempre estaba de buen humor y eso que su vida no había sido lo que se dice fácil. Se había metido en mil jaleos. Su cara daba muestras de ello, presentando más de una señal, entre las que se hallaba un profundo corte de cuchilla o, para ser más preciso, de la hoja de una navaja. Le perdía la boca. No sabía estar callado. Decía que

la única manera de hacer que mantuviera el pico cerrado era, y hacía el gesto de degollarse con la mano. La aplicación de ese principio casi le cuesta la vida en más de una ocasión. Por lo demás, era un buen hombre y un amigo leal. Ambos se conocían desde la infancia. Habían ido al colegio juntos. Ya desde pequeño le gustaba que le llamasen Little Cobra. Decía que le daba un aire de tipo duro. Su aspecto no se había modificado demasiado a pesar de los años: tenía el aspecto de un huesudo Javier Solís, flaco, con el torso parecido al de un niño; no tenía el pecho desarrollado, ni pelo en él, y se le notaban las costillas. No mediría más de un metro sesenta, pero era puro nervio. A la hora de pelear era temible de loco que estaba. Era mejor no meterse con un hombre que no temía ni al dolor ni a la muerte. Siempre sería un problema: o te llevabas una paliza, o lo tendrían que detener entre varios o te tocaría matarle. Serían las únicas opciones.

Carioca abandonó los estudios prematuramente y comenzó a trabajar en oficios muy dispares: camionero, camarero, mozo en un establo, incluso limpiabotas. Ahora se ocupaba de la finca de un rico comerciante de especias y se había estabilizado bastante. El capataz le había cogido cariño y él, por su parte, desarrollaba su trabajo de manera eficiente. Siempre había mantenido el contacto con Edmundo.

—Sí, ya estoy en... —Edmundo hizo una pausa—. Casa. Voy a estar unos días dedicándome a resolver unas cuantas cuestiones.

Carioca entendió perfectamente que su amigo deseaba estar solo durante un tiempo y no insistió.

—Perfecto, güey. Si necesitas algo ya sabes. Y cuando estés dispuesto a invitarme a unas cervezas y unos golpes de *mescal* no tardes en llamarme.

Edmundo volvió a echar una ojeada a la casa y, como no sabía por donde empezar, se dispuso a ordenarlo todo. Ordenó las cosas y limpió la estancia con esmero. Fue un acto compulsivo. Estaba decidido a abandonar la vivienda, pero no pudo evitar eliminar los restos de su vida familiar. Sería una profanación para él que otros, que unos desconocidos, tuvieran el menor acceso a esa vida que ya había desaparecido.

Alquilaría un pequeño apartamento en uno de los bloques de las afueras. No le importaba que fuera un barrio peligroso, incluso con el índice de criminalidad más elevado del mundo. Estaba seguro de que nadie se acercaría a él. Nadie se mete con un muerto. Cuando no se tiene miedo, y esto a veces depende de no conocer nada acerca de donde se encuentra uno, se crea una burbuja de protección. El individuo no desprende ese olor a pánico que detectan los perros y los maleantes. Y Edmundo ya no tenía miedo. Miedo a qué, ¿a morir? Su vida entera había saltado por los aires, de modo que un disparo, un navajazo o un puñado de golpes no le afectarían demasiado. A la hora de realizar la mudanza, Carioca podría coger una camioneta de la finca y Pachuco su coche. No. Tal vez sólo con el coche de éste sería suficiente. Sólo cogería algo de ropa, algunos libros y muy pocos cacharros. La duda surgía en qué hacer con los objetos y la ropa de los suyos. Lo mejor sería donarlo a alguna asociación benéfica. Conservaría las fotos y nada más. Si otros podían aprovechar lo demás, tanto mejor. En definitiva eran meros objetos.

Trató de mantenerse frío, de interiorizar el desapego, de autosugestionarse. Tenía que creer en eso, que todo era puramente material, carente de significado en sí mismo. Una casa, juguetes, vestidos, zapatos, muebles, era una ilusión pensar que se hubieran impregnado de algo de la esencia de ellos. ¿Qué importaba si los cojines de un sofá adoptaban la forma del cuerpo que los usaba? ¿Qué más daba si una prenda conservaba restos del perfume de quien

la vistió? ¿Y si un juguete tenía restos de las golosinas que el niño que jugaba con él comía en ese momento? Un peine podía tener un pelo enredado entre sus púas. Sentimentalismo. Otro uso, otras personas usando los mismos objetos darían lugar a otras marcas, otros olores. Lo demás era puro fetichismo. Si no se desprendía de todo eso estaría más muerto de lo que ya se sentía.

Miró por la ventana de la cocina. Méjico, pensó, es un lugar amarillo y anaranjado. No sólo el desierto. La ciudad también lo es. Es el fuego. Sus detalles naturales son de color verde y marrón, pero la gente se empeña en adornarlo todo con vivos colores. Méjico es el color. Pero el sol lo tiñe todo, lo cubre de una pátina amarilla y ardiente. Méjico es el sopor, la lentitud y la resignación ante el destino.

Carioca acompañó a Edmundo en su búsqueda del nuevo apartamento. Se decantó por un pequeño cuartucho a las afueras de la ciudad. En el edificio vivían no se sabía cuántos cientos de familias; gente que aparecía y desaparecía de repente; habitaciones realquiladas una y otra vez.

Una vez arreglado todo, los amigos decidieron bajar a una cantina a tomar mezcal y cerveza. Edmundo no era muy dado a la bebida y Carioca estaba dispuesto a equilibrar la balanza por los dos. Irían a medias, pero Edmundo sólo bebería la mitad.

—¿Qué me dices, güey, de cambiar este gusanito rojo por un rico tequila? —preguntó Carioca.

—Tú mismo, cuate.

Edmundo reflejaba perfectamente el origen español de sus padres. Era bastante más

alto que la mayor parte de los mejicanos y mucho menos moreno, a pesar de que el sol se le había agarrado bien a la piel. Sus rasgos no eran sudamericanos, su acento sí. Su carácter era una mezcla extraña de una y otra culturas. Había nacido allí y, sin embargo, no compartía muchos de los comportamientos típicos de los mejicanos. Por ejemplo, bebía muy poco. Tampoco era peleón ni obsceno. Ni tan devoto, ni con tanta fe en general. Ni tan lleno de esperanza. Íntimamente se sentía un extraño.

Después de unas cuantas rondas más, Carioca consideró (si es que en dicho estado el término «considerar» resultaba válido) que tal vez a su acompañante le apeteciera sincerarse un poco y hablar acerca de cómo se sentía. Quería que Edmundo se desahogase y creía que el alcohol favorecería la desinhibición del corazón y la lengua. Estos razonamientos eran algo que únicamente podían suponersele a Carioca, ya que, a efectos visuales, estaba completamente trompa y la borrachera lo que había hecho era ponerle sentimental. Igualmente podría haberle puesto violento, pero no fue el caso.

—Bueno, compadre —y dio una palmada en el hombro de Edmundo—, cuéntame qué pasó, cómo te dio por perderte en el desierto y qué tal andas ahora.

A Edmundo también le había hecho mella el alcohol, a pesar de llevar un ritmo más suave que Carioca, pero el efecto que tuvo sobre él era el de potenciar la percepción interna. El resto de los sentidos estaban adormecidos, sus movimientos comenzaban a ser torpes. Si tomaba algo más, el mundo exterior y sus sonidos dejarían de percibirse y sólo se escucharían los latidos de su corazón haciéndose eco a través de los vacíos de su cabeza, la sangre al correr por el cuerpo y por los huecos que sus órganos dejaban libres. Miró a Carioca y vio en él su gran bondad. También le vino a la cabeza la imagen de Pachuco y todas sus buenas

intenciones. Recordó a varios amigos más y comprendió que nada podían hacer por él. No quería contar nada, ni desahogarse, ni que le consolaran. Nada. A veces, simplemente, no recordaba nada, ni sentía nada. Aunque hubiese hecho el esfuerzo por decir algo, no se le habría ocurrido absolutamente nada. Habría mirado fijamente a su interlocutor y habría permanecido así hasta que el otro le hubiese gritado «¡Eh, despierta!». Se puso en pie mientras Carioca le seguía con la mirada como podía. Cogió a su amigo por los hombros y con una sonrisa dijo:

—Vamos, campeón, por hoy ya ha sido suficiente.

Edmundo condujo la ranchera hasta la casa de Carioca.

—Llévatela y me la traes mañana a eso de las seis.

Edmundo dudó. Después le dio las gracias, esperó hasta que entró en su casa y pisó el acelerador. No se paró en ningún semáforo.

A la mañana siguiente cumplió lo acordado. Dejó la ranchera en casa de Carioca. Éste le invitó a café y tortas. María, su esposa, reprendió en broma a Edmundo:

—Escucha, a ver si aprendes a llevar a mi maridito por el buen camino, que el muy pendejo vino tomado anoche.

—Es todo corazón, ya sabes —dijo revolviendo el pelo de su amigo.

Carioca ya estaba fumando un puro corto a esas horas. Sus dos hijos corrían por la casa dando alaridos.

—Sí que madrugan estos bichos —dijo Edmundo.

—¿Madrugar? ¡No duermen, no duermen!

Uno de los pequeños se enganchó a la pierna de Edmundo como si quisiera derribarlo. Éste encajó bien el empujón, se tambaleó un poco a propósito para seguirle el juego al niño, quien rápidamente cambió de entretenimiento.

—Sin duda son clavaditos a su padre.

Una vez terminado el desayuno, Carioca se ofreció a llevarle dónde quisiera.

—No, gracias. Esta mañana prefiero caminar.

—Tú ya sabes que caminar por esta zona es casi un deporte de esos que ahora llaman de riesgo. Deporte de riesgo. ¡Menudos pendejos, eh! ¡Nosotros seríamos deportistas de élite!

Edmundo asintió con la cabeza y ambos estallaron en una sonora carcajada. El barrio donde vivía Little Cobra era, como otros tantos barrios de Méjico, un sitio por donde alguien se atrevía a caminar sólo si era mejicano, pobre y no tenía miedo ni a la muerte ni al dolor. El caso de Edmundo era particular: no era especialmente pobre, si bien ahora no llevaba ni una moneda encima. Era mejicano a medias y no tenía muy claro si estaba vivo o muerto.

A esa hora ya había mucho movimiento por las calles. Hombres en sus furgonetas destartaladas, chicos apoyados en las paredes, cantinas abiertas, mujeres y niños, música a todo volumen saliendo por alguna ventana. Edmundo advirtió el poco tiempo que había pasado solo desde que salió del hospital.

Un hombre con aspecto de indio lo detuvo y le dijo:

—Águilas y lagartijas son más parecidas de lo que parece.

El antropólogo lo miró fijamente. Debía tener sesenta años o más. No llevaba trenzas, ni coleta, ni sombrero, ni nada que facilitase una asociación con el cliché de indio mejicano. Vestía camisa cuadros de franela, a pesar del calor que hacía, vaqueros amplios y botas camperas.

—Aún así, lo único importante, hijo, es saber si uno es águila o lagartija.

Dicho esto siguió su camino. Edmundo se giró para verlo alejarse.

Recorrió varios kilómetros para llegar a casa. Nada más entrar el teléfono comenzó a sonar. Era el señor Contreras, otro profesor de la universidad.

—Me he enterado de que está usted en activo. Me alegro mucho de su recuperación.

Él sí había asistido al funeral de su familia e incluso le había visitado en el hospital un par de ocasiones.

—Los alumnos están impacientes por reanudar el seminario sobre el folklore mejicano — continuó. Edmundo bromeó tristemente:

—Estoy, eso está más o menos claro. De lo que no estoy muy seguro es de si «en activo».

Agradeció su interés y le prometió que iría a verle lo antes posible y almorzarían juntos.

Llamaría a *La Voz de Cristo*, un grupo dedicado a obras de caridad, para que pasasen a recoger los objetos de los que quería desprenderse, a saber, casi todos. Si no hubiese querido tanto a Lucero, todo sería más fácil. Ojalá no la hubiese querido nunca, se maldijo.

Mientras estaba acompañado podía convertirse en el otro temporalmente, olvidándose de sí mismo, y de este modo evitaba el impacto demoledor de pensamientos y recuerdos. Pero una vez se quedaba solo todo volvía a su mente con mayor intensidad. Las imágenes se agolpaban entonces. Veía a Lucero siendo alumna suya, recordaba el día de su boda y el nacimiento del pequeño Edmundo. Veía a éste dando sus primeros pasos, cómo decía «Papá» y «Mamá», con qué claridad; cómo pasó de caminar a dar sus primeras carreras, llevando los dos brazos hacia atrás en un intento por impulsarse un poco más, para luego volver a un ritmo más lento, bruscamente, todo ello en muy pocos segundos. A ellos estaba dedicada su primera novela *La danza de la calaca*, sin saber que poco después la calaca bailarían con los dos antes de lo previsto. Este recuerdo hizo que se enfureciera. Cogió una silla y la estrelló contra la pared.

—¡Mala puta! ¡Pendeja! ¡Hija de la gran chingada! ¿Por qué no bailaste conmigo no más? ¿Por qué no me llevaste a mí? Tenías que llevártelos a ellos...

A punto estuvo de maldecir a Dios, de destrozar las cosas que iba a donar, pero se serenó. Comprendió que los destinatarios de esos bienes poco o nada tenían que ver con Dios; tan poco como esos hombres y mujeres que se desvivían por ayudar a los demás (Dios no carga objetos usados en furgonetas todavía más usadas.) Se sentó en el sofá y lloró amargamente de nuevo. Un llanto desgarrador. Se retorció, se cubría la cara, daba puñetazos a los cojines. Incluso llegó a caerse al suelo. «Soy un gran pecador», pensó. Dejó de llorar, se volvió de espaldas al suelo y miró fijamente al techo. «Soy un pecador. El líquido de frenos... debería haberlo llevado al taller... Todo ha sido culpa mía. Sabía que esto podía pasar. ¿Cómo se puede ser tan despistado, tan despreocupado? Siempre pensando en mí mismo, siempre tan egoísta».

Edmundo se puso en pie y tomó rumbo al cementerio, apenas sin pensar en ello, igual que un autómatas. El sol abrasaba a esa hora. Caminaba en un estado de sopor absoluto. Las risas de las personas se tornaban demoníacas, risas maléficas; bocas a las que les faltaban muchos dientes; hombres con bigotes negros y sombreros. Todo y todos parecían burlarse de él. Le sudaba todo el cuerpo y llevaba la camiseta estiba. Gotas de sudor por el pecho, un reguero de agua por la espalda y la zona de las axilas inundada. El cementerio estaba a unos quince kilómetros de su casa. Él caminaba despacio. En Méjico el ritmo siempre es más lento. Edmundo apreciaba las variaciones en la intensidad de la luz solar, los cambios de tonalidad. Casi había anochecido cuando llegó. Buscó durante un buen rato las tumbas de su mujer y su hijo. Allí estaban. Se detuvo ante ellas. Resultaba muy difícil sostener, delante de ellas, que al final todos acabamos siendo un puñado de huesos. Se arrodilló y tocó con sus manos el lugar donde descansaban los restos de sus dos seres más queridos. Se acostó encima, tratando de colocarse entre medias (entre la idea de dos cuerpos, por supuesto.) No se movía. Oyó un ruido a lo lejos y se incorporó. Dos jóvenes se daban un achuchón sentados en un banco de piedra. Los contempló durante unos instantes y volvió a tumbarse, esperando que no se llevaran un susto si lo descubrían allí, aunque deberían llevárselo, «porque eso de joder en medio de los muertos no está bien, para nada», pensó fugazmente. El cielo se cubrió de estrellas. Edmundo dormía en posición fetal, girando de un lado a otro.

Soñó que era más viejo, unos diez o quince años. No reconocía el sitio donde estaba. Parecía la terraza de una cafetería, pero debía estar situada en un país extranjero o en otra ciudad. Las edificaciones que la rodeaban eran una suerte de cubos y no había edificios altos. Aquello no podía ser Méjico. Tal vez Miami o Francia. Él nunca había salido de Méjico y no podía identificar con exactitud otros países, a pesar de su cultura. Imaginaba que podía ser

alguno de esos dos sitios, pero no estaba seguro.

Despertó antes del amanecer.

El sueño le hizo pensar en qué sería de su vida de ahí en adelante. Era una pregunta tonta a la que nadie podía responder, pero aún así se la formuló, seguramente bajo el efecto de la visión de sí mismo en sueños, en un tiempo futuro. ¿Cómo sería él dentro de unos años? Lucero ya no estaba y no estaría jamás. Si no la hubiera querido tanto todo sería más fácil, volvió a repetirse. Se levantó con cuidado y echó una última ojeada. No sabía que era la única vez que visitaría ese lugar. No se molestó en comprobar si los jóvenes se habían marchado, aunque lo más probable era que así fuera.

Entró en una cafetería cuando había recorrido un kilómetro y desayunó. Recordó que había acordado reunirse con el señor Contreras. Preguntó al camarero por la combinación de autobuses para llegar a la universidad. Éste lo miró con aire de asombro, se quedó pensativo y finalmente le indicó cómo llegar hasta el centro. Una vez allí tendría que buscarse la vida. Él, dijo, nunca había ido a la universidad. Camino de la parada del autobús, Edmundo advirtió que sus ropas estaban demasiado sucias para reunirse con su colega. Resolvió pasar primero por casa y cambiarse.

El horario de autobuses no era demasiado exacto pero al menos la parada seguía allí. Había tres mujeres, dos niños, cinco ancianos y cuatro hombres vestidos con ropa de trabajo. Esperó cerca de una hora hasta que llegó el autobús. Por suerte no tenía que hacer transbordo y quedaría a veinte minutos de su casa. Se dio una ducha y volvió a ponerse ropa informal: unos tejanos, una camisa azul marino y unas botas. Desde allí no tenía dudas sobre cómo llegar a la universidad. Cogió un bus lleno de estudiantes y algún que otro lugareño, cómo no,

y permaneció de pie todo el camino. No recordaba lo que era ver tanto joven cargado de mochila, carpetas y libros. El señor Contreras estaría en su despacho, sin duda, dado que no parecía salir de ahí. Edmundo golpeó la puerta con los nudillos y entró al oír «¡Adelante!». Ricardo Contreras se puso en pie nada más ver al antropólogo.

—¡Buenos días! —Exclamó—. Me alegro mucho de verle.

Ambos se dirigieron el uno hacia el otro con los brazos extendidos. Se estrecharon las manos y se abrazaron fugazmente. No eran lo que se podía llamar amigos. Seguían tratándose de usted —cosa, por lo demás, habitual en Sudamérica en general—. Aún así sentían un gran aprecio mutuo.

—Lamento lo de...

Edmundo le interrumpió con un movimiento de cabeza y manos acompasado.

—Bueno, ¿qué le parece si bajamos a la cafetería y tratamos ese tema que tenemos pendiente?

La cafetería estaba atestada de individuos a medio camino entre la juventud y la madurez, esto es, entre granos y pelos en la barba. Edmundo se sintió reconfortado en ese ambiente. Era un ambiente sano y familiar, aunque no doméstico. Muchas de aquellas personas provenían de entornos duros, castigados por la pobreza y sólo con grandes esfuerzos podían estar allí, luchando contra su destino, tratando de salir del agujero que la vida les había asignado por defecto.

—Nos complacería mucho que siguiera impartiendo su seminario sobre el folklore mejicano.

El señor Contreras vestía traje gris claro y camisa blanca. Edmundo estimó que no le vendrían nada mal unos ingresos extra. Además disfrutaba dando clases a gente que había tomado esa asignatura de forma libre y voluntaria. Era un indicador de que las clases se desarrollarían en un clima de interés muy favorable.

—No veo ningún inconveniente —respondió Edmundo.

El trabajo era un buen método para tener la mente ocupada y alejar las obsesiones de su cabeza.

—La semana que viene podría comenzar. Anunciaremos debidamente la reapertura de matrículas para su asignatura. Personalmente estoy muy contento de que se encuentre usted entre nosotros de nuevo.

Ricardo Contreras era un hombre encantador. Se daba por completo a su trabajo. No tenía mujer ni hijos. Los libros eran su vida y su pasión. Resultaba muy fácil encontrarle pululando por las instalaciones universitarias: el despacho, las aulas, la cafetería, constituían su primer hogar. Luego dormía en su casa o, al menos, eso creía Edmundo.

Teniendo en cuenta que era jueves, Edmundo contaba con muy poco tiempo para preparar las sesiones. Podía contar con el material utilizado anteriormente, pero eso denotaría cierta desidia. Lo mejor sería revisar ese material, ampliándolo y actualizándolo debidamente. Estaba también la cuestión mudanza. Ese fin de semana quería instalarse en su nueva habitación. «¿Y una residencia de estudiantes? No, demasiado derrotismo. Decidido, mañana me mudaré y dedicaré el resto del tiempo a preparar el seminario.»

Después del café, los dos profesores siguieron hablando de temas referidos al

funcionamiento interno de la universidad, anécdotas de índole académica, otras frivolidades y juegos privados. Quedaron en verse el lunes, tras agradecer Edmundo a Ricardo el interés que se había tomado. El resto de la mañana la dedicó a sus cosas, es decir, a vagar por las calles. Esperaría hasta que Carioca saliera de su trabajo y le acompañase a su nuevo hogar. Mejor su camioneta que el coche del tabernero. Aún así, consideró que sería un gesto de buena educación llamar a Pachuco. Después de la mudanza podrían ir a tomar algo a su cantina.

«Méjico está sacado de un sueño», repetía Edmundo mientras caminaba. «Es la tierra de nadie por excelencia. Méjico es mi idea de Méjico. Méjico como tal no existe, los Estados Unidos no existen, Europa no existe. Bien pensado ¿qué existe? Sólo la idea de las cosas existe. Nada es real». Así divagaba. «¿Qué es Japón? ¿Y África?» Así ahuyentaba los demonios. La mente ocupada en disquisiciones filosóficas. El idealismo y el escepticismo puestos a merced del olvido; otro consuelo. «Por otro lado, todo es real, brutalmente real, al margen de ideas y cualquier consideración personal». Era el otro extremo del planteamiento. «Todo es real, al margen de lo que yo piense sobre ello. Eso existe aunque yo no lo esté viendo (lo sentimos por el bueno de Berkeley). Eso no alivia, abruma. Yo no existo —aunque piense o me equivoque— y, sin embargo, soy un algo que come y caga, y el conjunto de mis experiencias y mis pensamientos es finito. No existo y, sin embargo, aquí estoy, en un lugar que tampoco parece existir.»

Comió en una cantina próxima a su casa y después se echó una siesta. Serían las seis y media cuando se despertó.

—¡Menuda hora! —exclamó al ver el reloj. Cogió el teléfono y llamó a Little Cobra.

Cuando colgó el auricular se sorprendió de lo mucho que necesitaba a los demás y

cuánta suerte tenía.

Carioca apareció media hora después con la ranchera. Llamó a la puerta dando golpes y alaridos:

—¡Vamos compadrito, no tengo toda la noche!

Edmundo sonrió al ver lo salvaje que era su viejo amigo.

—¡Ya va, ya va! ¡Qué *man* más animal! Nos vamos de aquí, güey, pero no querrás tirar la casa abajo.

Echaron todo en la parte de atrás de la camioneta.

—Por esto tendrás que invitarme, por lo menos, a un par de cervezas, con sus sendos traguitos de ese tequila tan rico y reposado que sabes me gusta tanto.

—Contaba con ello. He quedado luego con Pachuco en su taberna.

—¡Ah, el viejo poeta! —Carioca casi siempre se refería al tabernero como «el poeta».

Qué unía a este par de individuos era algo casi inexplicable. Tal vez aventuras de la infancia. Tal vez el carácter leal de Carioca. O quizá el disimulo absoluto con que Edmundo llevaba su faceta de antropólogo, filósofo y novelista, conocida evidentemente por todos sus amigos, pero apenas mencionada por él, lo que le posibilitaba relacionarse con el resto del mundo de una forma cercana y nada gremial. Entre otras cosas, su negativa a hablar de cuestiones técnicas con ellos le había permitido conservar una amistad muy valiosa para él. Ni siquiera tocaba esos temas con Pachuco. Los consideraba parte de su lado oculto y los desarrollaba en la más absoluta soledad. Únicamente Lucero se había aproximado a esa

dimensión, un poco más allá de las publicaciones y clases que Edmundo impartía, pero asumiendo la existencia de barreras infranqueables, las cuales no tenía mucho sentido intentar salvar. El universo Rosado, poblado de casas de colores y calaveras danzantes, era todo un enigma. Era preciso alimentar a los demonios no para que crecieran sino para aplacarlos. De no ser así, quién sabe si no invadirían el resto del conjunto, las otras esferas de su ser. Nadie elige albergar demonios dentro de sí. Pero cuando eso sucede, es necesario hacer las debidas ofrendas. Tal acción deja de ser un acto voluntario; es un designio divino, un castigo, en cierto modo. Convertirse en morada, en prisión de los demonios en la Tierra es una misión dura, una ardua tarea. La mayor parte de las personas a las que se les encomienda, sucumbe. Lo que para algunos —especialmente para aquellos que no lo poseen— es un don; para otros es una de las formas del infierno.

Descargaron las pocas pertenencias que Edmundo había querido conservar. Carioca propuso ordenar un poco la habitación, pero Edmundo le dijo que él se encargaría luego.

—Mejor vamos donde Pachuco —sugirió.

—Como quieras, *brother*.

—¡No dejarás nunca de ser un gringo naco!

—Si no me lo llegas a decir con esa sonrisa, te doy bien en la madre.

El bueno de Carioca pensaba que con un comportamiento infantil ayudaría a que Edmundo se relajase, se riera y, por tanto, olvidase un poco la historia que había vivido. Y a veces lo conseguía.

Montaron de nuevo en la ranchera en dirección taberna. Cuando llegaron, su amigo

les acompañó a una mesa y, sin que ellos las pidieran, les sirvió dos cervezas. Había bastantes clientes, pero aún así el tabernero se acercó con otra cerveza para él a la mesa donde estaban sus amigos. Un mozo que tenía a su servicio se encargaría de los demás.

—Ya se formó el trío calavera.

—Así es güey. Dispuestos a sacarte esta noche vamos —insinuó Carioca.

—¡Ah, culebra! Tú siempre igual. Con esa reina que tienes en casa esperando, ¿a qué otros amores vas a declararte?!

Edmundo miraba a los otros dos. Siempre había estado más en la línea de Pachuco. Carioca había conseguido arrancarle de su casa esos últimos días, entre otras cosas porque no sentía estar en ninguna casa, pero era algo que comenzaba a desgastarle. Como medida de emergencia no había estado mal, si bien veía claro que ya no lo necesitaba. Allí seguían los otros, enzarzados en una «discusión amorosa». Era su forma de mostrar el cariño que se tenían.

—¿Pues sabes qué te digo? Que llevas razón, que no te voy a sacar de este lugar, que mejor me instalo yo aquí. He traído al camarada mudo para que me escuche sin rechistar.

Otro grupo de clientes entró.

—Perdonad un segundo —se disculpó Pachuco, y se fue a atenderles.

—¿Te has quedado sin habla? —preguntó Carioca a Edmundo una vez que el tabernero se hubo alejado.

—En absoluto, estaba aquí viendo cómo os lanzabais piropos.

—Este pendejo, ¡qué grande es! —dijo refiriéndose al *poeta*.

Edmundo asintió con la cabeza. Dio otro trago a la cerveza y durante unos instantes se quedó mirando al vacío. Recordó un pasaje de un libro que había leído hacía muchos años, cuando era estudiante. Había olvidado el nombre del autor.

[...] Las vidas posibles. Las vidas posibles son infinitas. Somos lo que somos por puro azar, aunque bien podríamos haber sido cualquier otra cosa. Las vidas posibles son lo ilimitado y al hombre sólo le es dado conocer lo que tiene límites. Si trata de ir más allá de lo que puede llegar a conocer y experimentar, se pierde en una tierra de nadie, en una tierra sin principio, ni final, ni objetos.

[...] El hombre es un animal insatisfecho. Está condenado a saber que dentro de él se encuentra el infinito, pero no puede acceder a ello. Ése es su drama; más: su gran tragedia, ya que no tiene solución. Todo está en cada uno de nosotros y, sin embargo, sólo podemos ver una parte.

[...] Elegir un camino implica renunciar a los otros. El ser humano es un animal triste. En el fondo sabe que jamás podrá abandonar ese espíritu de renuncia. Es lo que le constituye.

El texto iba en esa línea. No sabía por qué le había venido a la cabeza en ese momento, pero pensó que el hombre que había escrito eso, si estaba totalmente convencido de lo que decía, debería haberse volado la tapa de los sesos. Debía ser tan cobarde, lamiéndose las heridas como un perro, escribiendo con cinismo su carta de rendición.

—Oye tigre, ¿nos pedimos otra ronda? —Carioca le sacó de su letargo.

—Creo que yo me retiro.

—¿Qué? ¿Ya?

—Sí, mañana tengo que hacer muchas cosas y lo último que me apetece es ir arrastrando una

resaca todo el fin de semana. Y tú hazle caso a Pachuco: vete a casa. Dale una sorpresa a tu mujer, pegaos un buen revolcón.

Carioca miró extrañado a su amigo.

—Menudo *down*, ¿eh? —acabó diciendo.

Edmundo no contestó. Dejó unas monedas sobre la mesa, se acercó a Pachuco y le dijo algo al oído. El tabernero salió de la barra. Carioca se había levantado también e iba a acompañar a Edmundo y se acercó a despedirse él. Carioca fue ligeramente malhumorado todo el camino. «A saber qué le pasaba al flaco». El antropólogo no preguntó. La despedida fue bastante fría. Quedaron en llamarse. Edmundo sabía perfectamente que Carioca no le guardaría rencor.

Entró en su cuarto. Cuatro o cinco cajas descansaban sobre el suelo. La cama, una silla, una mesa y un armario pequeño constituían el mobiliario. Rebuscó en la caja de los libros para encontrar sus fichas, sus apuntes y otros documentos con los que organizar el seminario. Los dejó sobre la mesa y se tumbó en la cama. Había un ventilador en el techo. «Por lo menos —se dijo— es un sitio limpio». Lo malo era que no tenía cocina. Lo bueno, que había un baño individual; un pie de ducha, un lavabo y un retrete comprimidos en apenas un metro cuadrado. Pensó en el contenido de su trabajo sobre el folklore mejicano. En líneas generales, se trataba de un intento de conectar los aspectos aparentemente más triviales y cotidianos con la devoción y la pasión por la muerte. En cierto sentido ya no podía compartir esas ideas, o, al menos, no le apetecía ir analizándolas. Se sentía solo y la muerte no le parecía un tema acerca del cual desearse ocuparse. Demasiado cercana como para tener una perspectiva desde la cual ver las cosas con claridad. ¿Cómo impartir cursos sobre el temor y

el amor por la muerte cuando él mismo quería olvidarse de ello?

Cualquier cosa en Méjico estaba imbuida de ese sentimiento religioso, pero Dios muy poco podía hacer por Edmundo. Ya había hecho demasiado. Pensando en éstas y otras cosas, el antropólogo se quedó dormido y tuvo un sueño:

Un área de descanso de autopista totalmente desierta. No hay gasolineras, ni cafeterías, sólo una cabina azul, un retrete químico. Un negro tiene una especie de carrito con agua y refrescos. No ha podido encontrar un lugar peor, dado que ¿quién va a detenerse allí?

Del desierto surge un hombre. Va sucio y en estado de choque, como si hubiera tenido un accidente y vagase sin rumbo. Se acerca al puesto de Fela (así se llama el negro) y pide una botella de agua. Fela lo mira con cierta desconfianza, dudando de si podrá pagarle. Su único cliente quizá no tenga dinero y él no está para actos de caridad. El hombre parece advertir ese recelo y deposita unas monedas sobre el metacrilato estropeado que hace las veces de barra antes de que el negro saque la botella. El hombre se bebe el litro y medio de agua de un tirón. Fela le pregunta:

—¿Está usted bien?

El hombre saca un dado rojo del bolsillo del pantalón, lo tira sobre el mostrador. Sale un seis.

—Sí, estoy perfectamente.

Y dicho esto sigue su camino sin despedirse.

Serían las siete y media de la mañana cuando Edmundo despertó. Quiso tomar un café y algo sólido. Bajó a un comedor que había pegado al edificio donde él vivía. Era un sitio modesto. A esa hora no había nadie (tal vez nunca hubiera nadie allí.) Mientras desayunaba daba vueltas al asunto del seminario. No estaba seguro de estar preparado para impartirlo y lo que en principio había visto como una ocasión estupenda para olvidarse un poco de todo lo sucedido, se presentaba ahora como un ahondar en el dolor. Debía considerarlo seriamente.

Esa tarde no tenía planes y pensó que sería buena idea pasar por la librería. A pesar de ser sábado estaba abierta. Era una librería muy grande, la mayor de la ciudad. Pidió otro café más y subió a su habitación. Ordenó los papeles que tenía y los leyó por encima. Contaba también con su libro, aunque le parecía presuntuoso y patético recomendarlo. Definitivamente no podría dar ese curso, pensó. Era hojear aquellas páginas y las lágrimas se le saltaban. Telefonó a casa de Ricardo Contreras.

—¡Menuda sorpresa! —exclamó éste cuando oyó la voz de Edmundo— ¿A qué se debe el honor?

—Perdone que le moleste hoy sábado, pero tengo un pequeño problema. Me temo que no voy a poder dar ese curso.

Edmundo expuso sus argumentos y, tras escucharlos con atención, su colega tomó la palabra:

—Le entiendo perfectamente, pero ¿está usted seguro? —Ricardo era exquisito y discreto, preguntando esto estaba preguntando si se encontraba bien. No insistió en hacerle cambiar de opinión—. ¿Le apetecería cenar esta noche conmigo y tratar el tema de manera más extensa?

Edmundo pensaba que su invitación más tenía que ver con las ganas que el señor Contreras tenía de estar acompañado y pasar una velada junto a un colega que con la cuestión en sí. Era lo suficientemente perspicaz como para darse cuenta que el antropólogo había tomado una decisión en firme. Pero lo cierto es que Ricardo Contreras ya no necesitaba la compañía de nadie, aunque era justamente eso lo que estaba ofreciendo a su compañero, puesto que parecía estar roto. Contreras comprendía sus motivos y no deseaba presionarle. Tan sólo pretendía escucharle, si es que quería hablar y desahogarse. Edmundo declinó la invitación.

No quería ver a nadie.

—Le ruego que me disculpe, pero esta noche salgo de viaje —mintió—. ¿Podría usted hablar con el decano y resolver la cuestión? No estoy en condiciones de someterme a un *interrogatorio* —dijo en tono humorístico.

—Entiendo. No se preocupe, yo me encargo de todo. Cuídese y buen viaje. Espero verle pronto.

—Gracias por todo.

Sabía que con esa decisión su futuro laboral, al menos dentro de la universidad, podría peligrar. Méjico no es como otros lugares del mundo donde una vez metido el pie en ella —o cualquier institución estatal—, uno podía tumbarse al fresco que no lo sacaba ni Dios de ahí. Ni siquiera matando a un alumno te largarían de la universidad. Bueno, te largarían, pero te seguirían pagando que, a efectos prácticos, era lo que contaba. ¡Imaginad por algo tan nimio como no aparecer por clase, es decir, por dejar de trabajar! No, en Méjico podías perder el culo por un atrevimiento de ese tipo.

Tales eran las reflexiones que llevaba a cabo Rosado.

Edmundo comenzó a experimentar una gran contradicción: por una parte, deseaba estar solo, pero la habitación le asfixiaba. No quería machacarse más allí dentro. Pronto empezó a necesitar aire fresco. Sabía que si se empeñaba en adoptar una actitud hermética acabaría por volverse loco. Sentía una gran necesidad de incomunicación y al mismo tiempo era consciente de que eso acabaría con él. Deseó entonces salir a la calle. Estaba desquiciado. Quería ver gente, gente anónima, caras desconocidas, empaparse de vida, aunque fuera de otros, convertirse en un observador. Su mente era ahora su peor enemiga. «Las cosas —pensó— serían más fáciles si fuese un autómata».

Y así, como un robot, deambuló por las calurosas calles. Bebió cerveza en dos sitios diferentes, luego otros dos cafés. Ya no sabía qué más hacer, luego hizo tiempo hasta que abrieron la librería.

Sábado por la tarde en una librería, el plan más deprimente que cabía imaginar. Paseó por los pasillos, palpó los libros, hojeó algunos. En una ocasión se descubrió pasando la mano por las cubiertas sin ni siquiera mirarlas. Echó un vistazo a las novedades de filosofía. «Más de lo mismo», se dijo. Hacía tiempo que la filosofía había pasado a mejor vida. Los grandes habían muerto y los nuevos no tenían nada que decir. Sólo cambiaban el orden de lo dicho por los anteriores o hablaban sobre lo que otros habían hablado. Los viejos se lo habían cargado, o agotado, todo y los intentos de reconstrucción resultaban estériles. La muerte de Dios, la muerte del Hombre, la muerte del Arte, la muerte de la Moral (y, ¿por qué no?, de la ética) ¿Para qué seguir entonces escribiendo sobre cadáveres? La filosofía como gran necrófaga. Sección de literatura, la más extensa. En ella todavía se podía encontrar obras de

algún loco que, a través de la imaginación, plantease cuestiones nuevas. Y si no había nada nuevo por lo que preguntar siempre podía tener el buen gusto de inventárselas, aunque fuera por fastidiar. Mejor contar mentiras que morir del aburrimiento que supone el exceso de realidad, por lo demás tan falsa como cualquier otra invención, pero cuyas pretensiones de verdad resultaban moleestamente desmesuradas. Así lo creía Edmundo en ese instante. Quién lo hubiera dicho.

Fue justamente en esa sección donde topó con un volumen llamado *Las otras vidas posibles*, escrito por un tal Zacarías *.*. (¿Cómo se llamaba ese tipo?)

En un primer momento creyó que podría tratarse del libro del cual había sacado la cita que recordó en la taberna de Pachuco. No estaba seguro, pero decidió comprar ese libro. No siguió mirando. En la cola una chica llevaba un libro súper feminista y un chaval otro todavía más feminista —éste escrito por un hombre, quizá—. Pagó y regresó a su cuarto. Se sentó en la cama y comenzó a leer. A diferencia de lo que había creído, aquello era una novela en toda regla, con ninguna referencia abierta a algo parecido a la filosofía en sentido estricto. No había ningún pensamiento explícito y todo se desprendía de la propia evolución de la trama. Cambios de azar, la fortuna a la contra, la demolición de los esquemas individuales. El texto enganchaba. Tanto que lo terminó esa misma noche. Muchos fueron los interrogantes que la lectura suscitó en él: ¿Qué es, en definitiva, ser uno mismo? ¿Hay algo debajo de todos los disfraces y máscaras con que nos disfrazamos? ¿Somos algo más que marionetas a merced de los caprichos del azar? El autor de esa obra parecía abogar por una suerte de invención de uno mismo como única forma de escapar a esas cuestiones, que ya no responderlas. No hacía falta dar una respuesta a las mismas para poder salvar las dificultades de orden práctico que suponían. Era una de las conclusiones que el lector podía sacar. En cualquier caso, fue la que

Edmundo extrajo.

Después de eso, se entregó sin transición a pensar en sus *pecados*, los cuales se asociaban en su mente a la muerte de Lucero y del pequeño. Se atormentaba con la posibilidad de que él hubiera sido el responsable aunque fuera indirecto de ese hecho. La reflexión acerca de los temas sugeridos por el libro de Zacarías y la cuestión por sus pecados se entrelazaba, trenzándose sutilmente en su cabeza. Recordó, con mayor o menor precisión, la pregunta que Bertrand Russell formulase a Wittgenstein: «¿Está usted pensando en la lógica o en sus pecados?» y la respuesta: «En ambas cosas». La exactitud de dicha conversación era irrelevante, mas lo cierto era que en tal situación se hallaba Edmundo: poniendo de manifiesto cómo pensamiento y sentimiento se encontraban ligados hasta el extremo y qué finas conexiones se daban entre ambos. Estaba agotado. Para negar el pensamiento era preciso recurrir a él, he ahí lo que imposibilitaba esa tarea. Sólo el olvido podría liberarlo de ese tormento. Pero, ¿cómo olvidar? Siempre le quedaba inventar un nuevo yo, una vida en la que nada de eso hubiera ocurrido. No se ajustaría a la realidad, pero si partía de la premisa de que nada era real, sino inventado, tal vez hubiera alguna esperanza. Lo malo era que él lo sabía, sabía que había introducido esa condición. Las vidas posibles. Puede que otra forma de muerte. Siguió considerando los inconvenientes de ese proyecto, las dificultades para inventarse un mundo privado, la imposibilidad de olvidar por completo. La única vía posible era la locura, pero nadie se vuelve loco si es capaz de aproximarse a ella con tanta naturalidad. Una vez que la locura se veía como posible vía de escape dejaba de funcionar. Uno ya no se volvía loco. En última instancia todo se debía a lo mismo: al hecho de saber. Cuando se tiene conciencia de algo, toda su fuerza desaparece. Si, por ejemplo, alguien camina por el barrio más peligroso de una ciudad desconocida, pero no sabe que es

así, es casi seguro que no le ocurrirá nada. Su despreocupación le dota de una naturalidad que le hace pasar desapercibido. Si, por el contrario, es consciente de ello, estará en alerta y será presa fácil de todo tipo de peligros. Así con todo. Ahí reside la grandeza de la ignorancia. No esa ignorancia intelectual, cínica, filistea, sino ignorancia pura, infantil, ingenua. ¿Cómo, pues, dejar de saber que se sabe?

De esta forma se devanaba los sesos Edmundo. Pensó que, tal vez, a fuerza de mentirse, acabaría creyendo su propia mentira. Al pasar el tiempo, olvidaría el origen de dicha mentira y su estatuto de verdad o falsedad sería impreciso, susceptible, por tanto, de ser tanto una cosa como la otra. Por lo demás, se dijo, es algo que todas las personas hacen en más ocasiones de las que piensan. El tiempo está de parte del olvido. La memoria es caprichosa y juguetona. Ciertamente, al final de la vida, lo verdadero y lo falso se difumina, son categorías inútiles. La realidad de los hechos pasados es irrelevante y lo vivido vuelve a su estado de bruma, de vaguedad. Evidentemente, apuntaba para sí mismo, es algo que sucede a posteriori, tiene carácter retrospectivo. En el momento en que las cosas suceden es muy difícil admitirlo. Sería reconocer la poca importancia de la vida de cada cual.

Estas reflexiones se las hacía Edmundo tumbado en la cama.

Pegó un salto tras considerar que también sería una buena idea cenar algo. Era relativamente tarde y no sabía si encontraría algún sitio abierto.

—Es Méjico —se dijo—. Seguro que hay algún sitio abierto.

Bajó a la calle y dio unas cuantas vueltas. No conocía el barrio y anduvo un poco a ciegas. No tardó en encontrar una cantina abierta. Pidió una ensalada, nachos con guacamole y unos tacos. El local estaba a la mitad de su aforo. De no haber sido sábado era probable que

hubieran cerrado ya. Una camarera le sirvió una cerveza con un trozo de lima metido en el cuello de la botella. La observó mientras regresaba a la barra. Era la primera vez que se fijaba en una mujer desde la desaparición de su esposa. Se sintió incómodo y volvió la vista a la cerveza. Empezó a temblar ligeramente. Cuando la muchacha le llevó la ensalada y los nachos ni siquiera la miró. Musitó un «gracias» apenas inaudible y no despegó los ojos de los platos. Dirigió sus pensamientos hacia el libro de Zacarías.

Otra cuestión se apoderó de su mente. En definitiva, el texto era una reflexión sobre el azar y el destino. Azar como manifestación suprema y terrenal del destino. ¿Para qué aferrarse tanto a la idea de libertad, de individualidad, si en cualquier momento la vida podía dar un giro inesperado y enviarnos de golpe en otra dirección? Lejos de condenar al ser humano al *quietismo*, esa demolición del yo personal (básicamente un conjunto de creencias e ideas preconcebidas, prejuicios y una auto imagen más o menos incorrecta, distorsionada) le abría puertas, le impulsaba hacia lo desconocido, hacia lo no creado. Le convertía en artista. Todo esto parecía desprenderse de la lectura de *Las otras vidas posibles*, si bien también Edmundo podía estar creyendo percibir un mensaje inexistente en la novela, viendo un contenido que era más bien de su cosecha. No somos uno, somos miles. El infinito contenido en nosotros y un destino bromista y burlón que escoge un camino entre los miles que hay dentro de cada uno. Preservar la cordura o vivir la multiplicidad, difícil elección. Esta idea era similar a la del autor de la taberna de Pachuco, pero estaba exenta de nihilismo y dramatismo. La actitud del tal Zacarías era menos artificial, menos histriónica.

Edmundo estimó que ya le había dado demasiadas vueltas a la cabeza, no podía pasarse un sábado por la noche atormentándose con disquisiciones filosóficas en un restaurante. Pidió otra cerveza y esta vez contempló abiertamente a la camarera, una joven no

muy alta, con unos pechos voluptuosos y un trasero impresionante. Cuando desvió la mirada fue únicamente por no parecer un grosero y no por esa suerte de escrúpulos que había tenido antes. «Mañana será otro día», pensó. De postre tomó tarta de chocolate y plátano y un café con clavo. Pagó y se marchó dispuesto a tomar una última cerveza en otro bar.

Acabó en uno llamado *Las dos lagartijas*. En la entrada, a modo de rótulo, había un dibujo de dos lagartijas boxeando. Era un lugar colorido y la música tranquila. La clientela era esencialmente masculina. Se sentó en una banqueta pegada a la barra. A su lado había un tipo bebiendo cerveza y fumando puritos aromáticos. Miró de reojo cuando Edmundo se sentó. Estaba solo y no parecía querer conversación. Edmundo pidió una cerveza y un tapón de tequila. El hombre de los puritos se levantó y le dijo al antropólogo:

—Quédese con esto, voy a dejar de fumar.

—Yo no fumo, muchas gracias.

—Tal vez sea un buen momento para empezar.

Dejó la cajita metálica sobre la barra y desapareció. Edmundo miró la caja con detenimiento, la abrió y examinó el contenido. Quedaban diecinueve puritos. Arqueó las cejas. Acercó la nariz y los olió, desprendían un suave aroma a vainilla. Realmente apetitosos. Cogió uno, lo chupó y pidió fuego al camarero. Le daba igual que estuvieran envenenados o drogados. No sabía fumar, de modo que se limitó a inhalar un poco de humo y a expulsarlo. Así no tosería y no quedaría como un ridículo novato tardío. Se sintió cómodo entre el humo y la música de mariachis trasnochados. En cierto modo, también se alegró de la ausencia de mujeres, ya que eso significaba, en gran medida, la ausencia de broncas. Lo importante en ese caso era no mirar demasiado a nadie. Un hombre solo en un bar

únicamente busca mujeres o ahogar sus penas en alcohol, lo que, tarde o temprano —y en cualquiera de los dos casos—, acaba en pelea. Todos parecían estar muy tranquilos, pero nunca se sabía. Le gustaba el aspecto que le daba el purito. En realidad sólo podía imaginárselo, puesto que no había ningún espejo para verse. «Qué hombre tan raro... Dejar de fumar al empezar una cajetilla y regalársela a un desconocido que, para colmo, no fuma y al cual se invita a iniciarse en el vicio. El mundo está lleno de locos», se dijo.

Terminó su cerveza, pidió una caja de cerillas, pagó y se marchó. A su espalda quedaban las dos lagartijas peleando con cara sonriente.

El edificio donde vivía no quedaba muy lejos. Edmundo se sentó en la acera y encendió otro purito. Esta vez sí hizo el intento de tragarse el humo, y no se le dio demasiado mal. Notó una cierta sensación extraña y algo desagradable en la garganta, pero no tosió. «Estoy hecho para el tabaco», bromeó consigo mismo. Hacía una buena temperatura y la calle estaba desierta. Ni buena ni mala gente por ella.

La vida, pensó, está llena de historias extrañas, micro historias que irrumpían en el mundo de manera fortuita. Qué poco sabemos de los demás, de sus motivos, de sus razones. Sonreía y se maravillaba de este hecho, del hecho de que las vidas se cruzasen casualmente, sin consecuencias ni compromiso alguno. Momentos fugaces, inesperados, de unión y complicidad. No habría tenido el menor inconveniente en emborracharse esa noche si algún pensamiento obsesivo hubiera tratado de colársele, pero no fue así. El problema de la borrachera era que lo mismo podría hacer que se olvidase el sufrimiento que sumirle en un estado de profunda melancolía. Mejor no tentar la suerte.

Al día siguiente Edmundo se despertó tarde. Se dio una ducha y bajó a la calle. Había

gente por todas partes, especialmente familias con niños pequeños. Comenzó a ponerse nervioso y agradeció haberse despertado a esa hora. Así el día sería más corto. Advertía que los días de fiesta comenzaban a resultarle insoportables. La cotidianeidad y la rutina de los días entre semana quedaban en suspenso, se diría que anulada, lo cual le desestabilizaba. Le hacía sentirse más solo, más fuera de lugar. Añoraba a los suyos, se había acostumbrado a ellos, los amaba. Correr con su hijo por las calles, abrazar a su esposa y contemplar cómo el pequeño iba creciendo, constatar sus rápidos avances, era lo que más amaba en la vida. Ahora veía a otros en esa situación. Les envidiaba. Había cumplido su promesa de no atormentarse la noche anterior y ahora podía hacerlo impunemente. Ya era domingo. Como si hubiesen estado retenidos largo tiempo y se les hubiera liberado de repente, los recuerdos y las imágenes de escenas familiares comenzaron a sucederse a gran velocidad.

El sol arreciaba. Edmundo tenía el rostro contraído por el dolor, sus ojos estaban casi cerrados. Todo él era un puro gesto de tensión. Conforme las visiones se desarrollaban, su paso se hacía más y más lento, como el de un ciego. Estaba casi detenido en medio de la calle. Cerró los ojos con fuerza y se llevó las manos a las sienes intentando detener el flujo de imágenes. El interior de su cabeza se volvió negro y sólo veía un punto amarillo a la derecha, en la parte inferior. Se relajó y volvió a abrir los ojos. Estaba sudando abundantemente. Advirtió que algunos lo miraban desde lejos, algunos incluso se habían parado y contemplaban el extraño espectáculo.

—No soy mejicano —dijo en un tono inaudible, y después lo repitió un poco más alto—. ¡No soy mejicano!

Reanudó la marcha y continuó hasta encontrar un lugar donde desayunar. A esa hora

no sabía si decantarse por desayunar o tomar el almuerzo. Optó por lo segundo. Miraba por uno de los ventanales del restaurante, encendió un purito y se sumió en sus pensamientos. Estaba harto de pensar, cansado, agotado, extenuado.

Si no te place lo que piensa tu cabeza arrácatela.

Se hizo una propuesta: bloquear todo tipo de reflexión teórica. Veía a esos hombres y mujeres, vivían al margen de cualquier tipo de consideración abstracta. Paseaban, disfrutaban del sol y de la vida y a veces también sufrían, pero no se destrozaban con ideas obsesivas que no conducían a otra parte que no fuera la propia autodestrucción. La perspectiva de convertirse en un *voyeur* que teorizaba sobre las vidas de los demás y que era incapaz de vivir la suya le parecía horrible. Y, la verdad, convertir la vida propia en objeto de estudio le parecía un plan lamentable, megalómano y narcisista.

Pasó el resto de la tarde deambulando por las calles, deteniéndose exclusivamente para fumar un purito a la sombra o tomar un refresco. Se fijaba en los niños jugando a la pelota en medio de la calle.

Esa noche durmió mal y tuvo sueños espantosos. Soñó con el desierto, el calor, el fuego, pero no fue capaz de recordar nada más.

A primera hora del día siguiente fue a ver a Pachuco. Éste le recibió con gran alegría. Se sentaron en una mesa. Edmundo tenía muy mal aspecto y el tabernero lo notó.

—Debes descansar más.

—Lo intento de veras.

Pachuco hizo la señal de que aguardase un instante, se marchó y regresó con dos cafés humeantes.

—Quiero contarte algo —prosiguió Edmundo. Parecía ser presa de una excitación injustificada—. Solía ver un perro callejero cuando salía a pasear con Lucero. Debía ser un fox-terrier o algo así, seguramente un cruce. Llevaba la parte posterior del cuerpo, la equivalente en las personas a la zona de cintura para abajo, llena de nudos. Su pelo estaba liado a modo de *rastas*, ya sabes, esos pelos tan raros que se dejan algunos tipos no menos raros. —Pachuco asintió con la cabeza dando a entender que sabía a qué se refería—. Me recordaba a un escocés, pensaba que llevaba una falda escocesa. Ya ves qué tontería. Descansaba sobre la acera o la carretera casi sin moverse. Los últimos días creí que estaba muerto. Me llamaba la atención el coraje con que se defendía de los posibles ataques de otros perros, por grandes que fueran. No le importaba su tamaño. Se quedaba plantado firmemente y ladraba. —Dio un sorbo a su café.

»Un día fui a comprar carne y lo vi allí, mojado, tiritando y al borde de la muerte. No podía dejarlo así, me conmovió. Compré unas salchichas y pedí al carnicero un trozo de cuerda o algo para atar al perro. Hice una correa como pude y, con la ayuda de las salchichas, lo llevé hasta el veterinario. Allí lo lavaron, le cortaron el pelo, le hicieron varias exploraciones, lo desparasitaron y le dieron unos cuantos medicamentos. Tenía heridas y cicatrices en el hocico y en el lomo. La veterinaria me dijo que no habría durado un día más. —Pachuco escuchaba atentamente. La veterinaria...—. Lucero y yo no podíamos hacernos cargo de él, no teníamos sitio y su embarazo estaba muy avanzado. El bebé nacería pronto y no queríamos tener un perro en casa. Llamamos a un amigo que vivía a las afueras. Tenía una pequeña finca y nos dijo que no habría inconveniente. Le aseguramos que sería algo temporal, hasta que

encontrásemos un dueño para el perro. Mi esposa y yo compramos una caseta y unos cuantos cacharros, comederos y todo eso, y esa misma noche instalamos allá al animal. Esa madrugada Lucero se puso de parto y dio a luz a nuestro hijo. No hubo complicaciones y yo no pude evitar establecer un nexo entre ambos acontecimientos. Era como si las cosas hubieran sido tan afortunadas debido a eso. Salvar una vida equivale a traer otra al mundo cargada de felicidad.

»Durante los días siguientes traté de ocuparme lo mejor que pude del animal, a pesar del poco tiempo que tenía para dedicarle, como puedes imaginar. Al cabo de una semana, este amigo me dijo que había llevado al perro, a Zero (así es como le pusimos) a la perrera sin consultarme. No le culpé, ciertamente podía ser una carga para él, aunque hubiera preferido que me lo hubiera dicho, mas no pude dejar de preocuparme por ello. Sé que mi amigo lo hizo por librarme del peso de tener que desprenderme yo del animal, pues sabía que en esos momentos no podía hacerme cargo de él. En cualquier caso, sentí que le había traicionado. — Hizo otra pausa y bebió un poco más de café—. Llegué incluso a temer por la vida de mi hijo, estaba aterrorizado. Si ese perro había hecho que todo fuera bien, al desaparecer, una especie de castigo divino podía caer sobre mí, ¿comprendes? ¡Imagínate! El caso es que poco después... —Se detuvo y sólo fue capaz de añadir entre lágrimas—. No cumplí mi parte del trato...

Pachuco se acercó y le dio un abrazo.

—Vamos, chico, no pienses así, eh. —Francamente no sabía qué decir—. Fue una coincidencia. —Lo abrazaba con fuerza. Edmundo se repuso.

—Quería contártelo, nada más —dijo mientras se secaba las lágrimas.

El tabernero volvió a sentarse y no dijo nada. Miró a su amigo con los ojos llenos de tristeza y ternura. No podía hacer nada por él.

—Bueno, *hermano* —dijo Edmundo tratando de resultar divertido—, gracias por escucharme. Tengo que resolver algunos asuntos. —Estrechó la mano del tabernero, quien le dijo con gran preocupación que lo llamase cuando lo necesitase.

Los asuntos que Edmundo tenía que resolver ese día, y en las tres semanas siguientes, se reducían a vagar por las calles. No hacía nada, ni tampoco hablaba con nadie. A veces jugaba a ser ciego, cerraba los ojos y trataba de caminar a tientas. Era extremadamente difícil y se dio varios golpes. Caminaba mucho por los márgenes de las carreteras y comía poco, por lo cual perdió muchísimo peso durante esas semanas. Se dejó crecer la barba. Seguía fiel a su propósito de no pensar en nada de tipo especulativo. Al carajo con la filosofía. Comía en los lugares más insólitos. Resultaba curioso comprobar la cantidad de sitios casi surrealistas que se extendían por todo Méjico.

En más de una ocasión paró a tomar algo en una gasolinera. Le costaba imaginar cómo podían seguir abiertas. No pasaban coches, bueno y, para ser francos, tampoco personas. Seguramente habrían quedado algo desplazadas debido al nuevo trazado. Ofrecían cantidad de servicios, desde reparaciones de poca monta, cambios de aceite y demás, hasta venta de bebidas alcohólicas, comida, algún otro artículo de primera necesidad y baratijas. Trataban de sobrevivir como podían. Por lo demás, también Edmundo intentaba ahorrar todo lo posible, ya que le preocupaba que sus ingresos se fuesen reduciendo de forma drástica.

Comenzó a considerar la posibilidad de retomar la escritura. Novela únicamente. El problema estribaba en que no tenía muchas ideas. Las restricciones impuestas en cuestiones

tan elementales como la alimentación le habían dejado el cerebro casi seco. Así pues, por motivos económicos, abandonó sus excursiones y permaneció en su cuarto. Comía una vez al día y eliminó cualquier capricho.

El comedor pegado al edificio donde estaba su habitación era el centro de sus peregrinaciones alimenticias. A la hora del almuerzo estaba atestado de trabajadores. Hombres duros, siempre agrupados, con malos modales y cara de pocos amigos. Él siempre estaba solo.

Un día entró un tipo vendiendo no se sabía qué por las mesas. Se acercó a todas, pero al llegar a la suya pasó de largo. «¿Qué ocurre?», se preguntó, «¿No me considera lo suficientemente viril? ¿No soy uno más? ¿Acaso soy un fantasma?». Este hecho, en apariencia insignificante, le afectó muchísimo. Se estaba alejando de los demás, del mundo, más de lo que creía. Era algo que no se había propuesto voluntariamente, pero lo estaba consiguiendo. Se miró los miembros, muy delgados, la ropa, y se palpó la cara. Sus ojos estaban hundidos y tenía ojeras. Acabó lo que le quedaba en el plato y subió a su cuarto. Se tumbó en la cama y durmió un poco la siesta. No le quedaban fuerzas para mucho más y prefería conservar la poca energía que conservaba. Nada más despertarse se incorporó y comenzó a hablar en voz alta:

—Pendejo... Fue a preguntarle incluso al canijo ese que recoge los platos. ¡¿Qué demonios iba a comprarle ése?! Y al llegar a mí pasa de largo. Puto.

En el tiempo que llevaba allí no había desembalado el contenido de las cajas, que seguían esparcidas por allí, tal y como las había dejado.

—¿Por qué no me fui con ellos? ¿Por qué me dejaste en esta Tierra que ya no significa nada

para mí? ¿Acaso querías que siguiera escribiendo sobre ti? ¿Es así como me lo agradeces y es ésta mi recompensa? Una vida dedicada a tu estudio... ¿Qué mal he cometido yo para merecer este castigo? —Así se lamentaba—. Pero ahora te vas a joder tú. Ya no existo, ¿no lo ves? Los vendedores pasan de largo, no me consideran ya un hombre. Estoy seguro de que no me ven. Me he muerto muy a tu pesar. Me he muerto y no has sido tú quien me ha llevado.

Seguía con su diatriba. Encendió un purito y advirtió que pronto tendría que abandonar el placer de fumar.

—Puedo escribir para fumar —siguió profiriendo en voz alta. Oía el sonido de una marimba imaginaria y huesos chocando entre sí—. ¿Te burlas de mí? —Hizo una pausa. A pesar de que la rabia le consumía, logró serenarse—. No lo conseguirás. No conseguirás enfurecerme, eso te llenaría de placer. Pero ya no estoy, ya no soy, ¿a quién, pues, ibas a enfadar?

Salió de la habitación y se sintió perdido. No sabía dónde ir, si a derecha o a izquierda. Se notaba un poco angustiado. Echó a correr en dirección al desierto. En su segundo viaje intentaría ser más metódico.

Decir «metódico» sería decir demasiado, puesto que lo único que hizo Edmundo fue correr sin plantearse nada hasta que, al llegar a la parada del autobús, consideró oportuno comprar una garrafa de agua. A eso se redujo su método. No había tomado esa dirección de manera consciente y razonada, no quería repetir su experiencia anterior ni volver a visitar los mismos lugares. Todo había sido más sencillo: se había sentido desesperado y corrió hacia el desierto. Se plantó de nuevo en la aldea donde la vez anterior lo recogiesen. No recordaba absolutamente nada de entonces.

Se adentró en lo árido sin planteárselo demasiado. Conforme iba dejando atrás la

aldea, la escasa vegetación iba disminuyendo. Nada en el horizonte, ni un montículo, ni un árbol. Nada.

Había caído la noche cuando decidió detenerse y descansar un poco. Edmundo no daba importancia al hecho de que se estaba jugando la vida constantemente. Cualquier serpiente, cualquier escorpión podría acabar con ella de manera silenciosa.

El sol se puso muy temprano y el antropólogo reanudó la marcha. Caminó tres o cuatro horas sin parar. Daba pequeños sorbos de vez en cuando. La garrafa comenzaba a pesar. No había señales

y, de querer volver, mejor sería hacerse el muerto y encomendarse a su suerte. Así, tal vez alguien lo encontraría y lo llevaría de regreso a la ciudad. En cualquier caso, su intención era avanzar hasta llegar no sabía dónde. Tal vez al fin de Méjico o al fin del mundo (ya había estado a un paso de llegar a este punto en su excursión anterior.)

Pasaron dos o tres días más y ni el fin del desierto, ni seguramente el fin de Méjico, ni mucho menos el fin del mundo llegaban. Lo que sí encontró Edmundo fue una pequeña cabaña de madera muy vieja. Había latas y piezas metálicas oxidadas en el exterior. Trozos de automóviles y fragmentos de objetos que no podía reconocer. Se acercó a ella con mucho cuidado. No tenía puerta, sólo una cortinilla raída. Entró. Allí, en el centro de la sala, descansaba un indio sobre una esterilla. No llevaba trenzas, ni coleta, ni sombrero. Vestía camisa a cuadros de franela, a pesar del calor que hacía, vaqueros amplios y botas camperas. Edmundo lo miró detenidamente, el indio hizo lo mismo, pero ninguno de los dos dijo nada. Finalmente Edmundo preguntó:

—¿Es posible que coincidiéramos en la ciudad? Su cara me resulta familiar.

—Creo que nunca he estado en la ciudad —repuso el indio.

—Sí, es usted. Me habló de lagartijas y águilas... Lo importante es saber si uno es águila o lagartija, creo que me dijo.

—¿Y por qué iba yo a decir una estupidez así? —Edmundo permanecía de pie—. Siéntese, hombre, y deje de decir sandeces. ¡Qué tontería, lagartija o águila!

Parecía divertirse. El antropólogo, más que sentarse, se dejó caer, desplomándose sobre el lugar donde tenía los pies. No había reparado en lo agotado que se encontraba.

—Vaya, sí que debe estar usted cansado.

—No puedo creer que no sea usted esa persona a la que me refiero— insistió Edmundo.

—Tal vez fuera alguno de mis hermanos.

—¿Tiene usted hermanos? ¿Un gemelo tal vez?

—¿Gemelo? ¿Hermanos? Hummm, supongo que tendré algún hermano. ¿Gemelo? La verdad, no sé. He oído que todos tenemos un gemelo en alguna parte, ¿no es cierto? No un gemelo, ¿cómo lo llaman? —Hizo una pequeña pausa—. ¡Un doble! Eso es, un doble. Puede que usted coincidiera con el mío, ¿verdad?

—¿No sabe usted si tiene hermanos? —prosiguió Edmundo sin prestar atención a lo último que había apuntado el indio.

—Ya se lo he dicho, supongo que sí, pero ¿cómo voy a estar seguro? —El indio se encogió

de hombros. Edmundo pensó que le estaba tomando el pelo.

—Si usted fuera uno de sus posibles hermanos, ¿qué me diría que es más importante, ser lagartija o águila? ¿Qué sería usted?

—Si fuera mi hermano... La verdad, tendría que preguntárselo a él, pero, ya que me pregunta a mí, yo diría que soy lagartija, aunque eso no significa que sea más importante que ser águila. Son igualmente importantes o inútiles, según lo quiera ver usted.

—¿Y cuál es la diferencia entre ambos? Usted, o su hermano, dijo que son más parecidos de lo que parece.

—La verdad es que no sé cuál es la diferencia.

—Sí, pero aún así dice que cree ser lagartija.

—Bueno, es así como lo siento.

Hubo una pausa.

—Oiga —volvió a decir Edmundo—, ¿Usted existe?

El indio se puso serio y contestó firmemente:

—No, ni falta que me hace, pero ya que lo pregunta... —Apoyó las manos sobre el suelo, se balanceó hacia atrás y soltó un sonoro pedo, tras el cual rió a carcajadas—. Mire —volvió a decir conteniendo la risa—, haga lo que quiera, pero me temo que no va a llegar muy lejos. Si sigue por aquí lo más probable es que muera. Si es eso lo que desea le ruego que no se quede muy cerca, no tengo ganas de ver animales merodeando por aquí en busca de su cadáver.

Pero si piensa que todavía no ha llegado su hora, vuelva a casa.

—¿Y cómo sé si ha llegado o no mi hora?

—¡Ah! —exclamó el indio— Eso es muy sencillo. —Sacó una moneda del pantalón y dijo—: si sale cara ha llegado su hora. — Arrojó la moneda y la cogió, tapándola. Levantó la mano. Cruz. El indio se levantó y salió fuera. Edmundo le siguió.

—Si toma ese camino —dijo señalando un punto en el horizonte—, estará en casa mucho antes de lo que tardó en llegar aquí. En realidad, de haber conocido ese camino habría llegado a este lugar rápidamente. No sabe lo cerca que está.

Edmundo se despidió de él y le dio las gracias por los consejos. Antes de marcharse, el indio le formuló una pregunta:

—Y usted, ¿es lagartija o águila?

—No lo sé, ni falta que me hace.

Los dos sonrieron y Edmundo caminó hacia el punto perdido en la lejanía.

—¡Su casa está allí! —gritó el indio.

Pero el antropólogo casi no pudo oírlo.

Se encontró tan rápido en la aldea de nuevo que creyó que nada de eso había ocurrido. Cogió el autobús y regresó a casa.

Aún era de día. Se duchó, se cambió de ropa y decidió visitar a Pachuco. Hacía más de un mes que no se veían. El tabernero le recibió con los brazos abiertos y claras muestras

de alegría:

—¿Cómo vamos compadre? Te has quedado en los huesos. ¡Chico! —llamó a un camarero. Ordenó que le sirvieran cerveza, nachos, burritos, quesadillas, tacos, costillitas, tanta comida que, sin duda, resultaría imposible comerla íntegramente. Quería llenar la mesa de comida, celebrando así el regreso de su amigo.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Edmundo.

—Miércoles. ¡Bueno! Parece que también el coco se te ha quedado «en los huesos.» Te lo tengo dicho, los libros son la droga que más neuronas mata.

Edmundo esbozó una sonrisa apagada y cerró los ojos un instante.

—Deberías dejarte bigote y no esa barba que me llevas, güey. Y a propósito de esa barba, ¿me vas a contar dónde te has metido? —Edmundo relató someramente su breve aventura.

Los platos comenzaron a llegar y los dos amigos comieron con apetito. Por un segundo a Edmundo se le pasó por la cabeza que tal vez estaría bien buscar un trabajo cualquiera, para ocupar la mente. Camarero estaría bien. Después lo olvidó y siguió concentrado en la comida.

—¿Sabes? —dijo Pachuco—, el otro día pasó Carioca por aquí. Me dijo que había dejado la bebida. Lo dijo como si como lo habría dicho alguien que hubiera estado realmente enganchado. Yo me alegré mucho por él y por su familia, pero nunca había pensado que lo suyo fuera algo en verdad problemático. Cierto que bebía más de la cuenta en ocasiones, pero ¿alcohólico? En fin, mejor así. También me dijo que hacía mucho que no te veía, que estabas perdido, pero que, si coincidía contigo por casualidad, te diera las gracias. Supongo que tú

sabrás a qué se refería. A mí no me dijo nada más.

Edmundo se quedó pensativo. ¿Qué habría pasado aquella noche, cuando le insinuó que debía marcharse a casa con los suyos? Trató de imaginarlo. Carioca llegaría a casa, vería a su esposa y comprendería que era un ángel que se estaba echando a perder. Tal vez le prometió llevarla a cenar fuera al día siguiente. Tal vez le hizo el amor. Sonrió y dijo:

—Yo también me alegro por ellos.

El bueno de Carioca parecía haber arreglado su situación. Otra pareja más en armonía. Lo cierto es que ellos nunca se habían llevado mal. Little Cobra siempre había tratado bien a su esposa, es decir, nunca le había maltratado ni insultado, pero, sin duda, había descuidado algo muy importante: la había olvidado a ella. Se había acostumbrado a una situación dada y punto. ¿Por qué aquella noche lo comprendió? Quizá al ver a Edmundo cargando como podía con su tragedia y haciéndolo sin paliativos se sintió avergonzado de su conducta. Mas lo único importante era que su amigo había dado otro paso en el buen camino. Las razones eran algo secundario.

—Si seguimos así nos lo vamos a comer todo —dijo Edmundo.

—No me extraña —añadió Pachuco mirando el cuerpo que se le había quedado a su amigo

—. Tienes que dejar que el espíritu de los frijoles recomponga tu cuerpo.

—De eso nada, sería un crecimiento ficticio, después me desinflaría. —Hizo una pedorreta.

—Qué cerdo eres, *brother*.

—Cosas de indios...

Pachuco no entendió el comentario y meneó la cabeza.

—Yo creo que tú eres más bien del tipo vaquero.

—¿De veras?

—Sí, tienes ese toque. Un auténtico *cowboy*.

—No está nada mal, ¿eh?

Edmundo se animó un poco con toda aquella charla. La comida le estaba sentando bien, al igual que la compañía del tabernero. Hablaron de muchas cosas, de todo tipo de tonterías. Pachuco era un buen psicólogo y pronto advirtió que, junto con la comida, unas risas eran lo que su amigo necesitaba en ese momento. Finalmente, antes de despedirse, Edmundo informó al tabernero acerca de su propósito de volver a la escritura. En realidad, su amigo no sabía que la hubiese aparcado en algún momento, ya que nunca hablaban de eso, daba por supuesto que estaba en ello y punto. Esta confesión fue la nota intranquilizadora de la velada, puesto que *el poeta* no pudo menos que preguntarse qué había estado haciendo el otro todo ese tiempo. La delgadez, la barba, la tristeza. ¿Qué había sido de su amigo? ¿Por qué cosas habría pasado a lo largo de esas semanas? Tuvo la sensación de que durante su conversación lo fundamental se había esfumado, no había tocado los temas clave. Le quedaba el consuelo de haber hecho reír a su amigo en un par de ocasiones.

—Camarada, ya sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, ¿verdad?

—Por supuesto, mi capitán.

Se despidieron y Pachuco se quedó preocupado.

Edmundo no llevaba reloj y se limitaba a seguir el dictado de su cuerpo, como los animales: si tenía sueño dormía, fuera la hora que fuera y si tenía hambre, comía. Y así con todo.

De vuelta a casa iba pensando en temas para su novela. Tal vez la escritura fuera su salvación, se decía. Resolvía muchas de las cuestiones que se le habían planteado días antes. En realidad escribir era inventarse a uno mismo, crear un mundo. Compraría un cuaderno nuevo al día siguiente. Sus favoritos eran los de tipo escolar, tamaño folio y tapas duras. Siempre escribía a mano, con la vieja pluma que sus padres le habían regalado al cumplir la mayoría de edad. Volvió a pensar en Carioca. Pensó en él como algo abstracto. Carioca, ¿no era un nombre brasileño? ¿Serían sus padres de allí? A pesar de conocerlo desde pequeño no podía responder a una cuestión tan elemental. Tal vez podría escribir algo ambientado en Brasil, así se distanciaría del maldito México. Recordó lo que don Juan Matus decía por boca de Carlos Castaneda acerca de la necesidad de borrar la historia personal. Dicho así sonaba a proyecto de difícil realización, pero lo cierto es que miles de personas lo habían hecho de manera espontánea, sin darle tantas vueltas, con menos retórica. Y ello sin darle la menor importancia, sin saberlo, sin pretenderlo. Por ejemplo, Carioca, ¿qué se sabía de él? ¿Por qué ni siquiera había sentido la necesidad de preguntar? Era como si hubiese supuesto que ninguna pregunta habría sido respondida.

De nuevo se ponía de manifiesto cómo el exceso de reflexión llevaba a un hombre a dar mil rodeos ridículos para llegar al mismo punto que personas ordinarias alcanzaban como

quien no quiere la cosa. Así al menos lo advertía Edmundo, que sonreía ante su propia estupidez.

Esa noche durmió de un tirón.

A la mañana siguiente Edmundo parecía haber salido de su letargo, de esa especie de ensimismamiento en que había estado sumido las últimas semanas. Después de desayunar, compró dos cuadernos grandes, uno pequeño para las notas y un tintero. Se sentó delante de su escritorio improvisado y lo dispuso todo para ponerse a escribir. Las ideas no fluían como él hubiese deseado, el tiempo pasaba y no escribía una sola línea.

—Paciencia, amigo —decía en voz alta—. Has pasado mucho tiempo en otro planeta.

Lo cierto es que no tenía ninguna idea, no había ninguna historia que contar. Tan sólo hojas en blanco y ganas de llenarlas. Ganas y necesidad. Paradójicamente, la escritura se presentaba como medio para olvidar. Olvido a través de la invención. Olvido de una realidad creando una realidad aparte. Teniendo en cuenta esta ecuación, se veía claramente cuan poco podía olvidar Edmundo. Se esforzaba todo lo que podía, ocupaba su mente en cien pasatiempos, sin conseguir su propósito. A veces se sorprendía fantaseando con cómo sería él de viejo. Este entretenimiento se había acentuado desde la lectura de *Las otras vidas posibles*. «¿Y si fuera otra persona? ¿Cómo seré dentro de X años?», preguntas que, hasta cierto punto, todo el mundo se formulaba en alguna ocasión, más por curiosidad que otra cosa, pero que para Edmundo tenían una importancia capital. Su preocupación por el futuro era una preocupación por el presente, presente en el cual ya se le anticipaba lo que sería su futuro si las cosas no cambiaban. Llegaría el momento en que incluso la imaginación le fallaría. Sabía que tenía que encontrar la luz, pero no por dónde empezar a buscarla. Se encontraba débil y

confuso. El hecho de escribir de nuevo le animaba un poco, le daba esperanzas. Pero, por desgracia, nada salía de su pluma. Tenía la intención, pero no se materializaba. Tal vez eso bastase por el momento, las ganas de hacer algo, lo que fuera, ya que podían interpretarse como señales de curación. Pero a Edmundo no le resultaba suficiente. Quería ver algo realizado y las horas y días que pasaban sin que hubiera hecho nada debilitaban su fe.

En los días siguientes la idea del pecado volvió a atormentarle. A ésta se unió la sospecha de que no tenía alma. La línea lógica que trazó era que, a causa de sus pecados, se le había arrebatado el alma. De ahí que no pudiera concebir una sola idea y que apenas pudiera sentir nada que no fuera dolor (indudablemente, pensaba él, ésta era una parte del castigo.) Se veía a sí mismo como un huevo al que sólo le quedase la cáscara y de su mente se apoderó la compulsión de llenar esa cáscara. Comenzó a notarse agitado, se decía que era preciso volver a llenar el huevo, recuperando así su alma. Otra vez la escritura se perfilaba como la solución: si ya no había nada verdadero con que llenarlo, podría inventar el contenido. Después comenzó a creer que, tal vez, lo escrito no era tan fortuito ni tan ficticio. Bien podría tratarse de recuerdos de esa vida que parecía ir olvidando (todo casi el accidente.) Se sentía desaparecer y se aferraba al propósito de escribir como medio para salvar la vida. Si no escribía, moriría, porque escribir era el único medio para llenar el huevo, para tener alma, ya que, un hombre sin alma era un condenado a muerte. Curiosamente la muerte de su cuerpo no le preocupaba en absoluto, morir no le importaba. Era que su alma le abandonase y que su cuerpo siguiese vivo lo que le horrorizaba.

A pesar de esa urgencia, las palabras no estaban de su parte. No parecían estar dispuestas a ayudarle en ese trance. En el rostro de Edmundo se percibía la desesperación de un hombre cuya vida dependía de poder convertirse en lenguaje. Si no lograba hacerse verbo,

si no podía transformarse en algo, en principio, menos real, moriría. Esta era la paradoja que le destrozaba. Tenía que dejar de ser un poco para poder sobrevivir; tenía que volverse algo ficticio, imaginado desde su origen, para preservar algo de realidad, algo de su existencia.

Y esa ficción no surgía.

Se notaba paralizado, veía en el acto de crear un mundo imaginario su salvación y al tiempo lo estúpido del proyecto.

Su cerebro estaba extenuado.

Presa de la angustia bajó a la calle con el deseo de comprobar que, al menos, había vida, aunque fuera la de otros. Miró el edificio desde abajo, vio la azotea y se quedó pensativo. Olvidar, escribir para olvidar, olvidar para vivir, escribir para vivir. Lógica implacable, demencial.

En los días que había pasado en su habitación, prácticamente se había olvidado de todo salvo de la muerte de Lucero y del pequeño. Su mundo se limitaba a ese recuerdo, se había congelado en ese instante. Fuera de él no quedaba ya nada. Caminó a paso ligero por las calles, pero no veía nada. Se movía en línea recta, topando a veces con algún viandante que le insultaba o le llamaba la atención. Él no se detenía, seguía y seguía caminando sin cesar. Salió del núcleo urbano.

Los barrios eran cada vez más y más pobres y más peligrosos, pero él no lo percibía. Era como si el mundo exterior hubiera desaparecido para él. Notó que era de noche cuando le sorprendieron las luces de neón de un establecimiento de bebidas alcohólicas. Miró fijamente el rótulo. «Licorería El águila». Metió las manos en los bolsillos, sacó unas monedas y

comprobó si tenía lo suficiente para comprar una botella. Así era. Entró en la tienda. La iluminación era entre blanca y verdosa, clínica en cualquier caso. Un tipo descansaba detrás del mostrador, sentado en una banqueta alta. Saludo discretamente con la cabeza y siguió hurgándose las uñas. Edmundo deambuló por los pasillos. Bourbon. Recordó lo que decía Carioca: «gringo naco». Sonrió nerviosamente y repitió mentalmente «gringo naco». Cogió la botella y regresó a la caja. Mientras el tendero metía la botella en una bolsa, Edmundo vio detrás de la banqueta una escopeta apoyada a la pared. Estaba allí sin disimulo, reposando de manera ostentosa, alertando a los posibles ladrones. El antropólogo supuso que, seguramente, debajo del mostrador habría alguna otra arma, una pistola tal vez. El cajero notó que Edmundo miraba el arma y también la miró de reojo, haciendo el gesto de estar mascando algo o de sacarse algún resto de comida de las muelas del lado izquierdo. Era un tipejo repulsivo, con el pelo grasiento pegado al casco y la cara llena de pozos.

—Aquí tiene señor —dijo con un marcado acento. Edmundo depositó el dinero sobre la mesa y el tendero miró las monedas con cara de aburrimiento. «Tiene que venir este borracho pendejo a estas horas a dejarse la puta calderilla» se leía en sus ojos. Cogió con desprecio las monedas y dijo con abierto tono de burla:

—Que pase usted una buena noche.

«No me extraña que se vea obligado a tener una escopeta, el muy cerdo», pensó el antropólogo y le echó una mirada fiera.

—Lo mismo le digo. Y llévase cuidado, ya sabe usted cómo están las cosas por aquí.

—No se preocupe, que yo tengo quien me proteja. —Se permitió el lujo de no señalar el arma, dando por sentado que Edmundo sabía a *quién* se refería.

—Muchos son los que cuentan con el mismo ángel de la guarda y éste acude a quien lo llama antes compadre. —Dicho esto, dio la espalda al tendero y se marchó. Éste arqueó las cejas y no añadió nada más.

Quizá siguiera hurgándose los dientes o la nariz.

Un buen trecho le quedaba para llegar a casa. Debía ser francamente tarde. La conversación con el desagradable tipo de la licorería parecía haberle desvelado. El mundo exterior volvió a existir para Edmundo. Hubiera preferido que lo hubiera hecho en otro momento y lugar, pero fue entonces y allí. No tenía ni idea de cuántos kilómetros había recorrido hasta llegar a ese sitio.

—¿Dónde carajos estoy?

Estimó que lo mejor sería tomar la dirección contraria a la del establecimiento, dado que no recordaba haberse desviado mucho a lo largo de su trayectoria. Lo cierto es que no recordaba nada. Volvió sobre lo que pensaba eran sus pasos y no se equivocó. En tres horas y media estaba en casa. Se sorprendió de lo rápido que había hecho la ida y de lo larga que se le había antojado la vuelta.

Había un perro cojo intentando ponerse en pie. Edmundo lo miró fijamente. El animal daba pequeños saltitos para conseguirlo. Edmundo se agachó despacio, cogió una piedra de tamaño mediano y, sin pensárselo dos veces, se la tiró, impactando en las costillas del chuchó. Éste aulló y escapó como pudo. El antropólogo permaneció de pie un buen rato. El perro ya había desaparecido, pero se oían ladridos y aullidos a lo lejos. Serían de otros perros.

—Malditos perros, ¡allá ellos y su chingada mala suerte!

Entró en el edificio y subió a su cuarto. Se tumbó en la cama y dejó la botella a su lado. No se planteó en ningún momento que lo que estaba a punto de hacer era totalmente impropio de él. Acarició la botella y dijo:

—Quizá deba marcharme de aquí, cruzar la frontera. Tejas o Arizona. Nunca he salido de este sitio de mierda.

Abrió la botella y le dio un buen trago. No estaba acostumbrado e hizo un gesto de sentir la fuerza del alcohol, inclinado el cuerpo hacia adelante. Cerró los ojos y contrajo la boca y las mandíbulas. Todo es como un sueño, pensaba, sales de la ciudad en apenas unos segundos, vuelves después de andar casi cuatro horas. La ciudad, el desierto, los edificios, como un sueño. «Ja, ja, ja, Méjico no existe definitivamente. ¿Y qué? Si existiera, lo mejor que podría pasarnos a todos sería que saltase por los aires o que un tornado se lo llevase muy lejos. No, lejos no, seguiría existiendo. El huracán tendría que arrasarlo por completo. Al infierno con él, al infierno. Pero, ¿y qué es el infierno sino Méjico? Todo es fuego aquí. ¡Demonios, no hay modo de acabar con este sitio!».

Continuaba bebiendo bourbon y poco a poco se iba sumiendo en un estado de embriaguez absoluta. Comenzaba a dar su discurso en voz alta, casi gritando, al tiempo que se le trababa la lengua; una parodia cruel de Lord Chandos, con la boca llena de palabras deshaciéndose como hongos podridos. Llegó un punto a partir del cual ya no podía pensar ni hablar más. Todo daba vueltas a su alrededor. Aún así siguió bebiendo por inercia. Finalmente la botella cayó al suelo y él se quedó tendido sobre la cama.

Se durmió y tuvo un sueño.

En él se veía a sí mismo sentado en la terraza de un bar, vestido de vaquero. Un chico

llegaba y le decía que un amigo suyo (del muchacho) deseaba retarle a un duelo. Edmundo contestaba que podría matarle con sólo hacer así, e hizo el gesto de desenfundar el revólver y disparar rápidamente. El chico propuso otro tipo de duelo. «Muerte por aburrimiento» lo denominó. Ganaría el primero que aburriese al otro. A Edmundo le pareció un poco extraño, pero aceptó más que nada por curiosidad. Llegó el amigo y resultó ser idéntico a Edmundo, con la diferencia de no ir vestido de *cowboy*.

—Uno de los dos tiene que morir —dijo. Edmundo dio un trago a su cerveza y ambos se quedaron con aire pensativo, sentados el uno al lado del otro, mirando al frente.

Esa noche no soñó nada más.

A la mañana siguiente la resaca era brutal. El bourbon había manchado el suelo y el olor era muy desagradable. Un olor rancio y pestilente. Edmundo se echó agua en la cara y en el pelo. Sintió que había tocado fondo. Quiso tomar el aire, pero no le apetecía bajar a la calle. Todavía estaba mareado y se tambaleaba al andar. Recordó entonces la azotea. Allí, sin duda, podría estar tranquilo. Subió hasta arriba dando bandazos. La puerta estaba completamente atascada, de lo que dedujo que nadie subía allí normalmente. Tuvo que dar varios empujones y golpes con el hombro para que la puerta cediera. Cuando ésta se abrió, Edmundo se llevó las manos a la cabeza, tanto movimiento brusco había intensificado el mareo y el dolor. Creyó que iba a vomitar, pero se repuso. El sol ya golpeaba duramente y Edmundo tuvo que protegerse los ojos hasta que se acostumbró.

La azotea no estaba nada mal. Nadie le había dado una mano de pintura ni al construir el edificio, pero aún así tenía un aspecto agradable. Se debería a la luz, que lo convertía en un lugar cálido que invitaba a la despreocupación. El antropólogo recorrió lentamente toda la

superficie, viendo a dónde daba cada sitio. Calles, casas, edificios, plazas, carreteras, gente, coches, pocas sorpresas. Extrañamente Edmundo se sintió mejor. Podía incluso decirse que se sintió mejor de lo que se había sentido en muchos años. Olvidó por completo las nauseas y el dolor de cabeza. Miró al frente, se respiraba vida desde ahí. El movimiento incesante de seres y objetos no le pareció martirizador ni amenazante.

Sin motivo alguno, le vino a la memoria una novela que había abandonado cuando contaba con veintidós o veintitrés años. Estaba bastante avanzada, pero dejó de interesarle y ya no pudo escribir una sola línea más. ¿Cómo puede uno tirar la toalla casi al final? ¿Cuál había sido el fallo?

Repasando el contenido de aquella novela de juventud lo comprendió todo. Si se fijaba atentamente captaba cuánto de sí mismo había puesto en ella. Era una historia que había surgido como reacción a factores externos, pero en un punto cualquiera los problemas se resolvieron o las condiciones que la habían alimentado se modificaron. Edmundo era entonces un hombre joven, con una gran capacidad para olvidar y para sobreponerse. Ahí residió el fracaso de la novela: escribía para superar un problema, pero éste se disolvió antes de que estuviera concluida. No es que perdiera la inspiración, sino que trataba de escribir acerca de algo que ya no podía hacer suyo, con lo que no se identificaba en absoluto y, puesto que eso era el principal motivo de la obra, ya no veía el sentido de seguir escribiendo sobre ello. Escribir sobre la propia vida, sobre la vida *real*, la novela con tintes autobiográficos, era un error garrafal.

Aplicando esto al presente, Edmundo se dio cuenta del paralelismo: pasaba un parte del día imaginando cómo sería ser otro, haciendo todo lo posible por anularse, tratando de

borrar la historia personal. Pues bien, lo había conseguido hacía mucho tiempo sin advertirlo. Ya apenas recordaba nada de su vida anterior y su presente giraba en torno a su deseo de desaparecer/ reaparecer y a la muerte de su familia. Era lo único que le quedaba. ¿Sobre qué escribir, si escribir era olvidar una vida que ya estaba olvidada? Las reglas se habían invertido.

La tarea que ahora tenía ante sí era justamente la contraria. Si quería escribir no sería para olvidar, sino para volver a recordar. No aspectos de su existencia o de su vida, sino el hecho mismo de vivir, de estar vivo, de existir. Debía suplantar esa concepción de escritura como olvido por la de escritura como expresión de vida. Su familia había muerto, eso era un hecho irreversible, pero el ciclo continuaba. Siempre lo hacía, por encima de todos nosotros. Era irrelevante que estuviésemos o no, siempre seguía adelante. No sintió terror ante la evidencia de lo prescindibles que resultaban todos para el fluir de la vida. Al revés, sonrió de manera bobalicona y asintió con la cabeza. Los niños jugaban a la pelota allí abajo, unas veces hacían de porteros otras de delanteros. Miró hacia la calle: mujeres con el culo firme caminaban apresuradamente. La cerveza era un antídoto contra el calor, la gente reía al margen de su pobreza o riqueza.

Su risa se convirtió en llanto. Lloró amargamente. Sabía que había llegado la hora de abandonar el luto. El recuerdo de Lucero y Edmundito seguirían siempre vivos en su memoria, el olvido era imposible e innecesario. Podría aniquilar todos sus recuerdos, pero los referentes seguirían intactos. Tenía que superar sus muertes. No podía enloquecer, se lo debía a ellos. Sólo cuerdo podría mantenerlos en la memoria. Había llegado la hora de salir del limbo, de esa fotografía vital en la cual se hallaba inmóvil. Se acodó en el borde del muro y gritó:

—¡Ay, flaca! Todavía no ha llegado mi hora. No te equivoques. Todavía no ha llegado mi hora.

Miraba al frente. Le pareció oír el sonido de una marimba y huesos arrastrándose pesadamente. La calaca se alejaba enojada. Edmundo miró a su alrededor. Pensó que la azotea sería un buen lugar para vivir, al menos por un tiempo. Se alegró de ver la luz del sol.

Amarillo. Fuego. Sol. Desierto. Un dado rojo. Un águila y una lagartija. La danza de la *calaca*. El asfalto ensangrentado y el crujido del hierro. El cielo azul y las nubes blancas.

Aquel día Zacarías se arrojó desde la azotea de su edificio, pero Edmundo permaneció allí, al otro lado del mundo, tal vez en otro mundo, alegre y despreocupado.

La clave está en el hombre rosa.

Puedes contactar con Gabri Ródenas a través de
Twitter: @gabrirodenas

o de su web

[Www.comomeconvertienunescritormillonario.com](http://www.comomeconvertienunescritormillonario.com)